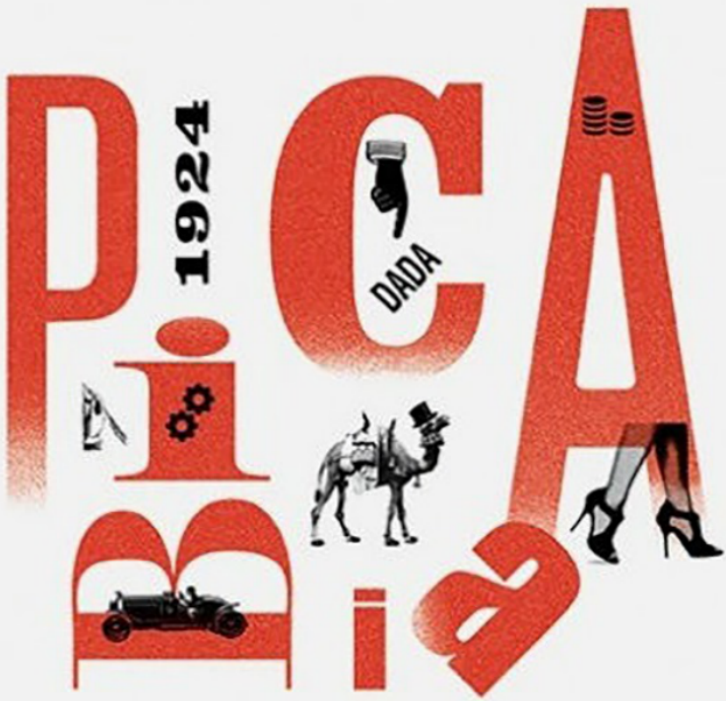
Pandemonio

Francis Picabia



Obra fundamental para conocer un período (y unas maneras) cuyos ecos siguen resonando en nuestros días. Probablemente la única novela dadaísta. El antimanifiesto por excelencia. Un pequeño clásico universal.

Esta novela es una de las evocaciones más sutiles e intensamente críticas que se hayan escrito sobre el irresistible encanto de la intelectualidad a principios del siglo XX. A caballo entre la sátira costumbrista y el más ácido revisionismo sobre la escena artística del momento. La visionaria y sentida recreación de aquel mundo, nos acompaña en este divertido testimonio de las intensas peripecias vanguardistas de una enloquecida Europa para sumirse en la reivindicación de la belleza, del placer extremo y de la creatividad sin ataduras ni convenciones. Duchamp, Breton, Aragon, pintores, escritores, profetas y otras luminarias del momento componen el elenco de personajes que pueblan las páginas de esta crónica de la vida social en los restaurantes, cenáculos y cabarés de moda de París.

Francis Picabia

Pandemonio

ePub r1.2

Titivillus 06.11.2019

Título original: *Caravansérail*
Francis Picabia, 1974
Traducción: Paula Cifuentes
Edición: Luc-Henri Mercié

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Hemos de expresar nuestra gratitud al Conseil des arts du Canada, que está en el origen de esta obra. También queremos mostrar nuestro agradecimiento a M. Jacques Baron, que redactó varias notas para aclarar ciertos pasajes de un texto cuyo aparato crítico sólo ha sido posible gracias al trabajo de M. Michel Sanouillet.

L.-H. MERCIÉ

Introducción

Para Germaine Everling[1]

La prehistoria de este texto comienza en Cannes, en casa de Germaine Everling, en julio de 1971. Nos habíamos propuesto reunir la correspondencia de Picabia para publicarla. Germaine se dedicó a ordenar sus archivos con un fervor extraordinario: allí había cincuenta años de papeles caóticamente acumulados en carpetas, cajas y archivadores. Cuando íbamos a dar por finalizada la búsqueda llamaron mi atención unos papeles mecanografiados con tinta violeta sobre papel ya amarillento que el azar había dispersado en varios archivadores. Instintivamente los aparté. Poco a poco, hoja a hoja, y casi milagrosamente, *Pandemonio* comenzó a cobrar forma. El texto original que reconstruimos consta de 140 páginas; sólo faltan cuatro (14, 15, 26 y 27). En las veintinueve primeras hay tachones y cambios del propio Picabia. Desde la 30 hasta el final, el texto fue revisado y corregido por la propia Germaine Everling. En la portada había una nota: «Francis Picabia, *Pandemonio*, con prefacio de Louis Aragon y un retrato del autor por Man Ray, 1924».

Tuvimos la buena suerte de encontrar ese retrato clavado a una pared entre cientos de fotografías. Es una instantánea de nuestro autor al volante de uno de sus coches. Tiene una dedicatoria: «A Francis Picabia con velocidad, Man Ray, 1924». Este furor vital, el deseo de atravesar la vida a cien por hora, da perfectamente el tono del libro. Encontramos a Francis Picabia en su salsa.

Sin embargo, ni rastro del prefacio escrito por Aragon. Germaine tampoco lo recordaba. Así que se lo comenté al poeta y éste me respondió el 10 de marzo de 1973: «Me entero por usted que debía

escribir el prefacio de *Pandemonio* de Francis Picabia… Todo me parece más bien una fantasía muy singular de Picabia, ya que él y yo no estábamos entonces en muy buenos términos (por su parte, de hecho). Así pues, nunca escribí ese prefacio porque nunca me lo pidió».

De todo aquello ha transcurrido más de medio siglo y la memoria es infiel. En una carta fechada en febrero de 1924 que se conserva en el fondo de Doucet, Aragon aceptaba escribir el prefacio cuando le fuera remitido el texto.

Los doce capítulos de esta obra, la más larga que Picabia escribió jamás, nos hablan de una vida siempre en movimiento. Cenas con amantes, noches en cabarés o en los casinos de Montecarlo, visitas a exposiciones, fumaderos de opio, carreras de coches, desayunos de negocios, sesiones de espiritismo… Las palabras de un crítico respecto a Marcel Duchamp son aplicables también a Picabia: «Su mejor obra era su empleo del tiempo».

Un ruidoso desfile de famosos, excéntricos y personajes oscuros justifican el título de la obra [2]. En cada una de las escenas, Picabia interviene para sacar de sus casillas (a golpes de paradoja) a quienes quiere y a quienes detesta: el juego, el amor, el dinero, la pintura, la crítica de arte que genera «onanismo», las peleas académicas, la literatura, los sacerdotes, la educación y la política. El texto tiene la coherencia de las efemérides y de la ficción.

En el primer capítulo, Picabia recibe la vista de un joven literato que quiere leerle su manuscrito: *El ómnibus*. Picabia lo interrumpe después de unas frases, pero Lareincay no se da por vencido. Como su bestia negra, lo perseguirá a lo largo de todo el libro hasta que en el capítulo XII se termine casando con la amante de Picabia. Un año más tarde, Gide llevará a la perfección este tipo de montaje a través de la anécdota. Ficción y realidad, relato auténtico e invenciones sangrantes, se alternan en estas páginas hasta formar un conjunto homogéneo.

Hay que tener en cuenta que si bien había olvidado la existencia de *Pandemonio* en 1971, Germaine Everling lo usó en 1935 como fuente de la que extrajo muchos recuerdos. El texto tiene, pues, fuerza de documento, pero puede leerse como un reflejo (un poco desajustado, cierto) de los años que vivió junto a Picabia. De hecho, ahí reside su interés principal: *Pandemonio* es la suma de las ideas

de Picabia en 1924, el año en que se publicará el primer manifiesto surrealista. ¿Cómo puede ser entonces que este texto tan importante, escrito en un momento tan decisivo tanto para la historia de la literatura como del arte, siguiera inédito? Hay diversas razones. En primer lugar, el deterioro de las relaciones entre Picabia y Breton. Y, sin embargo, el año 1924 había empezado bajo los mejores auspicios. El 21 de enero, Picabia escribía desde Le Cannet a ese compañero diecisiete años más joven que él: «Ayer puse punto y final a mi libro. Sólo tengo que revisarlo. El título es definitivo». Y luego, el 1 de febrero: «En quince días estará terminado y, cuando vuelva a la capital, tendré el placer de presentarle a Claude Lareincay y Rosine Hauteruche». El artículo sobre Picabia que apareció en Gallimard con el nombre de *Pasos perdidos* atestigua la admiración que el más joven sentía hacia el mayor. Pero las disensiones no tardarían en aparecer. El 3 de mayo, Breton se expresa con franqueza:

> Mi querido amigo:
>
> Me marcho de París unos días, pero no puedo evitar manifestarle la sorpresa que me causa la noticia de la aparición de *391* y cómo valoro los términos de su anuncio a la prensa.
>
> Mi intención no era ni la de alegrarlo ni la de instruirlo. Ya sabe las reservas que me producen sus recientes actividades y el sentido de éstas (Montparnasse, los *ballets* suecos, una novela muy irritante, *Paris-Journal*…). Debido a la profunda estima que, pese a todo, aún le tengo, me habría abstenido de expresarme con tanta claridad si el *Journal du Peuple* de esta mañana no me hubiera arrojado su última clasificación. Es superfluo decirle que declino con todas mis fuerzas su cordial invitación y aconsejaré a mis amistades que hagan lo mismo.

Entre esos reproches encontramos que una «novela muy irritante», *Pandemonio*, era, de acuerdo con los dogmas del surrealismo, efectivamente, muy irritante. Tiene sentido que Breton convenciera a Aragon de que no escribiera el prefacio. Inversamente, todo lo que hacían Breton y sus amigos irritaba a Picabia. El «espíritu corporativo», el deseo que tenían de enraizarse

con sus predecesores (Sade, Rimbaud, Lautréamont) y, sobre todo, el regreso a la «literatura» que encarnaba la entrada de Breton, Aragon, Péret, Vitrac, Éluard y Baron en Gallimard. Las hostilidades que manifestaba Picabia en el artículo del 21 de marzo de 1924 del *Paris-Journal* («con esos deseos de gloria diferentes siguen siendo dadaístas») seguirán en las columnas de *391*, revista resucitada para atender las urgencias del momento. El 8 de mayo, cinco días después de la carta enviada por Breton, los periódicos de París publicaban el siguiente comunicado: «Se anuncia la próxima aparición de la famosa revista que sorprendió a todo el mundo, *391*, bajo la única dirección de Francis Picabia, su antiguo director, con la colaboración de Erik Satie, Marcel Duchamp, Rrose Sélavy, Pierre de Massot, Robert Desnos, Alfred Stieglitz, etc. Los señores André Derain, Aragon, Breton, Vitrac, Morise y Marcel Noll están invitados a participar por el amo de la casa… Estará consagrada al surrealismo».

Tenemos que convenir que Picabia era un experto en avivar las llamas. El número dieciséis de *391* es un ataque feroz y algo reiterativo a la «hiperpoesía» de Rimbaud y al «surrealismo» de Breton. Sin embargo, Picabia debió de considerar que aquello era insuficiente ya que en el número siguiente, el del 30 de junio, publicó la carta que Breton le había enviado el 3 de mayo con el título «Carta de mi abuelo». Terminaba con estas palabras: «Cuando me fumo un cigarrillo no suelo guardar la colilla».

Mientras tanto, en un artículo que apareció el 13 de junio en el *Paris-Journal*, cargó contra el «libertinaje» de Aragon: «Aragon es una *Madame* de Sévigné que toma el té en casa de los dadaístas». Los surrealistas contraatacaron, aunque de un modo más sutil. El 20 de junio, tras la primera representación de *Mercure* **[3]** en el teatro de La Cigale, el *Paris-Journal* publicaba su carta «Homenaje a Picasso», quien «nunca ha dejado de representar la inquietud moderna» y que para su generación «encarna la eterna juventud de un maestro incontestable».

Publicar este elogio en el *Paris-Journal* era una manera elegante de aplaudir el *Mercure* y a Picasso menospreciando a Picabia. Éste no dejó de contestar en el penúltimo número de *391* (julio de 1924).

Pese a la virulencia de las peleas públicas, no cabe la menor duda de que la reacción negativa de Breton tras la lectura del manuscrito molestó sobremanera a Picabia, quien contaba con la intervención de sus amigos para encontrar un editor. A Breton le llegó a mandar el libro el 1 de febrero acompañado de una nota: «Con vistas a su publicación, te envío este pequeño texto».

Su amor propio iba a volver a tener que pasar una dura prueba: pocos días después de la carta de Breton, el 14 de mayo, Picabia vio cómo Gallimard rechazaba publicar sus artículos en un volumen.

«A pesar de que nada nos gustaría más que publicar sus artículos en un volumen de la *Nouvelle Revue Française*[4], tenemos un programa demasiado cargado, lo que me impide aceptar nuevos proyectos. De este modo, me resulta imposible darle una fecha de publicación, aunque sea lejana».

Esta educada carta de rechazo por parte del editor que acababa de abrir sus puertas al grupo surrealista se encuentra en el origen del intercambio furioso de artículos entre *391* y el *Paris-Journal*. No es de extrañar que Picabia no quisiera enfrentarse a un segundo rechazo para *Pandemonio*.

Pero hay que tener en cuenta otros factores igual de importantes. El 22 de enero, mientras terminaba la redacción de su novela, a Picabia lo distrajeron nuevos proyectos. «Erik Satie —le escribe Pierre Massot— me ha encargado pedirle su colaboración en el *ballet* sueco: necesitamos su plena disposición. Se espera todo de usted. Hébertot y De Maré están encantados. Por primera vez, en el teatro de los Campos Elíseos veremos una verdadera revolución que nada tiene que ver con *Les mariés*. Puede que un nuevo tipo de dadaísmo. Reflexione y dígame que sí».

Siempre abierto a cualquier novedad, Picabia estaba dispuesto a entusiasmarse con la misma velocidad con la que se hartaba de lo que estaba haciendo. La aceptación de ese *ballet* coincidió con el abandono de *Pandemonio*. La obra que acababa de terminar dejó de interesarlo. Concluir una obra era como asesinarla. Y *Pandemonio* era quizá demasiado larga para ese aficionado a la literatura, amante de los aforismos y de los epigramas. La verdad es que Picabia estaba poco satisfecho con un texto que le había costado mucho. «Hace ocho meses que escribo cuatro o cinco horas al día y al final no he encontrado nada que decir». Esto era lo que le

confiaba a Breton en su carta del 1 de febrero.

Si tenemos en cuenta la desafección del autor y la coyuntura literaria de la primavera de 1924, la corrección «atenta» de *Pandemonio* para poder someterla al escrutinio de un editor, ¿no era demasiado esfuerzo sin un resultado visible?

Si seguimos con la polémica, el relanzamiento de *391* junto con la creación del *ballet* sueco *Relâche* y el cortometraje *Entr'acte*, que rodó con René Clair, supondrán una verdadera revancha contra el *Mercure* de Picasso y el éxito literario de Breton.

Picabia había vuelto las tornas.

En la página 29 suspendía su trabajo de revisión. Las correcciones que hizo fueron instigadas por preocupaciones que nada tenían que ver con la suerte de su novela. Decidido a alejarse de los «jóvenes literatos», suprimió el «amigo mío» que daba inicio al texto. De un tajo borró todos los comentarios que hubieran podido entenderse como una confesión de debilidad: «El padecimiento nervioso que hace de mí un ansioso perpetuo». Descartó todo eso: *Lareincay* se convirtió en *Entr'acte* y el *El ómnibus* en *Relâche*. Este fenómeno de contaminación dio lugar, a veces por desinterés y otras por masoquismo, a la destrucción sistemática del texto. En lugar de revisarlo «atentamente» se dedicó a sustituir las palabras adecuadas por otras incongruentes y malsonantes. «Cantaban en los árboles» (habla de pájaros) pasó a «cagaban en los árboles», o «se pasaba la mano por la frente» a «se pasaba la mano por el sexo». Algunas piruetas absurdas, antítesis automáticas, demuestran que (a pesar del humor resultante) Picabia intentaba vengarse de un trabajo que lo había hecho sufrir. En lugar de meter los papeles en una «hermosa carpeta azul», los puso en «un pulverizador». Si «el mes de junio hacía sonreír a la tierra», tras las correcciones hará sonreír a «las patatas [pommes de terre]». Este juego de correcciones intempestivas se detendrá en la página treinta. Está claro que Picabia piensa en otra cosa. En esta edición, sin embargo, hemos decidido conservar el texto original.

Pandemonio es una novela en clave que, sin embargo, también interesará a quienes no hayan oído hablar nunca del dadaísmo o del surrealismo. Para los iniciados, cada capítulo está lleno de alusiones. Tomemos una frase: «Como puede ver, amigo mío,

¡prefiero mirar una cesta de piñas a contemplar un Rembrandt!». *La Piña* era el nombre de la revista que en 1922 publicaron Christian y Francis Picabia en Saint-Raphaël. *Rembrandt* funciona como sinónimo de «genio» para todos los amantes de la pintura «retiniana». Emprenderla con Rembrandt supone estigmatizar el «gran arte». De ahí la fórmula subversiva que Duchamp propuso para el *ready made*: «Usar un rembrandt como tabla de planchar». Llevando el razonamiento al límite podemos entender por qué, para Picabia, «una pila de ejemplares no vendidos de *La Piña* es más grata a la vista que un Rembrandt, incluso transformado en tabla de planchar».

Unos personajes desfilan con sus nombres (Picasso, Ernst, Breton, Aragon, Van Dongen, etc.) y otros con disfraces que velan su identidad. Si a Jacques Doucet podemos reconocerlo bajo los rasgos de Sébastien Manteaubleu, resulta más arduo descubrir que la «condesa Triple» es en realidad la baronesa «Jeanne Double», madre de Lecomte de Noüy. Algunos de los individuos que aparecen con sus nombres vuelven a hacerlo con un seudónimo: Jean Cocteau se convertirá en Jean Babel y Robert Desnos en Dumoulin. Esos cambios y metamorfosis complican las pistas. Pierre Moribond, el autor de *Ovaire toute la nuit* [ovario toda la noche], podría ser Marcel Duchamp, pero en realidad se trata de Paul Morand, que escribió *Ouvert la nuit* [abierto de noche]. Claude Lareincay, Berthe Bocage y Rosine Hauteruche son personajes inventados. Las alusiones son innumerables y las paradojas añaden aún mayor complejidad. Sólo citaré un ejemplo. Hablando de Seurat, Picabia declara: «Es un pintor cuyo lado optimista y vanidoso me aburre sobremanera. Sus obras parecen esculturas negras talladas por unos payasos como los hermanos Fratellini». Seurat es, en efecto, un pintor optimista si observamos la luz de cuadros como *Tarde de domingo en la Isla de la Grande Jatte* o *Baño en Asnières*. De hecho, una de sus obras más famosas se llama *Las modelos*. En el esbozo de *El circo* (que pertenecía a Jaquet Doucet), el payaso, el caballo, la trapecista y el público se superponen como en los postes africanos que mezclan figuras humanas y animales. La composición «circense» del cuadro lo aproxima a la familia Fratellini.

Para aclarar enigmas y confusiones, el lector debe remitirse a las

notas, pero no hemos logrado aclarar todos los misterios. Aún subsisten sombras cincuenta años después de los sucesos que se narran. Sea como fuere, esta novela puede leerse como el antimanifiesto por excelencia. Picabia propone un arte de vivir, la dialéctica es para él una limitación. Ante el rigor dogmático de Breton, postula un desparpajo que es la afirmación de su libertad. Así, ante el surrealismo, *Pandemonio* representa el honor del dadaísmo, al menos el de Picabia: francotirador impenitente y personaje imposible de clasificar.

Luc-Henri Mercié

1. El sucedáneo[5]

—Como puede ver, amigo mío, ¡prefiero mirar una cesta de piñas[6] a contemplar un Rembrandt!

Claude Lareincay, el joven literato y futuro genio a quien me dirigía, pareció desesperarse:

—Querido amigo —me dijo—, pongámonos serios, se lo ruego. Deje que continúe leyéndole mi manuscrito. Desconozco si es famoso, pero agradecería que me diese su más sincera opinión.

Era evidente que necesitaba apoyo. Vio que me había resignado, así que se acomodó en el sofá, cogió los papeles esparcidos, los ordenó en una hermosa carpeta azul que llevaba por título *El ómnibus* y se puso a leer despacio con un tono excesivamente «atiplado[7]».

El mes de junio hacía sonreír a la tierra. Los capullos de las flores se abrían con los primaverales rayos del sol. Los pájaros cantaban en los árboles mientras construían sus nidos. Un hombre y una mujer paseaban lánguidamente por el Jardín de Luxemburgo.

La mujer se llamaba Marie-Marie. El hombre era joven, pero ya había sido condecorado con la Legión de Honor[8].

—Mi amor —dijo Marie—, los efluvios de las flores me dan dolor de cabeza, ¡pero qué tiempo tan magnífico!

—Tengo que decirle algo —dijo frunciendo los labios emocionado.

Su acompañante se apoyó en un árbol que aún no tenía hojas. Aparentaba no escuchar nada.

—Querida amiga —empezó a decir él tras un silencio desagradable—, parece que no se divierte conmigo. No puedo entenderlo…

Anduvieron un poco más. Él parecía crispado, tenía la impresión de estar entrando en aguas cada vez más frías. De pronto

se detuvo y gritó:

—¡Ah! ¿Puede oír esa lejana marcha militar? ¡Cómo me emociona el sentimiento patriótico que nos transmite!

La música se acercaba cada vez más. Paul-Paul (ése era su nombre) [9] exclamó excitado:

—¡Pero si es la *Marsellesa*, el canto de Francia, el himno de nuestros soldaditos!

En ese momento, tres perros echaron a correr por el camino. Saltaban como jovenzuelas que disfrutan de sus juegos en un jardín lleno de recuerdos. Uno de ellos, joven y blanco, tenía dos pequeñas manchas negras: una sobre el ojo y otra en el lomo. Se sentó frente a Paul-Paul y lo miró sin miedo y con curiosidad, como el perro que intenta reconocer a su amo perdido. Se puso a ladrar y a menear la cola como si esperara una caricia.

—Por supuesto que sí —dijo Paul-Paul—, yo soy tu amo. Dale la pata a la señora.

—¡Qué mono es! —dijo la mujer inclinándose hacia él.

Pero el perro dio media vuelta, se unió a los demás y los tres se marcharon entre cabriolas y aullidos feroces.

Los dos paseantes los observaron hasta que desaparecieron tras un arbusto.

—Querida —dijo Paul-Paul—, ¿a usted le gusta viajar? ¿Le gusta Escocia? Vayamos juntos. ¿Por qué duda?

Este ruego la decepcionó.

—¿Por qué habríamos de ir a ningún sitio? —dijo ella suavemente—. Todo es igual, sólo difieren los proyectos. Los países son los mismos. Y a los hombres que están enamorados de verdad no les gusta viajar [10].

Tuve la sensación de que aquello iba a alargarse. Lo interrumpí con elogios.

—Querido amigo —le dije—, es maravilloso. Es al mismo tiempo muy Luis Felipe y muy moderno. Su obra contiene además un regusto dadaísta similar al del ajo en los guisos de cordero. ¿Hace mucho que la ha escrito?

—No, ayer. Pero llevo años pensando en ella.

—¡Cuánta razón tiene! Una simple palabra puede resumir la experiencia de una vida entera.

—¿Y cuál es esa palabra?

—Eso no tiene ninguna importancia. *Nabucodonosor*, si le place. Todo depende del sentido que uno le dé. Lo demás es sensualidad y una pérdida de tiempo. Y como sin duda sabrá, si lo que uno quiere es ganar tiempo, no podemos ir malgastando palabras sin ton ni son.

—¿Me permitiría seguir leyendo? —dijo Lareincay.

—Sería inútil. Ya sé cómo va a terminar su libro. Seguro que se ha adentrado en el misterio de los sentimientos poéticos para así ofrecer a sus lectores el hechizo de lo incomprensible, la única emoción a la que todavía se les permite acceder. Actualmente, sólo el misterio es arte. Pero debo confesarle que yo lo habría hecho de otro modo: para mí, ese juego no es más que una horrible broma. Si se materializa, la inteligencia artística acaba pareciendo jerga médica.

El joven escritor me preguntó irónicamente si yo era de quienes opinan que el arte es una enfermedad.

—Por supuesto que no. Usted no lo entiende. Uno puede decir que no existe el arte, que no hay enfermos, mas no que existe la enfermedad. Me pide que me erija en crítico, pero los hombres que opinan sobre las obras ajenas sólo aportan ideas esterilizadas, pasadas a través de un filtro. Ese filtro, además, debe tener un tamaño consensuado para que esas ideas sean admitidas por la moda y las convenciones. Los críticos quieren saber por qué hacemos lo que hacemos, y ese espíritu produce sobre el arte el mismo efecto que el del mercurio sobre el oro: va penetrando lentamente a través del hermoso metal hasta un punto en que es necesario un nivel muy alto de calor para separar los dos elementos. Sería mejor quemar a todos los críticos. Y desembarazarnos de los amigos cuya única facultad es el sentido crítico, porque éstos sólo generan onanismo, impotencia[11] y vacío. ¡Y desprenden un olor a sacristía que en nada se parece al encanto del *Jardín del cura*[12]!

»Hoy en día la moda es una vulgaridad deliberada[13] e inútil revestida de esnobismo. La gente es vulgar por ser vulgar. Muy a menudo porque no ha vivido lo suficiente[14], y en el fondo no sabe amar: los unos porque no tienen bajo vientre, los otros porque lo usan como una bicicleta para participar en la carrera que más los beneficia[15].

»Los pintores, los escritores y los músicos creen en el arte como

los farmacéuticos en el ácido láctico. ¿Por qué si no hablan con tantísima reverencia?

Lareincay estaba impaciente, no tanto por mi discurso como por la imposibilidad de continuar con la lectura. Me interrumpió.

—No estoy de acuerdo con usted. Jamás ha habido una época tan fértil, vibrante y curiosa. El número de investigadores aumenta a diario. Los contactos que se hacen son cada vez más numerosos. Los japoneses vienen a Francia. Hemos creado los «bailes negros[16]» y los negros tienen bailes blancos. ¡No puede negar que de tanto esfuerzo cosmopolita surgirá algo grandioso, algo sublime, un arte comparable al de las pirámides!

—Un arte que sabrá a carne refrigerada. Por lo que yo sé del mundo artístico, el universo interior es una naturaleza muerta, está atrapado en la necia vida de las convenciones. El cáncer, la tuberculosis o la sífilis se consideran enfermedades, pero la única enfermedad es para mí la muerte. Todas las demás son inventos absurdos, como las letras que algunos bordan en sus camisas[17] para inspirar respeto a sus vecinos o, lo que es peor: envidia. ¿Usted cree que Napoléon[18] habría inventado la Legión de Honor si no existieran los espejos?

»Hay, sin embargo, individuos que llevan con ellos un espacio de tres dimensiones: el infinito. Esa raza de hombres no cree en Dios, no cree en el arte, no cree en la Legión de Honor, ¡ni siquiera cree en ella misma! Es una burbuja de jabón en el centro del infinito. Quizá explote un día, pero entonces dejará al resto de los seres humanos, a quienes creen en la vida, las imágenes verdes, rosas y azules de sus recuerdos.

»Mire, conozco a un hombre que se pasa el día haciendo pompas de jabón para poder convertirse en una de esas burbujas. Lo único que posee es una colección de pipas Gambier[19]. La vida es incompatible con él. Sólo se dedica a deshacer su jabón Cadum. La gente del mundo del arte recoge esas migas para amasar un pan de Marsella[20] que pueda nutrir su definida inteligencia.

»Esa pompa de jabón de la que hablo está rellena de amor[21]. Las restantes pasiones humanas se venden en piezas separadas, semiocultas y semidesnudas, aunque llevan su correspondiente certificado de calidad[22].

»Usted, querido, opina como los académicos[23]. Uno tiene que

buscar a su mejor amigo, ese que ha de venir, en el horizonte. Yo soy tan puro e inocente como la guillotina. Hablo sin tapujos: pienso en el sol cuando estoy bajo el sol y en la sombra cuando estoy a la sombra [24].

Me acerqué al novelista. Me sorprendía que no me hubiera interrumpido. Sus gestos me intrigaban. Vi que se había quitado los botines [25] y apoyaba los pies en el radiador. Me daba la espalda.

Ante mi muda sorpresa, dijo:

—Sus bellas teorías sólo logran un efecto: tengo los pies helados.

2. La pompa de jabón[26]

Esta conversación había hecho que me retrasara mucho. Debía ir a casa de una amiga, Berthe Bocage[27], que me había invitado a cenar. Llegué sobre las nueve y me extrañó mucho advertir que ningún otro invitado había acudido. Berthe me recibió de una forma encantadora y me anunció que cenaríamos a solas, algo que no me disgustó. Por aquel entonces opinaba que aquella mujer era una de las más inteligentes que jamás hubiese conocido[28]. Tenía una inteligencia instintiva, no cultivada en un laboratorio a la moda, como la de ésas que uno encuentra en todas partes: en las reuniones intra o extramundanas, los conciertos, los pasillos de los teatros o las salas de conferencias.

Mi amiga, en traje de gala, había mandado que nos prepararan una deliciosa cena fría; así podríamos evitar el fastidio de ser servidos por esa secta de individuos que nos consideran sus esclavos.

La grata comida comenzó con el entusiasmo, la alegría recíproca que se procuran dos seres cuando albergan el uno por el otro la mayor de las simpatías libre de reservas o segundas intenciones.

Conocía a aquella mujer desde veinte años atrás[29], hacía ya diez que no era mi amante. Nuestras ambiciones eran tan distintas que no podía haber entre nosotros ni lamentos ni celos[30].

Nuestras miradas se sumergían la una en la otra con la franqueza necesaria para la verdadera amistad.

—¿Es usted feliz? —me preguntó de repente.

En aquel momento no sabía exactamente qué significa «ser feliz» y le devolví la pregunta antes de darle una respuesta.

—En efecto, soy feliz —me dijo— porque ya no me preocupan los demás, soy tan impermeable al halago como a la censura. No es indiferencia. Simplemente me resulta más cómodo vivir así entre

mis contemporáneos. Cuando era niña confeccioné un pequeño objeto que me parecía maravilloso: se lo enseñaba a mis amigos para que lo admiraran, para que me quisieran, pero no despertaba el interés de nadie. Para mí, sin embargo, era una suerte de joya adorable, dotada de un brillo extraordinario, que hubiera debido llamar la atención de los hombres. Algunos lo cogían entre sus manos, lo miraban con desprecio y me preguntaban de dónde había sacado aquella castaña mal tallada. ¡Ay, cuántas veces he tenido que escuchar frases parecidas! Así que un día, en un arrebato de asco y hastío, con una inmensa sensación de soledad, arrojé mi tesoro al mar[31]. Más tarde entendí la debilidad, la inocencia, de mis gestos, el despropósito de querer compartir con otro ser, hombre o[32]…… pretensión de ser tierna y perfumada.

—No, no es pesimismo. Mire, reconozco que esta perdiz está exquisita[33], me proporciona un placer incuestionable, mas si me hubiera servido una perdiz de teatro, una perdiz de cartón, usted sin duda admitiría que me negase a probarla. Pues bien, detesto el cartón y cada vez hay más objetos de cartón. Son menos caros y dan bien el pego. Nuestro país es viejo, ha perdido el ánimo y se aferra al falso sentimentalismo de la impotencia.

»Los franceses pronto volverán a creer en Dios. Ya sólo aman a los «desconocidos[34]», les basta con llorar sobre una tumba. Toda fuerza, toda energía verdaderamente objetiva, hay que pisotearla, destrozarla, esconderla, guardarla en el armario.

»Pero el hombre no se hace solo. Para que brote el genio es necesario un terreno donde cultivarlo y pienso que nuestra tierra está por ahora agostada. Le hemos echado demasiados abonos químicos, las auténticas bacterias han desaparecido y hemos tenido que fabricarlas falsas. Es el triunfo de los bisturíes y las sublimaciones, conseguimos mantener un cerebro vivo sobre la mesa de operaciones, pero el corazón queda olvidado en el anfiteatro. Hay tantos genios postizos que si por casualidad apareciese uno auténtico nadie sabría reconocerlo. Sería ridiculizado por esa muchedumbre que sólo se preocupa de la

moda.

—Mas si fuera un genio y, en consecuencia, una fuerza de la naturaleza, él mismo estaría de moda, ¿verdad?

—No se equivoque. Le voy a contar un experimento: cierto día vacié un gran frasco de perfume en una fosa séptica abierta en la calle. Nadie vino a decirme: «Señor, qué bien huele aquí». La gente no percibió nada nuevo, hasta tal punto estaba habituada al otro olor [35].

—Se lo ruego —dijo mi anfitriona—, no siga. Cuando habla así no desmiente su reputación de hombre estragado y cínico que ha vivido todas las vidas en todos los entornos. Se cree impermeable, mi pobre amigo, pero es usted como una esponja. Se empapa de todas las sugestiones, es romántico hasta el exceso y su sensibilidad me hace sonreír.

—¿Y usted? ¡Cuánto ha permanecido mujer por la impermeabilidad, usted, que fuma cigarrillos, con su pelo corto, al volante de un automóvil! A los hombres desde luego los menosprecia y le encanta dominar a las mujeres. Los niños, cuando los trata, le sirven para dar gato por liebre, para fingir que tiene buen corazón, pero su egoísmo es permeable. Tiene las mismas vanidades que las otras y, a despecho de todo lo que afirma, sé que a usted se la puede herir tanto como a ellas. ¿No le parece —añadí entre risas— que hemos de ser muy buenos amigos para intercambiar semejantes palabras sin que nuestra amistad se resienta? Sin duda es posible porque juntos lo hemos agotado todo: disputas y placeres. Ya no reaccionamos. A veces incluso me pregunto por qué seguimos viéndonos.

Seguramente Berthe había reflexionado a menudo sobre el asunto porque me respondió enseguida:

—Sólo creo que se debe a esa pequeña crueldad que hay en nosotros, el placer común que consiste en examinar a los demás y verlos tal como son, actividad que podemos practicar esta misma noche ya que, sabe usted, luego iremos a encontrarnos con unos amigos que desean conocerlo. Necesitamos divertirnos. Estoy harta de conversaciones estériles.

—Todo es estéril —objeté.

—No, o al menos hay cosas que no producen dolor de cabeza.

—¡Ah, sí, pasar la noche en un bar! Porque seguramente iremos

a un bar, ¿no?

Berthe Bocage sonrió:

—Pues sí, esta noche lo arrastraré a la inauguración de un cabaré de negros.

—¿Qué va a ser de nosotros? No me tienda trampas.

—Seguro que no se aburre. Verá a Henriette Violet [36], la joven divorciada que flirtea con todo el mundo. Despliega su temperamento como la ropa en el tendedero y luego abofetea a quien se presenta para plancharla.

—La conozco muy bien. Recuerdo incluso que fui a su boda con mi padre y éste me hizo una observación inesperada. Como lo veía preocupado y ansioso (sabía que estaba muy ligado a la familia de la chica), le pregunté qué lo inquietaba. Me contestó que estaba intrigado por la cantidad de moscas muertas que había en la sala del ayuntamiento.

—¡Su padre es muy chistoso! No le falta buen humor.

—No, se aferra a sus ideas por fútiles que sean. Los más graves sucesos no cuentan para nada frente a ellas.

—Creo que usted se parece un poco a él, amigo mío.

—¿Y qué quiere usted? Tenemos sangre cubana [37]. El cielo azul, las palmeras, el dulce calor hacen que a los cerebros de allá les cueste reparar en el lado reflexivo de las cosas. Las gentes de Cuba pintan sus casas de rosa, de azul, de verde claro. Los colores se apagan un poco con el sol, pero nunca dejan de ser agradables. No habiendo vivido en Cuba, yo hago con mis ideas lo mismo que los cubanos con sus casas. Pintar de azul las ideas negras, ¡qué placer! Aquí, por ejemplo, no las borra el sol, sino la lluvia.

—¡Qué poético está esta noche, amigo mío!

—No, sabe bien que me horrorizan los poetas [38].

—¿Por qué?

—¿Por qué? Pues no lo sé. Sus vidas, siempre tan sonoramente alabadas, me parecen carentes de interés. Se cuenta con bastante admiración que uno se las apañaba para vivir con los cuatro chavos que obtenía diariamente mendigando a la entrada de una iglesia [39]. Todo esto me deja frío. La obra de los demás me importa poco y la vida aún menos. Me es indiferente que tal pintor dedique doscientas cincuenta sesiones a un cuadro [40] cuando otro podría hacer una obra comparable en medio día. Son bagatelas que

me fastidian más que las propias obras. Ya sé que para mucha gente es al revés. La anécdota sobre el artista tiene un sabor que contribuye a discutir y apreciar todo lo que éste produce [41]. Es como si para conocer las cualidades de un caballo de carreras debiéramos averiguar si quería o no a su madre [42].

»Pero no volvamos a perdernos en polémicas. Sé que en el fondo comparte mi opinión. Es tarde y si de verdad quiere encontrarse con sus amigos…

Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, Berthe Bocage comentó:

—Olvidaba decirle que en el cabaré también veremos a un joven novelista que me presentaron ayer. Quería venir aquí después de la cena para leerme la novela que está escribiendo, así que me vi obligada a citarme con él en el bar a medianoche. Se llama Claude Lareincay, ¿lo conoce?

¡Claro que lo conocía!

3. Inhalación perpetua

En cuanto llegamos al nuevo bar de moda por un día [43] vi a varias personas conocidas. Siempre son las mismas en todas partes: personajillos parisinos hambrientos de fama. Oí cómo alguien susurraba mi apellido [44], pero mi amiga me guió hasta una mesa reservada junto a la orquesta. Ésta, reaccionando como era previsible, ejecutaba la música más silenciosa que se haya podido escuchar [45]. Sin embargo, un negro que se había vuelto meridional por sus frecuentes visitas a París soltaba cada cierto tiempo un auténtico aullido. Una joven que me acababan de presentar me confió:

—Estos hombres tienen aspecto de bestias, pero no dejan de resultar asombrosos. Se dice que poseen un carácter formidable. ¿Usted qué opina?

No pude responder: dos parejas se acercaban a nuestra mesa, sin duda los amigos de Berthe. Una mujer grande, rubia y bastante guapa que exhibía un collar de perlas falsas y unos dientes magníficos (o al revés, no me acuerdo). La acompañaba un hombre tan distinguido que parecía un vendedor de perfumes. La segunda pareja era menos impresionante. El hombre se deshacía en elogios al ingenio de los demás y la mujer (que tras un divorcio muy ruidoso había vuelto a casarse con él) intentaba convencerme de que su marido era un hombre de una bondad, una inteligencia y una agudeza excepcionales.

Luego llegó Henriette Violet, adorablemente encantadora, con el aire fatigado de una mujer que ya está exhausta antes de abandonar la cama.

Un señorón perteneciente, según me dijeron, a una corte abolida vino a saludarla y la invitó a bailar. Mi vecina de mesa, la rubia de las perlas, se puso escarlata. Tras la marcha de su alteza me confesó

que no podía ver a ese hombre sin sentir una imperiosa necesidad de sacarle los ojos de las órbitas con unos alfileres, los mismos que se emplean para extraer los bígaros de sus conchas [46].

Procuré tranquilizarla. En ese momento, un hombre se aproximó a nosotros con notable esfuerzo. Aunque vestía de etiqueta, llevaba bajo el brazo una cartera negra. ¡Era Lareincay! No logramos evitar que, de un modo u otro, surgiera su manuscrito [47].

—He reflexionado mucho tras nuestra conversación de esta tarde —me dijo—. Vengo de trabajar un par de horas y me gustaría enseñarle algunas modificaciones, sobre todo un capítulo que he añadido.

—Léame los pasaje principales de ese capítulo —le respondí molesto—. En otra ocasión veremos los cambios.

Comenzó a leer en voz baja:

> Desde entonces, vivía en un estado de alucinación perpetua [48]. Soñaba despierto, como un fumador de opio [49]. La suntuosidad de sus recuerdos sólo era comparable a la de su duelo presente. Imposible tener una imaginación más rica y ser al mismo tiempo tan pobre. Ahora que sabía cómo había pasado el primer día del mes [50], a Marie no le extrañaba que el quinto estuviera tan desvalido. Pero aquello era excusable, ¿no? A ella, no obstante, la molestaba que hubiese hablado demasiado pronto, lo que le impedía mentirle a Paul. Seguía tendida sobre su diván y, como su cabeza se mantenía en las sombras, él no podía ver su expresión de sufrimiento. Él mismo se pasaba repetidamente la mano por la frente y dudaba de su estado de vigilia. Por fin se hartó de aquella coacción y la interpeló violentamente:
>
> —¿Por qué no me respondes? Te retuerces en tu diván como una anguila en la hierba.
>
> —¿Por qué?
>
> —Sí, ¿por qué, por qué?
>
> —¿De verdad quieres saberlo? ¡Al diablo con la falsa vergüenza! Te voy a hacer una confesión completa. He llegado al límite. Está escrito que quien ha jugado seguirá jugando, y el dinero que me pides sólo servirá para perder una vez más. Déjame, quiero estar sola. Sí, márchate.
>
> En la cara de él se pintó la cólera y la desesperación.
>
> —¡Dejarte! —exclamó—. ¡Dejarte con él! Eres tú misma

quien…

Era aún tan joven…

Puse una mano sobre el brazo del novelista.

—Ha escogido mal el lugar de la lectura. Apenas he entendido nada, pero se nota que hay una gran emoción. Deje de leer y siga escribiendo. ¡Vuelva a casa enseguida! ¡Se trabaja bien por la noche!

Se marchó saludando a todo el mundo con una mezcla de orgullo e inquietud [51]. No dudaba de sí mismo.

Aquella música negra que permitía a tantas nulidades aparentar que habían inventado algo [52] se convirtió tras unos instantes en un verdadero sostén para mí. Era como un buen cojín donde apoyar mis hombros, mis brazos y mi cabeza. Lo cierto es que la prefiero a la música de nuestras penosas orquestillas, ésas que tocan dos veces por hora *El trovador* o *Carmen* [53]. El *blues* me recordaba América [54] y con él olvidaba a Lareincay.

Me extrañó que no se hubieran presentado muchos otros personajes célebres sin los cuales es imposible una inauguración que se precie. Pero hecha esta observación advertí que difícilmente se decidirían a abandonar los locales donde ya son las estrellas. Mi amiga Berthe sin duda cavilaba sobre lo mismo porque señaló:

—¡Vaya! Jean Babel no está [55].

—Parece que lo lamenta. Sé que le parece simpático, divertido.

—Sí, es divertido, pero mucho menos que aquéllos a quienes imita. Ciertamente es un malabarista habilidoso, se diría que siempre tiene un piano en equilibrio sobre la nariz, mas si pudiéramos retirar el decorado veríamos el grueso cordón que sujeta el instrumento.

—No me gustan los cordones de ilusionista.

—A mí tampoco, por eso jamás hago paquetes. Pero siempre llevo encima un pequeño cuchillo para cortarlos.

—¿Es usted pérfida o tal vez envidiosa?

—Lo admito, pero me asombra que sea usted quien lo diga. ¿Acaso no ha comparado esa raza de hombres con los chacales que siguen a las caravanas?

—Hay chacales mansos extraordinariamente gentiles. Pero ¿quién es esa bella criatura que está entrando? ¡Si es Yvonne Pavée!

Cuando tenga noventa años parecerá más joven que con veinte [56]. Se dice que es la amante de un dadaísta.

—No se crea nada de lo que le cuentan. ¿Y quién la acompaña? —le pregunté.

—Es Glass, un americano [57].

—¿Glass?

—¿No lo conoce?

—¡Jamás habría pensado que alguien pudiera llamarse así!

Buscaron una mesa. Yvonne quería bailar con todos los negros a la vez, lo cual menguó la orquesta. A Glass se le ocurrió entonces la genial idea de precipitarse sobre el piano y tocar *J'ai du bon tabac dans ma tabatière*.

Alguien pronunció un nombre a nuestro lado y vimos entrar a Pierre Moribond, el autor del gran éxito *Ovaires toute la nuit* [58]. Tras él apareció otro joven. Era [59]… ……… …

Cuando estaba a punto de irme me pidió que la ayudara a lavar unos platos sucios de la noche anterior, ya que había prescindido del servicio para estar más tranquila y encargaba a sus amantes el cuidado doméstico.

4. Out

Tan pronto como colgué el teléfono salté a un taxi y me dirigí a casa de la señora X en la Avenue du Bois. Mi joven amigo me había indicado el piso: el último. Llamé sin vacilar. La puerta se abrió sola sin que ninguna criada se presentara. En ese momento recordé con un poco de angustia lo que me había contado Pierre de Massot a propósito de los platos **[60]**. Entré en un apartamento completamente vacío de muebles. Sobre las puertas, sin embargo, había placas de esmalte azul que indicaban la función asignada a cada una de las habitaciones.

El vestíbulo, donde aún me hallaba, sería el «cuarto de baño». Atravesé el «comedor», el «salón» (un cuchitril minúsculo), la «cocina» y el «dormitorio». Por fin llegué a una puerta sin letrero. Llamé, se abrió sola igual que la anterior, y ante mis ojos se desplegó un espectáculo bien curioso. Alrededor del cuarto había hileras de diminutos vasos en cuyo interior se veían reproducciones en miniatura, como maquetas de decorados: un salón con muebles del XVIII, un comedor moderno, un cuarto de baño con mosaicos dorados y cosas por el estilo. En fin, una auténtica casa de muñecas. Cuando levanté la vista descubrí en un rincón una gigantesca chimenea cuya campana servía de dosel a una cama baja donde se sentaba la dama «a la que ya no podría renunciar».

Como si mi presencia le resultara del todo natural, me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Al advertir que no conseguía apartar la vista de una instalación tan sintética, me señaló su aspecto práctico, su comodidad y su ingenio. Después añadió:

—¿Cuándo me llevará en coche? ¿Qué va a hacer hoy?

—No lo sé, ¿y usted?

Se produjo un largo silencio; no nos mirábamos. La sentía lejos y tenía la impresión de que aquella mujer siempre había estado fuera, ligeramente al otro lado del lado donde me gusta situarme.

Tenía que ser la actriz de su imaginación. Una influencia simbólica debía de haberla marcado y haber alumbrado en su cerebro un oso de peluche al que poco importaban las abstracciones amorosas.

De pronto me cogió las manos y, mirándome a los ojos, dijo:

—Ya sabe que soy una mujer muy franca.

¡Qué absurdo preámbulo! La verdad es que cada vez me sentía más decepcionado. Empezaba a parecer una fruta podrida que se hubiera esculpido a sí misma en forma de corazón.

Ningún misterio. Era como descubrir borras de polvo debajo de una cama. Cualquier sombrerito de mujer provinciana me hubiera resultado más atractivo que aquella vida de latón [61] tan alejada de todo lo que aún me da placer. Había que ir hasta el final, así que le propuse dar una vuelta en coche [62].

Partimos inmediatamente en taxi para ir al garaje donde se hallaba mi coche. El taxista nos condujo de una forma vertiginosa, a cada instante nos arriesgábamos a un choque, pero llegamos sin daño. Cuando salíamos del vehículo mi acompañante me preguntó si no había tenido miedo.

—Sí, mucho —le dije.

En el fondo de mí escondía con sumo cuidado el deseo del accidente que no habíamos tenido. Un accidente que me habría separado por fin de aquella compañía pasajera, un accidente que hubiese acabado con ella y conmigo aniquilando así, de un solo golpe, el padecimiento nervioso que hace de mí un ansioso perpetuo.

Entramos en el garaje. Allí estaba mi pequeño automóvil entre enormes limusinas. Tras varios intentos frustrados para ponerlo en marcha, el motor empezó a roncar con un sonido ensordecedor. Nos acomodamos bajo unas mantas grises y salimos, pero, una vez fuera, aquel coche que solía circular a ciento cincuenta kilómetros por hora sólo consiguió remontar la calle Rocher con notables dificultades. Mi compañera me dijo que era menos peligroso ir conmigo que en taxi [63]. Le respondí que eso me comentaban siempre.

Regresamos al garaje. Sabía dónde localizar a un mecánico experto en los coches de mi marca. Dejé el vehículo en sus manos y me dijo que tardaría unos veinte minutos en arreglar el embrague.

Cuando me volví para decírselo a la señora X, vi que estaba en una esquina conversando con un joven sentado sobre cinco neumáticos viejos. No fue poca sorpresa reconocer a Lareincay. Vino hacia mí y me dio la bienvenida del modo más natural del mundo.

—Querido amigo: pasé por su casa y allí me dijeron que seguramente había salido en automóvil. Por casualidad he venido aquí. ¡Qué suerte haberlo encontrado y en compañía de Rosine Hauteruche!

Así fue como averigüé el nombre de la joven [64].

—En efecto, una increíble casualidad —le dije—. Pero si ha venido a leerme su manuscrito, déjeme decirle que éste no es el mejor momento. Estábamos a punto de irnos y…

—Permítame, al menos, que le lea un poema. Es suyo. Lo he hallado esta mañana cuando ordenaba unos papeles [65].

Lareincay sacó de su bolsillo un estuche para papel de fumar y, tras anunciar el título de la composición, leyó los versos hoja a hoja. En cada una había cuatro líneas.

La ronda del radadá [66]

El primero de los hombres era el único buen mozo. La primera de las mujeres tenía el cuello perfumado. El viento arrastra los pétalos como el amor las ilusiones en la húmeda noche.

Y las lágrimas velan nuestros ojos. Mirad ahí abajo: hay una flor que el viento tañe cual campana. El hombre y la mujer se arañan las caras y de ese gesto nace un niño con ojos dorados de amorque nos deslumbran. El niño, en pocos días, buscará la flor sonora y todo volverá a empezar.

—¿De verdad que es mío? —le pregunté a Lareincay—. Lo cierto es que había olvidado completamente este poema y ahora puedo juzgarlo como si no fuera el autor: ¡me parece magnífico!

—¿Quiere que le recite otro?

—Si así lo desea…

Volvió a la carga:

Pipí [67]

No hay nada mejor que un secreto. Un secreto es como una frambuesa. Una frambuesa es como la noche. La noche es como el día. El día es como una novia. Una novia es como una perla de collar. Una perla de collar es como una joya. Una joya es como un niño chico. Un niño chico es como el sueño. El sueño es como Dios. Estoy bien seguro.

El novelista sacó más papeles del estuche y siguió leyendo. No había quien lo parase. Rosine, en cualquier caso, parecía divertirse.

La noche

La noche se acuesta tras la tierra. Este mechón de pelo se asemeja a la noche. Ten cuidado, mi bien amada, porque llega la hora en que el sol se arrojará sobre ti. El sol apaga la luna y sube a los cielos. La luz es para los curiosos, pero yo sólo quiero tus besos. La noche se acuesta tras la tierra.

Seguía sin recordar nada de aquellos delirios **[68]**. Como mucho veía en ellos una ligera influencia mía. Verdaderamente me sentía cada vez menos poeta. Lareincay, sonriendo, terminó por confesar:

—Escuche, no se lo tome a mal, era sólo una broma: esos poemas son míos, pero, si se lo hubiera dicho de buenas a primeras, usted no habría querido escucharlos. Como siempre parece distraído he tenido que utilizar un pequeño truco para captar su atención. De hecho, usted tiene pinta de encontrarse muy lejos ahora mismo. ¿Sería muy indiscreto preguntarle en qué piensa?

—De ningún modo. Pienso en el pensamiento **[69]**. Nuestro pensamiento es absoluto cuando lo pensamos. Tiene existencia propia, se desborda. Y al impactar con todo lo que rebasa emprende su pequeño viaje y deviene el objeto de la idea. La idea es la intermediaria entre el movimiento químico de nuestro cerebro y el objeto. El azul, el verde, el rojo, todos los colores del prisma, son objetos internacionales, pero no participan de la idea misma. ¡Tienen un carácter tan cíclico como las bicicletas! El valor de un pensamiento puede revestir el aspecto de una idea entre las manos de quien lo utiliza para volar.

Vi cómo los ojos de Lareincay efectuaban una rotación hacia

atrás. ¡Jamás sus ojos en blanco habían sido más expresivos! Buscaba en el fondo de sí mismo la réplica adecuada para rebatirme, pero como no encontró ninguna me habló de una punzada que notaba en la espalda. Afortunadamente vinieron a avisarme de que el coche estaba listo.

Rosine y yo nos pusimos de nuevo en marcha mientras el joven nos hacía gestos con la mano, gestos que sin ninguna duda significaban «hasta la vista».

Atravesamos a todo trapo las calles de París y franqueamos la Puerta de Bois sin declarar la gasolina[70]. Como no podía desembragar, seguimos y seguimos y en unas cuantas horas, de un tirón, llegamos a Marsella. Era ya medianoche. La velocidad endemoniada y su consecuencia, el peligro constante, me habían ligado a aquella mujer más de lo que habrían hecho varios años a su lado. Nos teníamos el uno al otro por la fuerza que nos daba todo lo que habíamos arriesgado juntos. Si la monotonía separa a unos seres de otros, lo imprevisto, con todos sus riesgos, los une sin remedio.

Al día siguiente continuamos hasta Montecarlo, donde nos precipitamos sobre la ruleta. Mi amiga apostó, ganó quinientos mil francos y me ofreció la mitad. Estoy convencido de que gracias a la exaltación provocada por aquellas ganancias pasamos una noche de amor extraordinaria, ¡la primera! Aquella mujer a la que desdeñaba un poco, aquella mujer ante la que me creía superior, me mostró que el individuo poseedor de vicios está muy por encima de quien sólo tiene inteligencia.

A la mañana siguiente, Rosine Hauteruche quiso que fuéramos a ver una exposición benéfica por las víctimas del bacará[71]. Se extasió frente a una pintura de Cormon y me dijo: «Es una pena que usted no pinte cuadros como éste[72], ¡serían tan bellos!».

Aquella frase me complació. Probaba que yo también tenía un vicio: el de querer plasmar la ingravidez de una sugestión. La sugestión de todo lo que nos rodea, de todo lo que no vemos pero sentimos. ¡La necesidad de creer en la obra que se puede construir con el aspecto ridículo de las cosas que nadie ha visto jamás!

Saliendo de la exposición me detuve unos instantes frente a un cuadro reciente de Marie Laurencin[73]. Tuve la impresión de que aquella señora se ganaba las habichuelas en la ruleta[74]. Enfrente

colgaba un cuadro de Pablo Picasso, que, como Ribby, siempre viste mejor [75].

Mi amiga me dijo:

—Entonces, ¿ya no le gusta la pintura?

—Me aburre soberanamente [76].

—Tampoco aprecia ya la naturaleza. Viajando nunca quiere detenerse a visitar nada, a ver algo interesante.

—Hace tiempo que lo he visto todo. Y en la naturaleza sólo hay un objeto que valoro: el sol [77]. ¿Y si fuéramos a Cannes?

Aceptó.

Llegamos con tiempo suficiente para, una vez vestidos, cenar en el casino. Era febrero, la época chic de Cannes. Los cosmopolitas habían reemplazado poco a poco a los vagabundos de noviembre (esos que aprovechan el período «más barato»), a los hipersensibles de diciembre (que huyen de París en cuanto comienza el frío) y a los pacíficos propietarios (que acuden en enero para disfrutar de sus villas antes de alquilárselas a los ingleses).

Todos los que por allí andaban no habían ido a cuidar su salud o a ver las mimosas en flor. La única cura que buscaban era la del azar sobre el tapete, si bien es cierto que el tratamiento podía ser muy radical para algunos.

Así pues, la concurrencia a la cena de gala de aquel sábado era a todas luces brillante.

Mientras esperaba a Rosine en el *hall* vi a varias mujeres que llegaban envueltas en sus capas de chinchilla o visón. Su atavío era muy singular. Se habría dicho que, bajo aquellas pelambres, llevaban las nalgas como las negras de Dahomey a sus niños, siempre bien apretados contra los riñones dentro de un capazo.

En los vestidores, unos criados muy peripuestos las ayudaban a quitarse sus preciados abrigos. Me sorprendió que no estuvieran desnudas, con sólo un collar de perlas en torno al cuello. Si en la India hay encantadores de serpientes, aquí tenemos encantadoras de perlas.

Rosine Hauteruche llegó pisando firme; sobre sus finos labios fatigados se dibujaba la sonrisa despectiva que ya le había visto cuando estaba con otras mujeres.

Bajamos al restaurante. Chenal [78] compartía mesa con Sem-le-tendre [79]. Cuando pasábamos a su lado pude entreoír cómo Sem le

decía: «¡Qué vida! Ya estoy harto de estas comidas que uno hace a deshora. Aún prefiero pagarme mi cena».

Un poco más lejos, Reynaldo Hahn, henchido como un pavo por su música, parecía uno de esos globos que reparten en ciertos restaurantes y se desinflan hacia las tres de la mañana [80].

Poiret se presentó disfrazado de begonia [81]. Vogliano, tras él, iba de sartén.

Henri de Rothschild [82] (afortunadamente un poco sordo) y Henri Letellier (eternamente a la caza de un cuerpo nuevo que le permita evocar otro anterior) observaban a los metres afanándose delante de ellos. Maurice Rostand [83], en medio del gentío, se me apareció como un jabón de baño. ¿Conocen ustedes esos jaboncitos rosas que flotan tan bien? Resulta divertido hundirlos para ver con cuánta presteza vuelven a la superficie. Van Dongen [84], el pequeño gigante, infame retratista de señoras mundanas que pinta como otros hacen juegos de manos, parecía preocupado por el menú. J. G. Domergue [85], siempre tan distinguido en su inamovible vulgaridad, vigilaba los últimos preparativos de su inauguración. También vi a Sarah Rafale, que buscaba su mesa con ojos de ave siamesa y el aire un poco triste de quien no ha podido vivir en la época de Cranach [86].

La banda de Billy Arnold se deleitaba con sonoridades disonantes donde el ritmo estaba prohibido, de modo que cada pareja ejecutaba un paso diferente. Los camareros hacían denodados esfuerzos para circular a tropezones entre las mesas.

La condesa Triple [87], delicada y rubia, me pidió que acudiera a su lado.

—Esta noche cenamos con la princesa Sombrero [88] —me dijo —. No falte. Pero no está solo, ¿verdad? Traiga, pues, a su amiga. Aunque —añadió bajando la voz mientras señalaba a Rosine—, ¿de dónde has sacado eso? ¡Es una basura!

—De Cartier —le respondí—, un día que paseaba por la calle de la Paix.

Regresé con mi amiga, que ya no estaba sola.

Lareincay, que había llegado aquella misma tarde, ¡leía instalado en mi silla!

—Le exijo un gran sacrificio.

—¿Cuál?

—Usted es católico, hágase judío [89].

—¿Quiere que abjure de la religión de mis padres?

—Sí, mi amado, eso quiero.

Pasó unas páginas y continuó:

Unos días más tarde se celebró la boda en Londres con enorme precipitación y la joven siguió a su esposo hasta Holanda. Cuando descendieron del barco, mientras contaban los bultos, alguien tosió a sus espaldas. Marie tuvo un mal presentimiento. Al volverse se encontró con un hombre alto de tez morena y unos ojos falsos que chispeaban con brillo extraño. Se abrazó a Paul-Paul. En ese momento olvidó todos los reproches que albergaba contra él y sólo pudo pensar en aquello que los unía. Mas el hombre se perdió entre la multitud y Marie, convencida de haber errado, recuperó su aplomo y su mal humor.

—Mire, querido Lareincay —dije—. Déjenos comer. De una vez por todas: su novela es magnífica. Seguramente la publicará Hallo, pero le aseguro que la estropeará si se dedica a leerla a diestro y siniestro. Sus amigos están allá. Vaya con ellos.

Me dijo que había venido a la Riviera sólo para verme. Pero aceptó dejarnos no sin antes anunciarnos que formaba parte del grupo que cenaría más tarde con la princesa.

Mientras aguardábamos la hora de la cena tras contemplar a los bailarines durante unos instantes, fuimos hasta el bacará, único lugar donde la pasión forma una curva siempre ascendente. La sala estaba muy animada. Un caballero de aspecto elegante, aunque un poco borracho, entró en bicicleta gritando «¡corrida!» y dejó sobre la mesa los cien luises para el banco. El banquero le preguntó si quería una carta. «Suelte los perros», contestó él. Después se derrumbó sobre la oreja del crupier. «Ni una palabra a la reina madre», le indicó antes de esfumarse.

Me dijeron que era un barón muy conocido y que allí gozaba de indulgencia plenaria gracias a sus heridas de guerra. Llegaba a perpetrar excentricidades incalificables: un día, por ejemplo, marcó su lugar en el tapete verde depositando un sexo artificial que se

había extraído del bajo vientre.

Me tocaba el turno de banco. Un anciano condecorado y meticulosamente vestido perdía mucho dinero. Ya lo había visto en varias salas de juego: Deauville, Biarritz o Aix-les-Bains. Recibía las manos con rabia. Le había ganado trescientos luises y parecía desesperado. Me habló con una sonrisa triste:

—Tampoco será mañana cuando vea a Douglas Fairbanks.

Como no lo entendí, decidió explicarse:

—Juego para pagarme un asiento en el cine. Es mi mayor alegría, pero desgraciadamente sólo gano una vez cada diez o quince días, así que me pierdo bastantes episodios de la *Máscara con un ojo*.

Intenté explicarle que obtendría más beneficio si no jugaba tanto e iba todas las tardes al cine.

—No, no —me dijo—, lo que me satisface cuando gano es tener la sensación de que la entrada no me ha costado nada.

A mi lado se colocó un inglés correcto, frío y desdeñoso. Un lacayo se precipitó a acercarle un cenicero, pero, en cuanto éste tocó la mesa, el inglés se levantó presa de una cólera ciega. Parece ser que los ceniceros le traían mala suerte si alguien los dejaba a su derecha. Ya no podía quedarse ni un minuto más; ni siquiera quiso recoger su apuesta **[90]**. Uno de los directores vino a excusarse por el desatino de aquel sirviente recién contratado. Me contaron que en Cannes había una mujer tan supersticiosa que estaba convencida de que sólo podía ganar después de comer macarrones. Lo penoso de esta historia es que aquella mujer odiaba los macarrones.

En la misma mesa se encontraba Claude Farrère **[91]**, hombre poderoso e inquieto. Mientras se repartían las cartas me contó que la noche anterior había recibido la visita de cinco fantasmas con guadañas y pistolas: «Los puse en fuga inmediatamente no sin antes asegurarles que los espectros no existen».

Roggers apostó cinco luises a la mano de su marido y los perdió automáticamente.

Rosine Hauteruche no paraba de ganar. Acababa de sacarle cuatro mil francos a Pierre Wolff **[92]**. Una dama lo distrajo unos instantes provocando una jugada fallida para desesperación de todos los presentes. Se consoló con una ocurrencia ingeniosa. Aconsejé a Rosine que se plantara si aún quería adquirir unos

sombreros que codiciaba…

Regresamos al restaurante. Habían preparado nuestra mesa, pero éramos los primeros. Minutos después hizo su entrada la princesa seguida por Juliette Flanelle, su amiga íntima. La auténtica e internacional princesa Sombrero sólo conocía una vida: la suya. Había vivido mucho y no puedo negar que desprendía cierto encanto. Su pelo corto, un cuenco de patatas paja, coronaba un rostro de institutriz para semivírgenes. En los dedos llevaba anillos de hombre extraordinariamente valiosos. Sus manos, que ya había observado en otras ocasiones, acariciaban las fichas de bacará de una forma que, sin duda, no carecía de atractivo. Me gustaba de verdad. Esa vida absolutamente libre me resultaba simpática. Se me antojaba más verdadera, más hermosa, que la de tantas mujeres empeñadas en usar sus caras bonitas para seducir a los hombres o a otras mujeres y en aparentar un carácter o unos vicios que no poseen. Algunos se dejan atrapar por esta pirotecnia burguesa que en el fondo es sólo esnobismo y deseo de no pasar desapercibido.

He aquí una pequeña anécdota personal a propósito de la princesa. Una noche en que perdía demasiado dinero sentí una mano sobre mi hombro. Me giré y vi que Sombrero me tendía una moneda de cinco francos. Me dijo: «Tómela, da buena suerte. Se la dejé a Alfonso XIII y ganó toda la noche». Sólo la tuve dos días y seguí perdiendo a mansalva; ella, en cambio, ganó veinticinco mil francos. Eso no me impide creer en los amuletos: conozco a un ruso que sólo gana si coloca sobre el tapete un pequeño orinal de marfil.

Otros amigos se nos unieron: Marcel Duchamp, el célebre autor de *Desnudo bajando una escalera* [93], que abandonó la pintura para «no ser más que un proxeneta [94]», paradoja poética como todos los juegos de Rrose Sélavy. Un escultor, Raphaël White, cuya ambición es el amor. Ama la escultura, ama la pintura, ama a las mujeres, es bolchevique y se ve obligado a prestar dinero a los antibolcheviques…

Blaise Cendrars, el suizo errante, pasó cerca de nosotros y se detuvo un momento para contarnos sus proyectos. Nos habló de Marruecos, de China, de Brasil, del cine [95]. Nos dijo que la literatura le daba asco.

La condesa Triple me preguntó quién era el hombre que estaba sentado solo frente a nosotros. Marcel Duchamp se apresuró a

contestarle que era el señor Vollard de los Altos Vuelos [96]. Tranquilicé a la condesa asegurándole que aquel hombre era el más grande, honesto y capaz de los marchantes. Me miró y luego me dirigió la sonrisa de las mujeres convencidas.

Un poco más lejos había una mesa compuesta por doce oficiales de Marina. Como conocía a varios de ellos, me acerqué para beber en su compañía una copa de champán. Un joven teniente me contó la última hazaña lograda aquel mismo día por un as de la aviación francesa. Ese piloto había proclamado que irrumpiría con su aparato en la habitación de Marthe Chenal en el Carlton usando para ello el ventanal siempre abierto. Aquella bravata concluyó la velada tras una cena realizada el día anterior en Montecarlo. Cumplir la palabra dada se convirtió en una cuestión de honor y dos compañeros fueron convocados como testigos. A las dos menos veinte segundos exactamente sobrevoló el monte Chevalier un avión que, con demencial pedorreta, se abalanzó sobre la ventana de la Chenal y se la tragó entera no sin antes escupir a su piloto en dirección al mar. La puerta del apartamento estaba cerrada con llave y la cantante se hallaba fuera, así que ningún doméstico pudo arreglar los desperfectos. Cuando más tarde entró para vestirse, Marthe Chenal gritó con estupor: «¡Dios mío, Dios mío, quién ha podido armar este estropicio!». Mientras tanto, el pobre piloto enamorado tuvo que nadar hasta el campamento a fin de pasar inadvertido.

Todos rieron con la historia. Y señalaban a Chenal, que se encontraba al otro lado de la sala, como si fuera la autora de tan espectacular proeza.

Examinando a aquellos hombres de mar y de aire advertí enseguida los signos externos (y, en consecuencia, internos) que los diferenciaban.

Los primeros (tez morena y aspecto saludable) llevaban uniforme, hablaban a voces y parecían incómodos en un lugar tan caldeado. Los segundos, con esmoquin o frac, estaban macilentos y nerviosos; ninguno de ellos desprendía ese aire de vigorosa serenidad que caracteriza a los deportistas y, en especial, a quienes el oficio marinero pone en contacto con los elementos.

Clasifiqué a la concurrencia en dos categorías: los amantes de las mujeres y los amantes de la droga. Confieso que mis simpatías se

inclinaban hacia estos últimos.

Cuando los uniformes se entregaron al baile y el coqueteo, propuse a los otros que organizaran esa noche un pequeño fumadero. A pesar de no haber fumado desde hace largos años, no puedo sustraerme al hechizo del ambiente creado por el opio, al encanto de esas noches en que todas las penas, todas las preocupaciones, se quedan al otro lado de la puerta.

Algunos oficiales me revelaron que, muy precavidamente, habían llevado a Cannes «todo lo necesario» por miedo a perder el último tren y verse así privados de sus horas favoritas.

Les dije que debía volver enseguida con la condesa Triple, pero que les haría una señal cuando pudiéramos marcharnos. En mi mesa, sin embargo, descubrí a Claude Lareincay, pálido y azorado. Me rogó, me suplicó que lo escuchara. Habló de recomenzar la novela a causa de su desánimo y añadió que seguiría mi consejo esa misma noche. Rosine se quejaba por la fatiga y, abrumado, le sugería que no me aguardara para retirarse. Lareincay necesitaba un desahogo y yo no sabía cuándo me vería libre. También avisé a mis amigos que los vería más tarde en el hotel convenido.

El novelista me instaló en el bar frente a dos vasos de *whisky* y retomó su manuscrito en el pasaje que lo inquietaba:

> En aquel estado de animación expresiva y sobreexcitación nerviosa, Marie estaba verdaderamente bella. Su fisonomía, ya cautivadora cuando se resignaba a la risa, adquiría rasgos aún más nobles cuando se dejaba arrastrar por una emoción sensible, por la indignación, el lamento o el dolor. Cuando dota a una de sus criaturas con el don de gustar, Dios hace las cosas divinamente.
>
> —Venga, vámonos, ya he terminado —replicó ella a guisa de conclusión—. Que mi pasado le ilumine un poco mi presente y le disipe algo las sombras. Adiós caballeros —añadió despidiéndose con la mano.

—¡Pero si está muy bien! ¡Vamos, querido! —le dije al pobre ansioso—. Su obra contiene un misterio que gustará enormemente.

—¡Ah, usted me reconforta! Escuche esto. Creo que enseguida captará la idea.

—No —repitió Marie—. Hace apenas ocho días, usted no era más que un amable desconocido para mí y yo podía consagrarme sin problemas a la flaqueza del borgoña, pero ya no me gusta: prefiero beber agua. Gracias —agregó inclinándose sobre él.

—Sí, es extraordinario —le dije a Lareincay—. Se trata de una novela sin duda desconcertante. No me extrañaría que tuviera mucho éxito.

Me dijo que acababa de leerle esos pasajes a Rosine Hauteruche y que ella los había elogiado con sincero entusiasmo.

—Su opinión me resulta tan valiosa como la de usted. La considero una mujer no sólo exquisita, sino también muy inteligente.

Le aconsejé que no desoyera esa opinión.

Tras pasar furtivamente por el Carlton para cambiarme de ropa a escondidas de Rosine, me uní a los oficiales en el Hotel des Séraphins, una verdadera *family house*. El segundo piso estaba rigurosamente reservado a los fumadores, lo cual proporcionaba una calma deliciosa a los residentes en el primero y el tercero.

Todo sucedió de acuerdo con la liturgia establecida, así que ahorro al lector las descripciones banales. Al llegar la mañana fui el primero en dejar el catre camboyano (donde poco había dormido) para ir a respirar el aire fresco del mar. Me quedé largo tiempo en la terraza observando divertido cómo, uno a uno y a pleno sol, salían de aquel palacio los fumadores con sus ropajes negros sin haber previsto la vuelta de la mañana. Un inglés mañanero y confundido puso su pipa sobre una mesa y se dirigió a mi amigo el capitán Mulart para pedirle un té con tostada, mantequilla y mermelada.

Los oficiales me convidaron a almorzar. Acepté y, tras recoger mi coche, me reuní con ellos a mediodía.

La comida fue suntuosa y brillante. La conversación derivó un breve rato hacia el cubismo y el dadaísmo [97]. Un joven de mirada oscura y profunda me pidió que le explicara qué era el cubismo y quién lo había inventado.

—¡Dios! —exclamé.

Pareció ofendido.

—¿Dios?

—Dios es usted si así lo desea.

—¡Vaya! Veo que usted habla a lo dadá. ¿Hay alguna diferencia entre el dadaísmo y el cubismo [98]?

—No lo sé, tal vez.

—¡Venga, no se burle! Explíquenos el cubismo.

Quería llevarme hasta el final. Pensé que la conversación tomaba un cariz casi vejatorio sin que ellos lo percibieran. Proseguí:

—Hay un pequeño tratado de Gleizes y Metzinger que desvela el misterio del cubismo [99].

—¡Ah! ¿Y está bien?

—No lo he leído.

—Por lo menos díganos quién lo inventó.

—Metzinger, Picasso, Apollinaire o Max Jacob [100], aunque seguramente fue Princet. ¡Al menos eso es lo que él dice!

—¿Quién es Princet [101]?

—Un agente de seguros.

—¿De qué seguros?

—Seguros para el cubismo.

—Se lo ruego, contésteme en serio. ¿De qué seguros era agente?

—¡Y yo qué sé! Quizá de seguros para locos o para sujetos demasiado cuerdos.

—¿Pero qué es exactamente el cubismo?

—Pues bien, ¡pintura!

—No hay nada que hacer. ¿No quiere darnos una explicación?

—Y qué quiere que le haga, ¡siempre son los demás quienes me lo explican!

—¿Y el dadaísmo? Al menos nos podrá decir qué es el dadaísmo.

—Dadá es el armisticio, es la paz, es el concentrado que se evapora o su contrario. Es un concentrado de nuestras ridículas ambiciones. Jerôme será un día más caro que Cézanne porque Cézanne habrá sido más caro que Jerôme [102].

—Admitirá al menos que ha creado el dadaísmo para hacerse publicidad —dijo el capitán Mulart.

—Perdone, capitán, pero la publicidad se la ha hecho el público [103]. La publicidad respecto a un ser vivo no puede durar. La publicidad existe para Cézanne, para el jabón Cadum, pero no puede existir para mí, que no soy ni pintor ni literato ni español ni cubano ni americano [104]…

—Ni dadaísta, ¿no?

—Ni dadaísta. Yo estoy vivo [105]. Mire, el ruido y la agitación que se han formado en torno a ese movimiento han sido creados de la manera como ciertos ingenieros fabrican los automóviles: pero ese invento sólo existe porque otros ingenieros hallaron antes el carburante, la gasolina. La gasolina es el dadaísmo, el motor es el público [106]. Mas no se preocupen. Ustedes no son dadaístas, ustedes son más bien como los carburadores bien regulados, que absorben el combustible sin saber qué energía transmiten a la cámara de combustión. Los uniformes que llevan se llaman Fiat, Rolls-Royce, Citroën o Ford. La locura de los hombres consiste en intentar amoldarse a un joyero y creer que éste tiene forma de corazón. Sobre la pared de un café, junto a una puerta, vi un día las iniciales WC atravesadas por una flecha. Aquello me hizo pensar en el corazón de los hombres. Es cierto que en los brazos o en el pecho de los rufianes hay bellos tatuajes, ¡las flechas atraviesan corazones a la manera de la señal que contemplé en el muro de aquel café!

El comandante parecía un poco escandalizado.

—¡Va usted demasiado lejos! Se lo perdonamos todo, pero comparar a los rufianes con los ingenieros… ¡Qué audacia!

—¿Yo audaz? Usted sabe bien, mi comandante, que sólo soy un bromista, nada al fin.

—No estoy de acuerdo: antaño solía hacer obras serias y comprensibles.

—¡Sí, claro! Tan comprensibles como Dios o la ley de la gravedad, comprensibles de la forma en que las escuelas Berlitz hacen comprensible la lengua francesa para los españoles o la española para los ingleses.

Sintiendo que el terreno se ponía resbaladizo, un oficial de menos luces que los otros tomó la iniciativa de dirigir el debate.

—El hombre que me parece más genial es Jean Cocteau. Fue el inventor del impresionismo, ¿verdad?

—Si así lo desea…

—Y, digan lo que digan, del cubismo y el dadaísmo [107]…

—Si así lo desea…

—Y del arte tabaco, oloroso como un cigarrillo austriaco, ¿no?

—En cuanto al tabaco comete usted un error: no fue Jean Cocteau, sino Jean Cocti [108].

—Creo que no le gusta demasiado Jean Cocteau.

—Se equivoca, me cae muy bien. Es un hombre muy divertido.

—¿Es él quien ha escrito que usted toma como diana a la patrona del tiro al blanco?

—Sí, es él, pero lo que se ha guardado de decir es que yo disparo balines a los monigotes, mientras que él emplea perdigones [109]. Se advertirá el día en que los feriantes limpien sus barracas.

Decidió cambiar de tema.

—No me gustaría ir en coche con usted. Se dice que es muy temerario…

Supongo que hablando así quería parecer «cubista». Pocos días antes lo había visto ejecutar piruetas y descensos en barrena a cuarenta y cinco metros del suelo y bajar finalmente de su avión como quien sale de su dormitorio.

Asistí a aquellas proezas en compañía de mi amigo Christian Da [110], un gran amador que se dedica a perfeccionar el juego del amor. Allí, sobre el asfalto, me contó que el bravo comandante Mulart, mi anfitrión, cada mañana, y entre dos lanzatorpedos, escribía cartas de ciento cincuenta y dos páginas perfumadas con fragancia de Grasse donde le declaraba a la bella actriz Georgette-Georgette [111] que estaba enamorado de ella. ¡Qué contradicciones en el corazón de un soldado!

La comida terminó con una delicada crema de chocolate y, como nadie se atrevió a volver conmigo en coche, decidí regresar solo a Cannes. En el camino me di cuenta de que me había equivocado de vida, que debería haber sido oficial de Marina.

5. La piedra de la luna

La reina, la amada, mi mujer o mi amante, como ustedes prefieran, me esperaba en la habitación. Creo que incluso me había esperado durante toda la noche, pero no parecía especialmente irritada. Me disculpé y le conté la comida con los aviadores. Ella me preguntó sobre ellos.

—Han sido encantadores —le dije—, y no me mostraron más desdén del que exhiben entre ellos. Tienen mejor educación que los artistas o, al menos, más dominio de sí mismos. Saben disimular sus aversiones y sus envidias.

—¡Siempre atacando a los pobres artistas!

—¿Y qué puedo hacer? Me horroriza lo que representan, son pintorescos. Y no hay palabra que odie más en la lengua francesa[112]. ¡Pintoresco! ¡Pintoresco! ¿Conoce algo más feo y absurdo que lo pintoresco? El paisaje pintoresco, el bodegón pintoresco, la inteligencia pintoresca. Si me disgusta Jarry, sobre quien discutimos el otro día, es porque encarna para mí el pintoresquismo. Su *Urbú* también es pintoresco. Mire los pintorescos estudios de los artistas con sus divanes cubiertos de gasas y las inmundicias orientales que cuelgan en las paredes. Esos perendengues sólo quedan bien en el desierto. ¡En Montmartre o en Montparnasse son sencillamente un horror!

—A usted, sin embargo, le gusta lo exótico, le gusta el *jazz*.

—En absoluto, ya no me gusta. Al principio, sobre todo en América, lo disfrutaba como se disfruta con una nueva golosina de cloroetano, pero he comido demasiado y ahora me da náuseas.

—Todo acaba dando náuseas cuando se abusa.

—No hay remedio, siempre me excedo. El *jazz* se ha convertido para mí en un sofá donde uno se tiende cabeza abajo.

—¡Eso es nuevo!

—Puede, pero así es. Ya estoy harto de la música y las canciones negras[113].

—¡Si hace poco me decía exactamente lo contrario!

—Y bien dicho estaba; ahora, sin embargo, me he hartado. Y usted verá que en poco tiempo todo el mundo será como yo. ¡Siempre voy por delante! Pero no porque sea un «buen estudiante», sino precisamente por lo contrario[114]. Lo lastimoso en los malos alumnos es el daño que se hacen cuando, pese a todo, intentan aprender las tonterías que les enseñan. Si se les va el santo al cielo o son eso que los profesores llaman «holgazán», opino que tienen buenos motivos. ¿No diría usted que en las escuelas lo hacen aposta, que, bajo el pretexto de ilustrar a los jóvenes, se empeñan en enseñar las cosas más inútiles del modo más tedioso? ¿No piensa usted que en lugar de griego podrían aprender taquigrafía; podrían aprender a cocinar, a conducir automóviles, a nadar, a fornicar, a jugar a la ruleta; en definitiva a vivir, a hacer todo aquello que forma parte de la vida[115]? Mi querida amiga: el derecho romano, el latín o las fábulas de La Fontaine sólo sirven para cultivar esa espantosa enfermedad de las palabras, de los discursos[116]. No sé si antaño en Francia todo terminaba con canciones, en cualquier caso me parece mejor. Hoy en día todo concluye con una retórica que me horroriza. ¡Los discursos también son pintorescos!

Rosine Hauteruche parecía molesta.

—La literatura es también retórica y a mí me gusta la literatura —replicó.

Se produjo un silencio. Vi que cogía un cigarrillo, le daba tres caladas, lo tiraba y luego encendía otro. Era un gesto instintivo, pero entonces sospeché que la armonía existente entre nosotros se había roto, tal vez sin que ella lo percibiese.

—¿Podría llevarme a París? —me preguntó amablemente.

—Nada me gustaría menos.

—Encantador.

—Sólo si lo desea de verdad.

En ese momento entró Claude Lareincay. Ya no esperaba a que lo anunciasen. Estaba radiante.

—Estoy feliz, ¡feliz de encontrarlos aquí a los dos! He aquí mi trabajo de esta noche, va intercalado entre los capítulos siete y ocho. Escuchen:

Las locas flores de la juventud se marchitan, las frutas maduran en los invernaderos de otoño. Apasionado por la patria incluso en sus extravíos, por la gloria incluso en sus laureles, por la libertad incluso en sus delirios, por la honestidad incluso en sus harapos, cantaba a la patria, a la gloria, a la honestidad y a la libertad [117].

Se trata a menudo de los mismos sentimientos con relación al mismo objeto, ¡pero qué magnífica variedad de matices! Marie estaba subyugada por el exuberante esplendor.

Como en la naturaleza primaveral, donde es imposible encontrar dos hojas del mismo verde, no era posible encontrar en esos cánticos inmortales dos acentos con el mismo valor. Es más, esos cantos modulados con el máximo lirismo rasgaban a la vez todas las nobles cuerdas del corazón. Traduciendo a versos colosales el pensar de un pueblo, el gran poeta Paul-Paul [118] representaba para sus ojos no tanto un hombre de partido como eso que en una nación está por encima de los partidos.

Como siempre interrumpí al novelista.

—Es verdaderamente espléndido, querido amigo; usted se supera a sí mismo. Lamento no poder escuchar más, Rosine quiere regresar a París y necesito hacer algunos preparativos si vamos a ir en coche. De todas formas, ella tiene que terminar sus maletas.

Lareincay se quedó allí perplejo. Parecía esperar a que Rosine saliera de la habitación. Cuando por fin lo hizo, me dijo con timidez:

—Me gustaría hacerle una pregunta, algo indiscreta, sin duda, pero fundamental y apasionante: necesito la respuesta para terminar mi novela. ¿Ha amado usted a los hombres?

—Sí, sí; o, mejor dicho, los hombres me amaban cuando yo era muy joven. Yo me dejaba amar por sensualidad o por pereza y luego me hacían regalitos [119]. Me aficioné a los baños de vapor y la vida en el hamam no me resultaba del todo antipática, pero jamás me ha agradado mirar a los hombres, sus formas me aburren, y lo que más me contraría es el bello cuerpo atlético. Aunque el de las mujeres es tal vez un poco blando, me ocurre a menudo que las contemplo con pasión. Una mujer que baila con una falda de seda negra y zapatos de satén negro, medias transparentes y diez pulseras de diamantes en su brazo izquierdo servida con el jugo de una música isótropa [120], esa banalidad, ya ve, me resulta

irresistible. En San Francisco, sobre todo, no hay mejor momento ni más completo paroxismo que las miradas que uno intercambia durante toda una noche con una mujer en la distancia.

—¿Y es necesario que le guste su figura?

—Vea usted, ha llegado un momento en que ya no me importa la figura de las mujeres. Pero el maravilloso cuerpo de la americana que juega al golf, baila, nada y conduce automóviles aún no sabe hacer el amor. Por ello han inventado el flirteo [121]. El amor latino, en cambio, tiene tanta experiencia que es casi profesional. Sólo tras haber visto agitarse durante horas a esas gacelas de ultramar me ha atraído el complejo amor de las francesas y el más simple de las alemanas. ¡Pero cómo me aburren los hombres! Incluso los que fuman tabaco de oriente, incluso los que tienen las manos limpias y polvo de arroz sobre la piel, incluso los que llevan camisetas de seda en el *music-hall*. A veces me gusta lo que hacen, pero los individuos mismos no tienen ningún interés y su mentalidad me desagrada. ¡Qué decir de esos hombres que pasean a sus mujeres como pasearían un perrito o un mono sabio con un lazo al cuello! Comprendo que a menudo la mujer se regodea en una neurosis solitaria. El hombre entonces aumenta la suya con el *whisky*. Lo cual probaría que las mujeres no fueron hechas para los hombres y viceversa. Pero como los hombres no fueron hechos para otros hombres ni las mujeres para otras mujeres, sólo veo la solución de un tercer sexo [122]. Sería bonito que éste llevara sus atributos en la coronilla. Los calvos imaginativos podrían pintarlos de rojo con lunares blancos o de blanco con lunares negros, como las estatuas de los negros. Y, cuando esté inactivo, ese sexo podría darnos la hora exacta del observatorio. Ya se sabe que si los péndulos no son siempre demasiado precisos, lo que les falta es la invención de una esfera sin números ni agujas para que nos divirtiéramos haciendo que los caballos de Elberfeld [123] adivinaran la hora.

Lareincay, que tomaba notas, me señaló que me había alejado en exceso de la pregunta formulada.

—Pues sí —le dije—, soy el único hombre que merece mi indulgencia, sobre todo cuando considero que son todos los demás quienes han inventado a Dios, el socialismo y el arte [124]. Pero le ruego que se vaya, mi maleta no está hecha. Rosine me espera. Nos encontraremos de nuevo en París. Conoce mi dirección, sigue

siendo la misma, el Hotel de la Bertha[125]. ¿Por qué me gusta tanto ese pequeño hotel? Tal vez porque de día alberga a más gente dormida que de noche y porque en mi cuarto hay un letrero que dice «botella de champán: 25 francos; media botella: 24 francos[126]». Venga, hasta la vista, hasta pronto ciertamente.

Apenas había salido cuando, en el asiento que ocupaba, descubrí dos hojas que sin duda habían escapado de su manuscrito. Las metí en mi cartera, tenía demasiada prisa para ir en su busca. Ya se las daría cuando volviéramos a vernos.

En cuanto entré en la habitación de mi amante, la encontré vacía de inquilina y de maletas. Hice llamar al conserje, quien me explicó con rubor y placer que la señora se había cansado de esperarme y había decidido tomar el tren. Acababa de marcharse en ese mismo instante. Cuando me acerqué a la ventana vi un coche parado y cubierto de maletas donde figuraban las iniciales R. H. Reconocí al hombre que sostenía la puerta: era el autor de *El ómnibus*. Retrocedí para no ser visto y fui al garaje donde se hallaba mi pequeño bólido listo para la carretera. No tardé en partir.

Hice escala en Marsella.

Paseando por el puerto me encontré con varios amigos que vivían en un alegre palacete de estilo florentino reconvertido en hotel. Me animaron vivamente a quedarme allí. Los seguí y me encantó su ubicación frente al mar y el Castillo de If. Los cuartos de aquel lujoso hotel no tenían números, sino nombres de ciudades: Londres, Nueva York, Madrid, etc. Me alojé en Berna. Era una habitación enorme, mayor que Suiza, comunicada con la microscópica Nueva York. De hecho, todas las «ciudades» estaban comunicadas mediante orificios abiertos en los tabiques.

Cada habitación tenía su propio cuarto de baño. Cuando preparaba mis ejercicios higiénicos observé que los grifos «agua caliente» y «agua fría» vertían agua a la misma temperatura: catorce o quince grados. Llamé al *steward* y éste puso en mi conocimiento que la caldera sería reparada en veinticuatro horas y que entonces contaríamos con agua bien caliente, ¡a cien grados! Al cabo de un tiempo añadió que la única pega era que a partir de ese momento nos quedaríamos sin agua fría.

Renuncié a darme un baño y, tras un lavado rudimentario, bajé

para unirme a mis amigos en el *hall*. El portero, con más galones dorados que un coronel, se acercó ceremoniosamente y me llamó por mi nombre. Llevaba el gorro en la punta de los dedos y, pude constatarlo, el pelo teñido. Me recordaba a Loïe Fuller [127].

Me dijo que un artista como yo sin duda apreciaría su colección y me llevó hasta una vitrina donde había un número considerable de recuerdos, ¡todos de Suiza! Tras manifestarle mi extrañeza tuvo a bien explicarme que en verano era portero en un hotel de Montreux y que, cuando partía hacia Marsella, se había equivocado y había expedido su colección estival. Para incitarme a comprar agregó: «Más que suvenires son obras de arte». Era un personaje fantástico, así que le compré un portaplumas con una vista de Interlaken, un servilletero tallado en cuerno de cabra y unas postales de Ginebra que enviaría a unas encantadoras inglesas residentes en Suiza. Después fui con mis amigos al Isnard.

En una salita de aire campestre nos sirvieron excelentes almejas y sabrosos pescados del Mediterráneo. Después de cenar decidimos acercarnos al barrio del puerto para ver una película pornográfica. La historia trataba de un sultán agasajado por diez alegres mujercitas. Aquel sultán marsellés rodeado de marsellesas complació infinitamente a un banquero americano que venía con nosotros, y lo expresó tan sonoramente que la dueña del local hizo una propuesta a la salida: «¿Le apetecería hacer de sultán un ratito?».

Los dejé con sus turquerías y volví solo al hotel. Al día siguiente pretendía salir temprano. Regresé feliz a «Berna». Al desvestirme recordé que llevaba en el bolsillo dos páginas inéditas de Lareincay. Para evitar que me las leyera opté por conocer el percal de inmediato. Era un poema.

El infierno

Todas las puertas del cielo se han abierto para recibir al poeta porque sus últimos latidos son impulsos hacia Dios. París parece tener un solo corazón. Corazón capital de la capital [128], el único arete que mi amada lleva en el vientre. Los presentimientos suelen ser tristes y por tanto sólo queda la caridad.

Esta vez tuve la impresión de que yo mismo había escrito algunos de los versos. Doblé la hoja, la puse en la repisa de la chimenea y allí la olvidé. Era inevitable.

> Corazón capital de la capital, el único arete que mi amada lleva en el vientre.

Durante toda la jornada (sobre el asfalto, sobre adoquines, cambiando un neumático reventado) me repetí aquellos versos. Acabaron por exasperarme.

Llegué a la puerta de París murmurándolos. Tuve que bajarme del coche para medir el nivel de la gasolina. Cruzado el umbral quise repetirlos, pero fui incapaz de recordar una sola palabra.

Resulta curioso, ¿no? Unos días más tarde recuperé la cadencia. Fue en el Claridge, tras un largo baño de vapor, mientras un masajista negro me masajeaba a conciencia el vientre con sus pies. Los versos salieron como sale la pintura de un tubo cuando lo aprietas:

> Corazón capital de la capital, el único arete que mi amada lleva en el vientre.

Al mismo tiempo recordé que Rosine Hauteruche también debía de estar de vuelta y que sin duda me esperaba.

6. Cabellos de ángel

Fui a la Avenue du Bois un domingo hacia las cuatro. Mi amiga estaba en su chimenea, donde dos jóvenes hacían las veces de morillos[129]. Uno de ellos se levantó ceremoniosamente cuando entré. Reconocí al boxeador Carpentier[130]. El otro me dirigió un saludo de politécnico: era un literato cuya última obra se titulaba *El ángel de los campos*, una novela autobiográfica[131] según dicen. Aquel ángel sin alas, un sujeto ciertamente insustancial, me recordaba a un retrato de Rimbaud en calcomanía. Mi amiga preguntó muy fríamente cómo me iba. También inquirió sobre la velocidad media obtenida en mi viaje de vuelta. Sonrió irónicamente cuando le dije que había circulado todo el rato a 95.

Carpentier, adoptando un aire de deportista, me hizo varias preguntas sobre mi coche. Para no ser menos le pregunté sobre su último viaje a América y qué lo había sorprendido más allí. «Dempsey», me contestó escuetamente[132].

La llegada de Claude Lareincay me dispensó de mostrar un asombro cortés. Me pareció que éste había adquirido una seguridad ausente en tierras meridionales. Después de preguntar por mi viaje, me pidió que le presentara a Sébastien Manteaubleu, el único coleccionista que había reunido un número significativo de textos escritos por jóvenes poetas y literatos[133]. Comprendí que Lareincay había usado los papeles con membrete de los cafés que frecuentaba para crear un manuscrito del que esperaba sacar un rédito más inmediato[134], más asequible, que el previsto por la venta de su libro. Me hizo algunas preguntas sobre Manteaubleu para no estar muy perdido cuando hablaran.

—Antes de nada quiero aclararle que Sébastien Manteaubleu es mi amigo y que lo considero un ser excepcional. Es un aficionado, pero lo juzgo más moderno que casi todos los profesionales del

modernismo. Si fuera abeja, ¡sería la abeja reina!

—¡Qué juicio más gracioso! —me interrumpió Rosine Hauteruche—. ¡Yo pensaba que las abejas reinas no hacían nada!

—Aceptado, digamos entonces que es el rey de las abejas. Tiene el instinto de quienes exprimen la época en la que viven [135]. Le gusta rodearse de gente y no le importa escuchar las opiniones ajenas, todo ello sin el menor esnobismo. Su gusto y su inteligencia siempre han impedido que se embarcara en el último barco. El que parte hoy, como usted sabe, se llama «Seurat»; pues bien, todavía no ha subido a bordo, todo lo más habrá algunas fotos a título de simple documentación o sólo por complacer. ¡Es encantador y Man Ray toma unas fotos muy bellas [136]!

—¿Y qué tiene usted en contra de ese pobre Seurat? —preguntó Rosine.

—Sólo me gusta su apellido. Es un pintor cuyo lado optimista y vanidoso me aburre sobremanera. Sus obras parecen esculturas negras talladas por unos payasos como los hermanos Fratellini [137]. El lado inmortal de Seurat tiene algo de absurdo. Me extraña mucho que Marcel Duchamp, tan apegado a lo efímero, piense que es un gran hombre [138]. Puede que sea su ausencia en la colección de Sébastien Manteaubleu lo que le haya inspirado ese juicio instantáneo [139]. Sé que algunos artistas gozan de un cierto crédito porque ellos mismos nunca han sido otra cosa que crédito y siempre pertenecen a la tripulación de los «últimos barcos». Mi amigo el aficionado, cuya curiosa inteligencia se recrea en el placer que le proporciona coleccionar obras de arte de su tiempo para instrucción de las generaciones futuras, es capaz de cenar con el capitán del barco, pero sabe bien que éste es uno de esos hombres que se marean en alta mar [140].

»Sepa que una de las cosas que más aprecio de Manteaubleu es que tal vez sea mi único amigo cuya ambición consiste únicamente en buscar el placer y el bienestar. En su salón hay magníficos sillones de cuero rojo, bonitos y estupendamente cómodos, pero jamás se le ha ocurrido la idea grotesca de que sus ojales deban ir a juego. Ha logrado algo raro y, desde luego, simpático: sabe conservar el dinamismo de la juventud. Lo cual, en mi opinión, tiene mucho más mérito que el de todos esos prohombres, pirulíes que tanto pobre imbécil se dedica a chupar. No es inmune a las

influencias, por supuesto, pero él las elige como uno recibe las influencias del país que lo atrae y desea visitar.

»A su alrededor hay amigos tan jóvenes como él. Unos cultivan la pasión del misterio, otros la pasión de convertir el misterio en un cofre. Estoy convencido de que ese hombre tan modesto podrá ejercer algún día su influencia sobre la evolución intelectual de nuestro país gracias a su colección de documentos.

—¡Pero es horrible! —interrumpió de nuevo Rosine Hauteruche —. ¡Qué artificioso resulta reunir documentos que puedan influir en la evolución del pensamiento!

—No veo dónde está el artificio, no creo que haya artificio en la documentación. Artificioso sería imponer un libro de Delteil, por ejemplo. Ese personajillo sólo es una boñiga de Oscar Wilde y piensa que las nubes se forman con agua de Seltz [141].

—¿No le gusta Delteil?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué?

—Porque en los libros busco platos, rebanadas de pan, orinales, rosales, lo que sea, no esa literatura infecta, dadaísta filtrada, adornada con jazmines.

—¿A Sébastien Manteaubleu tampoco le gusta Delteil?

—Una vez más: a Manteaubleu le gusta Delteil como le gustan Drieu La Rochelle [142], Jean Cocteau o André Gide [143]. Son colores que pone en su paleta y con ellos compone su cuadro como un pintor de la historia.

Carpentier, que hasta ese momento no había intervenido, dijo:

—Pues a mí me parece un pintor de naturalezas muertas. Yo prefiero a los paisajistas.

Le respondí:

—Mi querido Carpentier, nada hay más muerto que una puesta de sol pintada.

El autor de *El ángel de los campos* estaba tan descorazonado por esta conversación que cogió el sombrero depositado sobre un mueble, se inclinó frente a Rosine y, cuando estaba a cincuenta centímetros de mí, me miró fijamente:

—Tengo piojos en los sobacos.

—Peor para usted —contesté—, Rimbaud ni siquiera los tenía en la cabeza [144].

Salió encogiendo los hombros.

Carpentier estaba pasmado. Sin duda se preguntaba si Rimbaud era boxeador.

Lareincay parecía incómodo. Para reconfortarlo, Rosine le pidió que nos leyera sus últimos poemas. Ocupó el lugar del piojoso, a todas luces contento por la manera como éste le había cedido su sitio.

Lago

Las sienes de las jóvenes en las tinieblas espesas hasta el día de su boda divierten a Tekeli-li. En los libros, algunas palabras están dobladas al son de la música meridional. La vida rústica baila sobre el lienzo de las ideas. La mano en la mano, cerramos la ciudad para poseer lo hermoso. Los inventos, los teatros, las mujeres, los deshollinadores, una lámpara eléctrica sobre la seda rosa, un pez muerto, todo forma una guirnalda que uno ata a su cerebro los días de fiesta.

—Es bonito, pero no muy personal [145]. Prefiero *El ómnibus*.

—¡Ah!, entonces permítame leerle algunas páginas —dijo rebuscando en su cartera.

—No, no. Estoy bajo el influjo de sus poemas y no sabría apreciarlo.

Rosine nos preguntó qué haríamos esa noche.

—Tenía la intención de llevarla a casa de unos amigos en la calle Fontaine. Suelen reunirse para hacer sesiones de espiritismo que sin duda la distraerán.

Aceptó, pero se citó con Lareincay en el *Jockey* a las dos de la mañana.

7. Los visillos de muselina

Cenamos en un restaurante espléndido donde Rosine dio rienda suelta a su mal humor. Me acusó de ser injusto con todo el mundo, sobre todo con Lareincay. Sus últimos poemas la habían emocionado.

Yo deseaba contrarrestar ese estado de ánimo y contaba con que me ayudaran mis amigos espiritistas. Así que insistí en que fuéramos a la calle Fontaine nada más dejar el restaurante [146].

Después de subir los cinco pisos que conducían al estudio de André Breton, nos detuvimos sin aliento frente a la puerta. Del otro lado no se oía ningún ruido. Como la llave estaba en la cerradura, entré en el vestíbulo. Rosine me siguió. Había una oscuridad casi absoluta. Estaban a punto de dormir a alguien. Al cabo de unos instantes escuchamos a una persona declamando. Breton vino a buscarnos para presentarnos a los demás. Había mucha gente: Robert Desnos, Vitrac, Paul Éluard, Max Morise, Louis Aragon, Ernst, Benjamin Péret [147]…

El tipo continuaba hipnotizado [148].

—El desierto asciende por la chimenea. Sube como el humo y se transforma en un paraguas con el que cubre París. La oscuridad es tan profunda que las farolas ya no dan luz suficiente. Una mujer va como loca gritando que quisiera ser una obra de Puvis de Chavannes [149]. Otro se acerca a todo el mundo para que alguien le confirme que es la cabeza de san Luis la que está sobre la bandeja [150]. El coro de estudiantes, como un Citroën, simula un coche estropeado. En el garaje de los Rolls-Royce, el humo desciende del cielo y transforma todas las guitarras en paraguas. Señor, señor, que vuelas de un planeta a otro [151], haz que la seda de estos paraguas se vuelva transparente.

El tipo se había puesto a suplicar y murmuraba palabras

incomprensibles.

—Observe, Dumoulin[152] —le dijo Breton—, ¿quiénes son los que acaban de entrar?

—Una mujer y un hombre.

—¿Quién es el hombre?

—No lo conozco.

—¿Llegará a viejo[153]?

—Jamás tendrá edad.

—¿Y por qué no tendrá edad?

—Porque no tiene corazón.

—¿Por qué dice que no tiene corazón?

—No tiene. Para él, las casas se transforman en abanicos. Todas las calles, en casas. Las plazas públicas son pocilgas, o chimeneas o automóviles que siempre ruedan hacia el mismo lugar en un radio de diez metros. No hay jóvenes ni viejos porque los primeros se vacían como las nubes y los segundos también. Todo eso produce un lodo que es necesario barrer.

Se levantó. Derribó con violencia varias sillas y gritó con desesperación:

—¡Me barre el lodo; no obstante yo era el gran jefe de los barrenderos!

—¿Era usted el jefe de los barrenderos? —le preguntó Breton.

El sujeto parecía enfurecido por semejante pregunta.

—Sí —afirmó aporreando la mesa—, sí, mi portero me nombró jefe de los barrenderos. Me dijo: «Ve y bárrelo todo». Pero ahora me barre el cieno. ¡El cieno, el cieno! ¡Y no puedo volver a casa porque me regañaría!

—¿Lo regañaría? ¿Por qué? ¿Está llorando? ¿Por qué llora?

—Lloro porque como jefe de los barrenderos deseaba barrer la hipocresía. Y luego formar anillos, un punto inmóvil en el espacio y poner esos anillos en la Torre Eiffel en cuanto pasara ante mí[154].

—¡Pero usted sabe que no se puede ser un punto inmóvil en el espacio!

—Habla como Einstein[155]. Es su hermano de leche o su hermano gemelo. Yo ya soy un punto inmóvil es el espacio. Soy más brillante que el Sol. ¿No ve mi brillo?

En ese momento, el tipo se tiró al suelo y empezó a correr a cuatro patas como un enajenado. Se dirigió hacia la puerta

intentando pasar por debajo de nosotros.

La dueña de la casa, siempre tan práctica, se inclinó hacia mí y susurró:

—Los del cuarto van a volver a quejarse y al lado vive una mujer aterrorizada. Cree que son fantasmas quienes hacen esos ruidos. Cada vez que tenemos una de estas sesiones tengo que pagarle una fortuna al portero.

Encendimos la lámpara y, con mucho cuidado, despertamos al tipo. Se frotó los ojos y nos aseguró que no recordaba nada. Me vio y me saludó. Entonces le contamos lo que había sucedido. Se entristeció y fue a sentarse en un rincón.

Mi amiga, un poco desconcertada, me dijo al oído:

—¿Y esto dura mucho? Parece una casa de locos.

—No, no se preocupe. No dura mucho. Pero hay dos o tres que son muy divertidos. Nos iremos cuando los hayamos escuchado.

Se hizo de nuevo la oscuridad y el silencio. Oímos cómo una cabeza golpeaba contra una mesa [156].

Era Tristan Benjamin [157], que estaba en trance. Breton le hizo la pregunta típica.

—¿Qué ve?

No obtuvo ninguna respuesta. Volvió a preguntar tres veces seguidas.

—¿Qué es lo que ve?

A la tercera, Benjamin respondió suavemente:

—Un arbolito [158].

—¿Y dónde está ese arbolito?

—En una olla para mermelada.

—¿Y dónde está esa olla?

De nuevo se hizo el silencio. Breton insistió.

—¿Dónde está esa olla?

El tipo le confió quedamente:

—En Paraguay. No se lo diga a nadie.

—¿Y qué hace usted junto a ese arbolito?

—¡Estoy comiendo!

—¿Y qué come?

—¡Caca de colibrí!

—¿Y está buena la caca del colibrí?

—¡Está malísima!

El hombre se puso a escupir con furia. Hacía gestos de máscaras japonesas. Nos costó mucho tranquilizarlo. Nos dijo que se había transformado en una tiza con la que un profesor de matemáticas acababa de escribir en la pizarra el número diecisiete [159].

Una señora americana a la que todavía no había visto me preguntó con fuerte acento quién había pintado aquel cuadro.

Rosine perdió los nervios.

—Escuche, vámonos —me dijo—. De verdad, ya estoy harta.

Sentí hacia ella una irritación impropia de mí. Porque su vida no se diferenciaba tanto de la de aquellos inconscientes.

Louis Aragon, que se había ausentado del espectáculo a los pocos minutos, hizo entonces una entrada desconcertante.

Se había dormido en el cuarto de baño y volvía empapado, como un vaquero de película que hubiera atravesado un río. Recorrió la habitación con pasos automáticos, se detuvo frente a la jaula de un tití y se dirigió a él:

—El expresionismo —le dijo— es un movimiento esporádico que jamás ha impedido a un caballo entrar en un salón, y un caballo está tan bien en un salón como en un establo, con la única condición de que ese caballo de salón no sea un verdadero caballo.

Roger Vitrac quiso interrogarlo.

—¿Y qué es el expresionismo? —preguntó a Aragon.

—Es la novena pendejada inventada por Freund.

—¿Y quién es Freund?

—¿Freund? Es un vendedor al por mayor de sexos en parafina [160].

—¿Y qué es para usted la parafina?

—¡Materia gris, materia gris, materia gris!

El sujeto parecía alterado.

—No se enfade —le dijo Breton—. Reflexione. ¿Qué es la materia gris?

—La materia gris es una pila húmeda sensible a los rayos ultravioleta. La materia gris es sensible al psicoanálisis. Es la deducción de los hechos pretéritos. Lo que los astronautas utilizan para construir la nueva brújula que precisan los que hacen la primera comunión.

Se levantó de golpe y le tendió la mano a un recién llegado. Todos lo conocíamos. Era Pierre Benoît [161]. Llevaba un saco de

carbón, ya que era el encargado de la estufa.

Íbamos a aprovechar esta interrupción para retirarnos, cuando una mujer que hasta entonces estaba sentada tranquilamente a nuestro lado se levantó bruscamente. Apenas salían algunas palabras de su boca.

—Una gran violeta… roja… ¡viene hacia mí[162]! ¡Crece! ¡Cada vez crece más! No quiero… Tengo miedo…

Breton intentó tranquilizarla. Pero parecía presa de un terror loco[163]. Rodaba sobre el sofá y parecía que luchara.

—¡Qué grande es la violeta! ¡Está demasiado cerca, demasiado cerca! ¡Quiere colgarse de mi blusa! ¡Y qué olor! ¿Lo huelen? Huele a… ¡Qué miedo!

Parecía que fuera a sufrir una verdadera crisis nerviosa. La señora Breton temía por sus vecinos. Breton puso la mano sobre la frente de la mujer.

—Cálmese —le ordenó—, cálmese. La violeta está a sus pies. Está marchita.

La mujer pareció aliviada.

—Sí —dijo ella—. La veo. Se ha convertido en un hombre. Tiene en la cabeza una estrella y en el bolsillo una tableta de chocolate[164].

Rosine Hauteruche parecía totalmente asqueada. Me pidió que fuera a buscar su abrigo. Cuando la ayudaba a ponérselo, me sorprendieron sus movimientos automáticos. Se volvió hacia mí. Tenía los ojos fijos. No parecía que me reconociera. Se puso a andar a pasitos cortos. Con los brazos extendidos. Nos apartamos. Dio diecisiete vueltas a la mesa. Después se paró y se echó a reír.

—¿Saben con quién paseo? —preguntó—. Con Hugo Capeto.

—¿Hugo Capeto? ¿El rey de Francia?

—Sí, el rey de Francia. Es encantador.

—¿Y qué le dice?

—Me dice que no cree en los espíritus después de que éstos le dijeran que es el rey de Francia. Me dice que su único oficio es el de poeta. Que él ha escrito todos los nombres que figuran en los troncos de los árboles, los bancos de las plazas y los cristales de los despachos. Antaño fue rey de Prusia y Napoleón.

—Pues su amigo Hugo Capeto no parece muy gracioso —dijo Vitrac.

—Puede que no sea muy gracioso, pero hace bien el amor. ¡Estamos haciendo el amor!

—¿Y qué le dice mientras tanto?

—Acaba de marcharse mientras tocaba el piano.

—¿Y qué tocaba?

—Un aire de Franck[165].

Breton le cogió la mano. Yo me lo pasaba en grande.

—¿Y qué piensa de ese hombre? —volvió a preguntarle Vitrac.

—Tiene siete cabezas.

—¿Y cuál es la de en medio?

—La más inteligente.

—¿Y qué hace con siete cabezas?

—Juega a los bolos y los bolos son los siete hombres a quienes les falta la cabeza.

—¿Y juega bien?

—Pues no, pero lo hace a propósito. Juega siempre en la cornisa porque es sonámbulo. Pasea por los tejados y sus pies son fosforescentes. Lleva un libro en la mano. El libro también es fosforescente. En letras negras se puede leer: «La razón es una razón, la maquinilla de afeitar es una maquinilla de afeitar, la poesía es una poesía». Camina lentamente y todas las noches recorre París. En las chimeneas, que son periscopios invertidos, mira y se desespera al ver siempre lo mismo: dos seres acostados, vientre contra vientre (y espalda contra espalda porque ve en los cerebros). Vuelve a casa por la mañana. Y sobre el libro que lleva en la mano sólo queda una frase: «Dios jamás ha existido. La muerte tampoco».

En ese momento, Rosine se deshizo en lágrimas. Parecía presa de un dolor extremo. Pero poco a poco se despertó por sí misma, no sin antes emitir aullidos desgarradores. Parecía muerta. Le aconsejé que se fuera a la habitación contigua para calmarse antes de irnos. Me escuchó. Durante ese tiempo, otro de los asistentes, un tipo llamado René-René[166], entró en éxtasis. Con una voz extraña, dijo:

—Mi cocinera está vestida de cocinera. Mi cocinera no es mi cocinera. Es la cocinera de las cocineras y ya no hay cocina.

—¿Está seguro? —le dije.

—Sí. Ya no hay cocineras porque las pirámides son demasiado

altas y los hornos de las cocinas se hallan encima de las pirámides. En el desierto, todas las cocineras van a lomos de camellos [167]. Tienen la tripa alquitranada y la lengua en un estuche para tabaco. Mi cocinera es la única que come. Poco a poco se come todos los camellos de las otras cocineras. En dos días tendrán que ir a pie y alquitranarse la tripa con pis de pez. Ya no hay peces en el desierto. La arena está en el mar y los peces en el desierto. Las pirámides se deslizan sobre los peces y van a unirse a la arena. En la punta de cada pirámide habría que atar un globito para que no…

Yo pensaba en dadá. No me dejaba engañar por aquella superchería [168].

Una vez despierto, el tipo nos dijo que cada día se dormía a la misma hora, sin importar dónde estuviera. Pero que había una mujer encantadora que intentaba curarle de un hábito tan perverso [169]. Se había dormido como un profesional, hablaba como un experto y se fue de la casa como un hombre de mundo…

Ya estaba harto. Entré en la habitación donde descansaba mi amiga. Estaba de pie. Me dijo que sólo tenía un deseo: marcharse inmediatamente. Sin decirle adiós a nadie, me la llevé. Temía que entrara de nuevo en contacto con los espíritus.

Una vez fuera pareció recuperar la calma. Me dijo que había percibido todo lo que había dicho mientras estaba en trance. Estaba confusa, pero no paraba de hablar.

—En cierto modo he afirmado que el amor, las sugestiones y las convenciones están en todas partes, son tangibles. Y que Dios está por encima de todo. ¡Me horroriza pensar que alguien crea que yo pienso eso!

Estaba demasiado confuso como para tranquilizarla. Y, no sé por qué, me puse a pensar en la obra del Marqués de Sade [170].

Anduvimos mucho tiempo. Habíamos decidido ir a pie hasta el cabaré donde habíamos quedado con Lareincay. Durante todo el trayecto, Rosine no me dirigió la palabra. Pero creo que al llegar había olvidado sus escrúpulos y mi dolor de cabeza se había atenuado. Nos instalamos en la mesa donde nos esperaba el novelista con su carpeta.

Berthe Bocage estaba en otra zona del local. Contento de verla allí, me senté con ella.

—¿Y qué es de usted? —me preguntó—. Ya me han hablado de

su fuga. ¿Cuándo vuelve a marcharse… lejos? ¿Qué es eso que lo corroe y de lo que siempre intenta huir [171]?

—No es nada. Simplemente me canso de París. Su clima es sucio y sus habitantes mundanos y tristes, me resultan pesados. Tengo ganas de volver a América. Debería venir también.

—Sé que le gustan mucho los americanos.

—¿A usted no?

—Los conozco poco. ¿Por qué le gustan tanto?

—Me gusta mirarlos. Sus cuerpos atléticos me encantan. Tienen una voluntad dominadora. Siempre van por delante, con las manos extendidas como si quisieran atrapar los dólares que corren por la calle. Un día, un tipo que se acababa de arruinar me dijo: «Bueno, hay suficiente dinero en el mundo para que un día haga una fortuna».

—¿Pero en América hay algo más que hombres de negocios? ¿Qué me dice de sus artistas, de sus soñadores?

—Hay muchos y cada uno tiene su propia personalidad. Pintan muy bien. Tienen una habilidad extraordinaria. Conozco a uno que se dedica a imitar a Renoir, pero como con las manos es muy sencillo, ¡pinta con los pies! En América hay cien baudelaires, cuarenta verlaines, cien rodines, ¡lo que no hay son americanos!

—Me divierte. ¿De dónde ha sacado eso?

—Es un país demasiado cosmopolita. No es capaz de crear personalidades. Nos ha demostrado que lo que denominamos arte es algo finito. El arte es ante todo la concentración de las necesidades de una época. La representación de la civilización de un pueblo. El día en que todos los pueblos se hayan fusionado, ya no existirá el arte. Nuestras obras ya sólo interesarán a los marcianos. Las razas cada vez se amalgaman más. Habrá un día en que el traje nacional de la Tierra sea el esmoquin [172].

—Como es habitual, usted va demasiado rápido.

—No, sólo hay que mirar y comprender. Pero si dejamos a los artistas de lado, ¿sabe que en América hay hombres extraordinarios?

—Puede, aunque un poco desequilibrados. Como todos los locos, tienen una lógica absoluta. Quieren acercarse a la naturaleza, pero se alejan de ella. No tienen los pies sobre la tierra y eso los pone en inferioridad de condiciones frente al pueblo francés. Porque como

usted sabe, éste es uno de los pueblos más simples, de los más sensatos y de los más astutos.

—Es lo que yo pienso, ¡incluso demasiado astuto!

—Querido amigo, a menudo lo he oído decir exactamente lo contrario.

—¿Y qué quiere que le haga? Yo nací en París, mi madre era francesa. Cuestión de herencia…

—¿Y es tan fácil como dicen ganar dinero en América?

—Bueno, ya sabe que a mí el dinero me importa bien poco. De todo lo que hay en el mundo, es lo más fácil de obtener. Lo difícil es estar enamorado y que nos correspondan. O tener un buen coche, una buena casa o un buen cuadro. El dinero siempre se puede ganar… ¡excepto en el juego!

—¿Por qué no con el juego? Me pareció verlo jugar en Cannes y en Montecarlo.

—Sí, pero no para ganar dinero. El juego no tiene nada que ver con el dinero. Es un placer como la droga. Uno puede fumar diez pipas o apostar diez luises, pero luego es necesario aumentar la cantidad porque la sensación de ganar o perder ya no es suficientemente intensa. ¡Hay que fumar cien pipas y apostar un millar! Lo que uno busca en el juego es el olvido que éste proporciona durante unas horas. Además, frente al tapete verde uno tiene la sensación del auténtico lujo. ¡Es el único sitio donde el servicio sigue vistiendo como Dios manda! Es una impresión que me transmitió uno de los grandes duques de Rusia a quien encontré un día jugando. Iba de mesa en mesa. Todo el rato de pie sin tocar ni una ficha ni una carta. Parecía un pobre ante el escaparate de Potel y Chabot [173].

Rosine Hauteruche y Lareincay, desde el otro rincón, me hacían gestos de impaciencia. Berthe Bocage puso una mano encima de la mía.

—Siga hablándome de los americanos. Me distrae mucho.

—Déjeme construirle una imagen poética. Un árbol tarda cien años en alcanzar su máximo desarrollo, ¿no? ¡Pues los americanos lo han logrado en veinticinco minutos! Y ese árbol es superior a todos los demás: jamás se le caen las hojas.

—¿Y eso?

—Son inmóviles y siempre están verdes.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque son de plástico.

—Ahora está siendo injusto. Me veré obligada a defender a los yanquis.

—Nada me gustaría más porque los amo. Es un pueblo sorprendente. Y mire su superioridad: es innegable. Y si nosotros somos superiores en algo es porque ellos nos lo permiten.

—Lo que dice es una bobada.

—Lo sé, pero cada cierto tiempo es necesario decir bobadas.

Berthe Bocage me despidió amablemente.

—Lareincay va a odiarme si sigo reteniéndolo. Y por no hablar de la joven que lo acompaña. Vaya con ellos y si vuelve a América no se olvide de traerme una flor de plástico.

Lareincay ya estaba leyendo en voz alta. Rosine parecía encantada. Cuando me senté, él continuó sin interrumpirse. Estaba tan acostumbrado a leer en mitad del ruido que la música ensordecedora de la orquesta no parecía molestarle.

No pude oír nada hasta que no hubo terminado la pieza. Por fin empecé a distinguir las palabras de Lareincay.

> La Provenza risueña y feliz se solaza bajo el sol. Sus pueblos son joyas que ella lleva formando un collar en torno al mar azul. Discurre por caminos sembrados de tomillo hasta las montañas del Isère. Pero también tiene sus lugares de pena y aburrimiento como los días tristes de una joven.

Pasó algunas páginas y comenzó a leer mientras empezaban a sonar los acordes de un tango.

> Al día siguiente, Marie, que había llegado a Aix en el tren de la tarde, se despertó en su hotel de la calle Dunes. Los visillos de muselina **[174]** dejaban que el sol se deslizara hasta ella. Estaba a gusto. Hacia las once se levantó y se sentó en su tocador. Una larga bata de seda blanca la envolvía con sus pliegues. Su cabello suelto brillaba sobre ella: su amante no había cedido a la moda del pelo corto.
>
> Marie esperaba a Pierre febrilmente. Quería echarlo a suertes, pero tenía miedo de la fortuna y pensó que era mejor aceptar los designios de su marido si Paul-Paul llegaba a tiempo.

Pierre fue el primero en llegar. Marie salió de su ensoñación y levantó la frente. Desde el momento en que entró y la abrazó, se sintió horrorizada por él. Estaba pálido. Sus gestos ya no tenían aquella espontaneidad inocente de antaño. Como había estado todo el día previo con su amante, tenía una suerte de autoridad marital que a la joven le resultó antipática. Y además estaba el peligro, el gran peligro del recuerdo…

—¿Lo has logrado? —le preguntó ella ásperamente.

Pierre dudó unos instantes. Podía escuchar en su interior todo lo que hubiera querido oír en la boca de Marie. Su mirada se clavó por fin en la de su amante. Pero evitó responder directamente.

—No me has preguntado si alguien ha venido a verme esta mañana… —insinuó él dulcemente.

—¿Qué? ¿Es posible?

—Sí, alguien ha venido.

—¿Y quién puede ser? ¡Habla!

Temía que fuera Paul-Paul.

Bajó la mirada, pero lo hizo para observarla mejor.

—La mujer —dijo él.

—¿Cuál es su nombre?

—Sólo te lo quiere decir a ti.

—¡Seguro que es una chica del casino!

Pierre negó con la cabeza.

—No, no —dijo con determinación mirando un anillo que la mujer tenía en la mano—. Es una prostituta.

—Puede ser. ¿Qué te hace pensar eso?

—Su aspecto. Tenía algo que recordaba a las furcias.

Marie no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Es hermosa?

Pierre puso ante los ojos de su amante una fotografía.

—¿Crees que hay muchas mujeres como ésta en los prostíbulos?

Marie echó una mirada furtiva a la imagen, pero enseguida soltó un grito y cogió el retrato. Una palidez súbita invadió sus rasgos. Su pecho se elevó con precipitación. Bajo la fotografía, acababa de reconocer el nombre del individuo a quien más había amado…

En ese mismo instante, un camarero del hotel llamó a la puerta y entró con un enorme ramo de flores. Eran parecidas a las que le habían dejado en el vagón cuando partía de la Costa Azul.

Pierre no alcanzaba a comprender la actitud de Marie. Su

juventud era un obstáculo para su sensibilidad. No podía saber que los acontecimientos más graves suceden siempre por haber abierto una puerta. Porque la vida siempre intenta buscar a quienes se creen a salvo. Era como un recién nacido. No sabía nada, no había nada en él sobre lo que Marie pudiera apoyarse. Así que, por segunda vez en sólo veinticuatro horas, lo sintió desarmado y lo miró de forma hostil.

Nos sirvieron cangrejos. Me distrajeron tanto que con la ayuda de la música pude ignorar el final de la narración. Sólo oí a Rosine decir que era maravilloso, una obra de arte. Que la había emocionado la belleza, la sutileza que desprendía. Me sorprendió escuchar a mi amiga proferir esas palabras. Los ojos le brillaban y una especie de exaltación se había apoderado de ella. Estaba febril y, llegado cierto punto, me pareció que le costaba hablar.

Lareincay parloteaba sin descanso. Parecía presa de un nerviosismo inexplicable. Se le caía el monóculo [175] y su gesto para ponerlo en su lugar era cada vez más espasmódico. Intrigado, los observé con atención. Entre ellos había una caja de oro que se pasaban todo el rato con el pretexto de un resfriado. De la literatura habían pasado a hablar de los deportes de invierno. Y se deslizaban por pendientes heladas.

8. Mimosas[176]

Ya amanecía cuando salimos del Café du Nuit. Teníamos una bella palidez violeta y una inquietud profunda. Volví con Rosine hasta la Avenue du Bois. Estaba más tranquila que yo. Nos sentamos en su cama y comenzamos a discutir tontamente sobre el libro del «joven genio». Visto mi escaso entusiasmo, insistió en que le diera mi impresión.

—Bueno —le dije—, tengo la sensación de que *El ómnibus* está escrito por una de las hijas de Lot ya transformada en estatua de sal[177]. El pobre Lareincay se dedica a mirar al pasado. Y no tiene ni idea de lo que significa «matar al padre». En su obra se percibe una amalgama de voces antiguas sin ninguna frescura. Su pose de pesimista juvenil no es más que optimismo. El verdadero pesimista ni escribe ni pinta. Se dedica a cualquier cosa salvo al arte[178], una enfermedad que confiere un buen pelo, unos ojos bonitos y una piel sedosa porque suprime cualquier contacto con la vida y sus manifestaciones. Los enfermos sacan su interior al exterior. Y son incapaces de amar, de andar y de reír. Son incapaces incluso de envejecer sin que por ello puedan evitar una muerte lenta que deja intactos su buen pelo, sus ojos bonitos y su magnífica piel.

»Sin que se den cuenta, se transforman en momias atrapadas en un sarcófago. En las bandas que los envuelven hay colgados unos cartelitos que indican cómo se debe conservar su buen pelo, sus ojos bonitos, su delicada y magnífica piel.

—Sin embargo, tiene que admitir que hay algunos conocimientos indispensables.

—Me espanta lo que denominan «conocimiento de lo hermoso». Sólo los idiotas lo tienen en cuenta. Suprime el peligro, por supuesto: es imposible confundir la oscuridad con un agujero, uno siempre sabe la distancia que lo separa del vecino…

—Pero, querido amigo —me interrumpió Rosine—, ¡hace falta conocer la distancia que nos separa del vecino! Esta distancia puede alejarnos o acercarnos…

—Yo creo que las distancias ni nos alejan ni nos acercan. Siempre estamos a la misma distancia de todo. América está a igual distancia de París que París de América. Estoy a la misma distancia de París cuando estoy en París que cuando…

Rosine volvió a interrumpirme; estaba impaciente.

—¡Siempre esas paradojas! Sus teorías son siempre contradictorias.

—¡La mayor paradoja es la lógica loca! Lo único que le permite a uno saber que está a París es ver el nombre escrito en los letreros cuando llega a la estación. Del mismo modo que se escribe «acuarela» u «óleo» respecto a los cuadros o la palabra «hospital» sobre algunos edificios. Vea, el otro día tuve que ir a un hospital y me dio la sensación de estar en un circo o en un teatro. Me aburro más en el Circo Medrano que en una sala de cancerosos. Usted se divertirá en el circo, pero yo allí me aburro. Un accidente me distrae más que los bofetones que se dan los payasos **[179]**.

Rosine estaba indignada.

—¡Usted es un amoral! ¡Tiene demencia precoz! —exclamó elevando las manos al cielo.

—No, entiéndame, lo admirable en un accidente es que es involuntario, imprevisto. El teatro y el circo son como cuadros de Delacroix, de Leonardo o de Madeleine Lemaire **[180]**.

—¿Hay, en su opinión, algún cuadro que se parezca a un accidente?

—Puede: los míos, los de los egipcios, los de los negros. En México hay obras interesantes. Y en las caras de los pieles rojas he visto pinturas que no estaban mal. Pero un piel roja pintado por un alumno de Bellas Artes parece un actor del Circo Medrano. Las estatuas de los negros tienen una belleza similar a la de las mujeres que he visto morir en la Salpêtrière.

—Dígame, ¿ha conocido a alguien que comparta sus ideas? —me preguntó desdeñosamente.

—Sí, aunque la extrañe.

—¿Y qué hace ese amigo?

—Es ciclista profesional **[181]**.

—Pero seguro que quiere ser campeón, de lo contrario no habría optado por esa profesión.

—No lo creo: sólo tiene una pierna [182].

—¿Entonces por qué es ciclista?

—Así se entretiene, aunque algunos digan que lo hace por despecho. Según muchos, habría llegado a ser el astrónomo más importante de nuestro tiempo.

—Eso no confirma sus teorías.

—No confirmo mis teorías; de hecho, me parecen más falsas que las suyas, pero precisamente porque hay menos monedas falsas [183], éstas tienen más valor que las auténticas.

—Creo, mi querido amigo, que ha errado el tiro.

—Puede que sí, pero gracias a ese fallo aprenderé a ganar.

—Tenga cuidado y no imite a ese amigo que quiere ser campeón con una sola pierna.

—Lo sé, lo sé. Usted prefiere a quienes toman el ómnibus y no van en bicicleta.

Como estaba muy cansado y no teníamos nada más que decirnos, me despedí de Rosine y la dejé en su chimenea sin fuego.

9. Quince-dieciséis

Cuando llegué al hotel estaba de mal humor. Encontré un telegrama que había llegado durante mi ausencia. Un amigo me invitaba a cenar en casa de un comerciante de joyas que le había sondeado para encargarme un retrato de su hija. Como tenía la necesidad de cambiar de conversación, envié a mi amigo un telegrama donde le decía que aceptaba y que pasaría por su casa a recogerlo. Llegué hacia las ocho.

—Verá que es gente interesante. En todo caso, seguro que cenamos bien, la chica del retrato es encantadora y nada tonta.

Cuando llegamos a casa de X comprobé que habían invitado a mucha gente. Me pregunté con inquietud si volverían a preguntarme sobre el cubismo o el dadaísmo.

Me sorprendió comprobar que nadie llevaba joyas. Mi amigo, a quien se lo comenté, no tardó en preguntar al anfitrión por las razones de tanta sencillez.

—Las joyas están demasiado caras —respondió—. Ya sólo llevamos en el meñique un anillo con un pequeño diamante que nos permite comparar lo que compramos.

Antes de sentarnos tuvimos que esperar a que llegara una eminencia. La anfitriona me dijo disculpándose que se trataba del ministro Émile Coton. El cabrito que la cocinera había estado preparando desde el día anterior corría el riesgo de hacerse demasiado.

Hacia las diez llegó por fin Coton. Parecía un sacristán rico sin cortejo. Venía solo, lo que me decepcionó. Nos sentamos a la mesa. Mi amigo tenía razón, ¡allí no faltaba de nada!

La charla giró en torno a un seudocrimen cometido con el hijo de un político. Unos pensaban que había sido un suicidio y otros, las mujeres, que se trataba de un asesinato [184], pero todos coincidían en la vileza del tratamiento que se le había dado a la

historia.

—Si hubiera sido mi hijo —dijo un viejo indignado—, jamás se hubiera enterado la prensa, y eso que mi hijo está licenciado en derecho.

—¿Licenciado? —exclamó una señora—. ¿Quiere decir que lo han despedido del derecho?

Yo le expliqué en voz baja que la licenciatura [185] era un título militar.

El marido de la señora, un importante joyero, había escuchado la pregunta de su mujer y pareció avergonzarse. Para cambiar de tema me preguntó si aceptaría hacer un retrato a la acuarela de la señora. He aquí la suerte de mi vida.

El tema había cambiado. Ahora se hablaba del teatro. Una persona mayor que estaba sentada frente a mí me preguntó:

—Señor, usted que es artista, ¿qué opina del desnudo en el teatro?

—Es algo magnífico, señora. Es la única razón por la que sigo yendo [186].

—Lo que sin duda lo incita a usted es una razón estética. Pero hay muchos otros que…

—Repoblación, señora, repoblación…

En el otro lado de la mesa la conversación iba sobre política. El ministro brillaba literalmente.

—Nuestra situación —decía— es maravillosa. Nos esperan años de prosperidad. Los que dicen lo contrario no están viendo lo que sucede en Alemania, en Inglaterra, en España o en Italia; en fin: en todos los países del mundo civilizado. En nuestro país todo va a mejor.

Este hombre llevaba un traje confeccionado por el mejor sastre y un par de zapatos de seiscientos francos. Daba la impresión de que, efectivamente, todo iba bien en Francia. Tenía un cuerpo congestionado por su inteligencia, de una palidez sebosa, y una mirada que brillaba como un faro. Hablaba con palabras escogidas. Yo estaba seducido, subyugado. Le pregunté por la cuestión del cambio monetario. Me respondió:

—¡Una broma! No me diga que es de esos que se dejan impresionar. ¿De verdad cree en lo que dicen sobre el alcance de la bolsa [187]?

Como me pareció que trataba de esos asuntos con ligereza, le pedí que me explicara cuál era su cartera.

El dueño de la casa me miró con desaprobación y me hizo saber que Émile Coton era el ministro de Globos Cautivos [188]. Entonces hice saber a aquel prohombre algunas cosas sobre nuestra tierra. Su inteligencia le permitió comprender inmediatamente y pareció que me escuchaba con interés cuando le hablé de los imbéciles comerciantes que te rinden pleitesía mientras te roban la cartera.

También le hablé de los funcionarios encargados de la verificación de los papeles, militares en la reserva que son inaccesibles a cualquier otra seducción que no sea la de llevar a su mujer colgada del brazo para que los ayude en sus rondas inquisitoriales.

—La vida está tan cara —le dije— que sería una banalidad tener que comprarlos.

El ministro se enfadó.

—Lo que dice, señor, es una majadería. ¡Esa gente es tan honesta como usted!

Pensé: «Sí, sí, idiota. Acepto que los comerciantes puedan ser honestos, pero algunos funcionarios, tan parásitos como usted, viven de la República francesa, del pueblo francés. Gente que hace tiempo guillotinó a su rey por crear unas leyes tan perversas como las que usted sanciona hoy en día [189]».

Como si hubiera adivinado mi pensamiento, el ministro perdió parte de su aplomo. Parecía un piano mal afinado. Su mirada se apagó y, después de tomarse el café, adujo que tenía una reunión política y se marchó antes de la medianoche. Pero antes de que pudiera marcharse, una de las invitadas le preguntó:

—¿Ya se marcha, Émile? Mi marido querría proponerle una cosa que me parece interesante. Se trata de un proyecto de ley que permitiría conseguir mucho dinero. He aquí la idea resumida: todo hombre que no esté calvo tras los cuarenta deberá pagar un impuesto especial… Seguramente, usted algún día consiga la cartera de Exteriores, no me diga que no tiene ahí una mina que explotar.

—No es un ministerio que me atraiga. Prefiero el de Comestibles. Como ministro de Globos Cautivos ya estoy acostumbrado a los cordones [190]. Es un error común en Francia que el ministro de Comunicaciones pueda ser ministro de los Polvos

Pica-Pica y el de los Polvos Pica-Pica el de Construcciones.

Contento de haber podido explicar su opinión, el ministro se sentía mejor. No quiso marcharse sin dar su opinión sobre los obispos:

—Los obispos se pasan el día buscando dinero en los cepillos.

Una mujer encantadora, muy rubia, se acercó a mí y me dijo:

—Son todos iguales. Atribuyen a los demás lo que temen que les reprochen. Los conozco bien: he sido la amante de tres políticos. Y ninguno de ellos ayudó a que mi marido consiguiera el puesto de subsecretario de prisiones, un puesto en el que podría descansar después de pasarse la vida de viaje. Mi marido es alguien a tener en cuenta. Fue él quien tuvo la idea genial, sí, genial, de crear adornos para canallas. No me negará que resulta muy cómodo poder distinguir entre la muchedumbre al canalla, al asesino, al mentiroso y a aquel que inventó el submarino o la línea telefónica. He aquí la propuesta de mi marido: supresión del cadalso, de las prisiones y del presidio. Vea qué mérito tiene, ya que sin duda perdería su trabajo. Su idea consiste en que, una vez conocido el veredicto, tatuar sobre la nariz del imputado el delito que ha cometido, con variaciones de color y de forma. Ya no habría temor a dejar a esos hombres en libertad, ya que ellos mismos servirían de aviso de sus debilidades. ¡Qué economía para el Estado! Encontramos incluso al fabricante de tinta. Por un módico precio, se avino a crear diferentes tonalidades. Pero por culpa de otros intereses, se dejó caer el proyecto. Y a mi marido se limitaron a condecorarlo con la Legión de Honor.

Al cabo de unos minutos añadió:

—¿No cree que el comunismo con un rey a la cabeza sería algo bueno?

Una joven se dirigió hacia el piano. Tuve que controlar unas ganas irresistibles de vomitar sobre el instrumento. Estaba seguro de que iba a tocar la música de un músico «moderno y genial». Como si hubiera escuchado mi pensamiento, se puso en su sitio y sacó una partitura. Era de Christiné **[191]**.

La noche se alargaba. Sirvieron sorbetes totalmente derretidos. Pude irme a la francesa con un hijo de los dueños de la casa. Estaba preocupado porque llegaba tarde a su cita con una domadora del Nuevo Circo.

Fui andando. Atravesé los Campos Elíseos, L'Étoile y la Plaza de la República hasta Clichy: el broche perfecto para ese día.

Cuando llegué al Hotel de la Bertha encontré a una mujer que me esperaba totalmente dormida con un perrillo a su lado. Era una mujer cuya ternura, bondad e inteligencia me habían conquistado más que todas las especulaciones filosóficas que me habían dedicado todas aquéllas a las que había conocido previamente **[192]**. ¡Qué monótona es la vida! ¡Todos los días o todas las noches, una cama con una mujer dentro! La ausencia de una mujer en la cama me pone nervioso. Y para aquellos que están acostumbrados como yo, la falta de una mujer en la cama impide coger el sueño.

Tras la bienvenida que me dispensó el perro, la mujer se estiró. Tenía un humor melancólico. Me reprochó:

—¿Así que se ha atrevido a venir a verme hoy? ¿Y qué ha sido de su amiguita?

—La amiguita, como usted dice, tiene gripe. Así que es mejor que no nos veamos en una temporada.

—Es usted un egoísta. Me parece intolerable.

—¿De verdad? ¿Cree que contagiarse de gripe es un gesto de amor?

—No, claro que no. Pero si esa desgraciada lo ama, seguro que se aburre sola.

—Pero no está sola. Está con un amigo «que no teme a la gripe». Me reemplaza. Sabe preparar infusiones y cataplasmas. Es un amigo de verdad. Uno de esos de los que uno se harta cuando se encuentra mejor. Ya me puedo imaginar al chiquillo. Sin duda le está leyendo su manuscrito…

—¡Qué pena me da cuando habla así! Usted es horroroso, ruin… Preferiría no verlo. Y poder así pensar que es usted un hombre inteligente, sensible y sensato. Que lo suyo es sólo una actitud, una máscara que se pone en sociedad. Sería demasiado horrible, para mí o para los demás, que fuese de verdad como se esfuerza en mostrarse: seco, escéptico y a veces malvado.

—Mi señora, ¡yo sé que a usted le gusta escuchar un organillo cuando va a comer a casa de su tía los domingos!

—Venga, dígame ahora, con su bonita manera de expresarlo, que tengo pinta de zoquete…

—En absoluto. No tiene nada que ver con lo que pienso. Pero sé

que adora contarnos historietas sentimentales, del mismo modo que adora los gatos pequeños y los perros grandes. Igual que le gustan las citas y llegar un poco tarde para estar más guapa. Seguramente, ha conocido y amado a muchos hombres que, incitados por sus peluqueros, se rizan el pelo. Usted sabe que esos rizos son falsos. Sin duda alguna, a usted la atrae un río más tranquilo, más transparente que el que tiene delante; pero le falta valor para atravesar un caudal lleno de rápidos. Si le regresa el valor, verá que ese torrente también tiene su dulzura, y que sólo así se consigue evitar la monotonía de esos ríos que circulan eternamente a tres grados y que en el fondo no son más que…

—¡Qué poético, amigo mío!

—Puede que sólo tengamos eso: la poesía impalpable, impalpable como Dios, unos espejismos contrarios al Baedeker [193], a las señales de las vías del tren, a los mapas, a la regla del tres. La poesía existe, está ahí. No se sabe cómo ni por qué. Es un perfume que proviene de fuera o de dentro, no lo sé.

—Tengo amigos que creen en ella —me dijo—. Y no pienso que se equivoquen más que yo, que no creo en nada. Puede que creyera si supiera que… Pero ese conocimiento sería parecido al otro conocimiento infinito, el que se define como inexplicable, ¡o como explicable! Nuestro cerebro todo el rato da vueltas a lo mismo. Está atrapado en la jaula de la ardilla que es nuestra inteligencia.

—Créame si le digo que ni el ácido cacodílico [194], ni la gloria ni la felicidad mejoran el mecanismo.

Miré a mi interlocutora y me di cuenta de que estaba dormida. Sólo el perrillo, aterrorizado de que lo sacara de la cama, se apretujaba contra su dueña y me miraba con sus ojos redondos, como los botones de los botines. Me acosté, apagué la luz y, aferrado a mi compañera, pensaba en el día siguiente, en el horrible día siguiente en el que tendría que defenderme de un recaudador codicioso acompañado de hombres trajeados [195].

Evidentemente, yo era una buena presa, ¡el hombre dadaísta! Desde la protección de sus mesas, ¿cuántos de aquellos hombres habrían visto en mí a un loco? Pero quizá no fuera tan malo: a veces puede ser tan distraído luchar contra un notario como contra un imbécil.

10. Epifanía

Cuando me desperté, encontré bajo la puerta un sobre que contenía varias páginas arrancadas de un cuaderno. Iban acompañadas por una carta de Lareincay.

Querido amigo:
He aquí algunas páginas más de *El ómnibus*. Se las entrego. Ya sé que no le gusta mi libro, pero necesito su reacción. ¿Podría ir al restaurante Prunier a la una y media? Comeremos juntos y le leeré un pequeño ensayo filosófico que seguramente le guste más que lo que aquí le envío…

Puse las hojas sobre la cama. La joven, que se acababa de despertar, las cogió.

—Déjeme leérselas mientras se asea —me dijo—. Me gustaría mucho conocer estas elucubraciones… y su opinión.

Comencé a lavarme.

Mientras me afeitaba empezó a leer:

—No te sientas herido por mis palabras, querido amigo. Esta fotografía supone un misterio que necesito aclarar. Y tu deber es ayudarme.

Mientras hablaban, Marie no podía evitar mirar las suntuosas flores cuyo perfume la ablandaba.

—Responde: alguien te ha dado este retrato, ¿verdad?

—¿Lo dudabas?

—Te creo. Pero cuando te lo dieron, ¿te recomendaron que me lo enseñaras inmediatamente?

—Así es.

—No me equivoco. Con esta fotografía, sabían que mi curiosidad se despertaría. Esta fotografía despierta el recuerdo de

mi madre, que tanto se parecía a esta mujer. Y sabían que no podría evitar recibirla cuando se presentara.

Pierre temblaba. No hubiera sabido decir por qué. Temblaba más ante la vida que ante Marie, ya que la vida es invisible y la cuerda que nos ata en torno al cuello es sedosa y dulce como un sueño narcótico. Temblaba de miedo o de esperanza, no hubiera sabido decir por culpa de cuál de los dos, ya que el miedo y la esperanza en mucho se asemejan.

Marie seguía reflexionando:

—¿Te ha dicho que quería verme?

—Sí, ése era su deseo.

—¿Y va a volver?

—Está aquí. Te espera aquí cerca… No pude negarme a traerla.

Marie estaba confundida. Un combate se libraba en su interior. La mujer estaba allí y una palabra suya bastaría para hacerla entrar. Y por fin, podría verla cara a cara y saber.

—Ve a buscarla. Pero regresa. Me da miedo.

Mientras Pierre salía, ella cogió el ramo y lo lanzó por la ventana. El olor de las flores se quedó en la estancia, tan evocador…

Pierre se dirigió a la antesala. Pero la mujer ya no estaba.

Mi lectora se detuvo. Vio que estaba preparado para irme. Era presa de una alegría irrefrenable.

—¿Y a esto lo llama obra moderna? —me dijo—. A mí me parece un fósil. ¡Cada vez es más divertido! Se parece a un mueble estilo Napoleón III que hubiera sido corregido por el salón de otoño.

Le di mi opinión sobre *El ómnibus*. Ella me dijo que era como un folletín.

Sin embargo, acepté interiormente la comida en el Prunier que me había propuesto Lareincay. Las ostras me tentaban y me preguntaba qué otras perlas podría reservarme el genial literato con su ensayo filosófico.

Tras pasar por el estudio del señor X fui hasta la calle Duphot. Claude Lareincay ya estaba allí. Había perdido el aspecto tímido que lucía cuando venía al principio a leerme a mi casa. Se había vestido con esmero y sus ojos estaban llenos de todo ese falso romanticismo que desbordaban sus obras. Cuando estuvimos frente a una colección de ostras, me pidió que le dijera «todo» lo que

pensaba de lo que me había enviado esa mañana.

—Una amiga me las leyó. Y tendrá que perdonarme porque sólo pude prestarle atención a ella. No se preocupe: en cuanto llegue a casa las leeré, con la cabeza tranquila.

Durante unos momentos, pareció molesto. Pero sacó de su bolsillo un pequeño cuaderno verde, lo dejó sobre la mesa y me dijo:

—Mientras escribía la novela, y sin duda gracias a ella, me surgieron ciertas reflexiones que son el punto de partida de este pequeño libro. Estoy convencido de que usted mejor que nadie entenderá el espíritu de esta obra y que esta vez la aprobará sin restricciones.

—Mi deseo es que su libro sea tan perfecto como esta merluza.

Comenzó:

El espacio tiene tres dimensiones. Esas tres dimensiones no fueron creadas una a una, sino de golpe. Lo prueba el hecho de que una línea no pueda ser pensada sin las otras. La longitud es una distancia que se puede recorrer. Pero cuando uno recorre una longitud, la amplitud es indeterminada. Y a menos que uno quiera recorrerla siguiendo la línea derecha, estaremos exactamente en el mismo punto. Resulta igual para la amplitud. Pero como ese punto no es más que una convención, lo cierto es que ese razonamiento es tan falso como todo razonamiento: el universo es un conjunto de convenciones y de heterogeneidad.

El movimiento es espacio y tiempo. Lo que denominamos fuerza no es más que una cualidad del idioma, una palabra que en nada tiene que ver con la grandeza, ya que no existe la grandeza.

La velocidad es una palabra original. El autor de esa palabra es el tiempo con permiso del espacio. El espacio es un motociclista que arrastra el tiempo en el futuro. Pero eso es sólo una objetividad. Algunos filósofos consideran que la realidad está formada por el tiempo y el espacio.

Sólo es real lo abstracto. Lo abstracto se cruza siempre con lo concreto. En ese momento, tanto el uno como el otro adquieren una determinación que conseguirá que consideremos que lo real no forme parte del infinito.

Lo real juega a la gallinita ciega. Envuelve la movilidad de nuestra vista. Pero eso sólo es posible si la materia se vuelve

objetiva. Uno entiende por qué la velocidad es antes lentitud, o por qué la velocidad atraviesa el espacio. El espacio no es más que un agente que define las relaciones que se establecen a cada instante con el tiempo. Sin esta teoría, el hombre no podría ser concebido.

Consideremos ahora la velocidad como algo más rápido. El día en el que se introdujo la velocidad en el mundo, el movimiento se convirtió en determinación. Resulta imposible definir la frontera del espacio y parar el tiempo. Por ello, no existe un movimiento finito. No obstante, el espacio está aislado del tiempo ya que está inmóvil. Pero el tiempo también está inmóvil, ya que también es finito.

Ahora, lo que llamamos situaciones (esta palabra sólo resulta inteligible para muchos si determinamos su relatividad) deben aplicarse a…

En ese momento, Lareincay se lió con sus páginas y yo aproveché para interrumpirlo. Había sido educado y no había demostrado mi aburrimiento. Aquello era una búsqueda filosófica que conocía bien, una búsqueda a caballo en la frontera francoalemana [196] que se había vuelto monótona. ¡Además Lareincay tenía una forma pretenciosa de deleitarse leyendo! Parecía que estuviera en la Sorbona y no se daba cuenta —o se daba demasiada cuenta— de que nuestros vecinos parecían muy interesados en escucharle.

—Querido amigo —le dije mientras apoyaba la mano en su brazo—, deténgase unos instantes. Ya no sé qué estoy comiendo. Fíjese, me acabo de comer los palillos de este bote. Me he comido también mi pañuelo. Eso refuerza sus teorías. Los palillos y el pañuelo sólo eran un tiempo en relación con mi estómago. Éste de pronto se ha convertido en espacio. ¡No puedo esconderle lo que me cansa todo esto!

—Me extraña —me respondió un poco picado—. Ayer se lo leí a Rosine, que está en cama con gripe, y le encantó.

—Rosine estaba en su cama. Es la mejor manera de meterse en abstracciones. Pero no piense que mi fatiga denota aburrimiento. Me puede la potencia de su cerebro. Es necesario que el Collège de France lo designe como el hombre de nuestra época esta misma tarde y que dé allí una conferencia.

—No pido tanto. Con su comprensión me basta. Ahora que lo

sabe todo sobre mí, ¿le gusto un poco? ¿Le gusta cómo pienso?

—No es que me guste, ¡es que cada vez lo admiro más! Tiene una forma de hablar que sin duda emociona a todas las mujeres. Pero a la vez tiene una cara que desprende una serenidad inexplicable. Tiene la calma de un chico que acaba de recibir la Confirmación.

Quiso pagar la cuenta. Pero yo me precipité y con un gesto protector y rápido le di al camarero los 275 francos que nos había pedido.

El novelista me llevó a ver una exposición de pintura del Grupo 19 781 en la calle Richepanse. Era un grupo de jóvenes cuya destreza y habilidad sobrepasaba la de un hombre de mayor experiencia. Al lado de la puerta de salida, vimos un cuadro que parecía hecho por un niño. Cuando le preguntamos a un vendedor de quién era, nos dijo con un poco de desprecio en la voz que de un tal Lionel Lejeune. Nos dijo también que Vollard le compraba todas sus obras. Y en efecto, recordé que Vollard me había hablado de él con la flema que lo caracterizaba. Me había dicho: «Mi idea consiste en comprarle toda su producción hasta el día en que aprenda a pintar[197]». En efecto, hay quienes saben pintar, del mismo modo que hay críticos que saben encontrar al genio que se esconde detrás de un cuadro.

—¡Me gustan esos hombres! ¡Son hermosos! —le dije a Lareincay.

No me respondió enseguida. Después de dar unos pasos, me dijo en voz baja:

—¿Cree que son sinceros?

—¿Sinceros? ¡Por supuesto que sí! ¡Tanto como lo es usted!

Me miró con hostilidad. Me dio la sensación de que, poco a poco, se iba convirtiendo en mi enemigo. Afortunadamente, en la calle nos encontramos al bueno de Satie. Llevaba un paraguas en la mano para cubrirse del sol. Nos dijo «hola» y se metió en el Trois-Quartiers. Lareincay me confió:

—Este encuentro me recuerda un sueño que tuve hace varios días. Satie iba vestido de rosa y calzado con sandalias. En la espalda tenía unas alas como las de Cupido y un cazamariposas. Intentaba perseguir una nota de música que siempre se le escapaba de modo silencioso, feliz de volar en libertad en un parque azul.

—¡Qué malvado es usted! —le dije entre risas.

Lo dejé en una parada de taxis. Deseaba ir a casa de uno de mis amigos doctores. Tengo el hábito de comprobar cada cierto tiempo el mecanismo de mi cuerpo para poder estar tranquilo. Lareincay debía ir al periódico en el que trabajaba.

Al día siguiente, cuando abrí dicho periódico, comprobé que no me había equivocado con su opinión hacia mí: me tachaba de gran hombre.

Llegué antes de tiempo a mi cita con el doctor. El dolor que me aquejaba desde días atrás había desaparecido totalmente. Pero estaba un poco preocupado porque dos días antes, otro amigo, un gran cirujano, me había palpado la tripa como se toca un globo de aire que uno teme que esté pinchado, y me había dicho: «Apendicitis. Te opero el martes. ¿Dónde está tu teléfono? Voy a reservar una habitación en la casa de salud». Llamó y pidió que me reservaran «Las glicinias». Me dijo que era muy agradable y que Marthe Chenal la había ocupado para que le cortaran las uñas de los pies.

Como me vio muy pálido, me dijo: «Eres estúpido. Es una nimiedad. Un juego. Un auténtico descanso. Mira, tengo un amigo, cirujano como yo y padre de cinco hijos; a todos ellos los ha circuncidado y les ha quitado el apéndice. Así estarán tranquilos para siempre. En veintiún días estarás de vuelta en pie».

¡Me encanta esa cifra de veintiún días que cura todas las enfermedades! Eso me recuerda una cura que hice en Suiza para la hipotensión. Estaba en el hotel con René Ransson[198], que se estaba curando de hipertensión. Teníamos el mismo tratamiento. Como no morimos ninguno de los dos, concluimos que no habían sido los tratamientos los que nos habían curado, sino los veintiún días.

Le pedí a mi amigo varios días de tregua antes de ir a Las glicinias bajo el pretexto de compromisos ineludibles. Esa misma tarde pedí cita con otro médico. El doctor me hizo entrar. Es un hombre que me gusta mucho, con una simplicidad y una bondad hacia los enfermos que resultan más beneficiosas que todos los medicamentos que receta. Le pregunté qué tal estaba. Sabía que tenía una úlcera en el estómago desde hacía veinte años. Me dijo que, por primera vez, no había tenido ninguna crisis desde hacía

meses. Me confesó que no había seguido ningún tratamiento. Le pregunté por mi apéndice y me desaconsejó cualquier operación: «Es su antigua neuralgia, simplemente se ha desplazado». Me tomó la tensión: 9 y 14, unos valores fabulosos. Me marché de allí encantado y entré en una confitería para tomarme una taza de té. Allí me encontré con Berthe Bocage. Le conté mi aventura:

—Si yo estuviera en su lugar —me dijo— pediría una tercera opinión. Venga conmigo. Yo también tengo que ir a la consulta de mi médico.

La seguí. Lo que más me apetecía era poder pasar tiempo en su compañía. El doctor nos atendió inmediatamente. Nos habló de pintura y literatura durante tres cuartos de hora. Llegamos a la conclusión de que nada es comprensible y que todo es constatable. Después me pasó ante los ojos una lámpara eléctrica con dos mil bujías[199]. «Padece de los nervios —dijo—. Trabaje, distráigase, voy a tomarle la tensión». El aparato registró 6 y 11. «Débil. Descanse, no trabaje. Salga poco por las noches».

Muy impresionado, se me olvidó hablarle de mi apéndice. Me marché desesperado, con la sensación de que sólo había estado bien el tiempo que había tardado en atravesar París. Decidí entonces utilizar mi psicoterapia personal para intentar convencerme de que no estaba enfermo. Tuve la enorme suerte de que aquella tarde, al abrir un periódico americano, había un artículo sobre medicina. Terminaba diciendo que en Nueva York la moda de quitar el apéndice había caído en el olvido. Que cualquier operación es una cosa muy grave y que los médicos están dispuestos a todo para que operar sea una acción de *ultima ratio*.

De todo aquello extraje una conclusión: que los únicos hombres que no se curan son aquéllos a los que sus conocidos les han hecho saber que no saben nada. El cuerpo médico cree tanto en la medicina como el clerical en Dios. Afortunadamente, hay entre la masa gente más docta que los doctores y más santa que los curas.

Como se me había ido el dolor, decidí seguir curándome siguiendo mis teorías. Así que decidí ir a pasar la noche al teatro. Justo acababa de recibir una invitación para el ensayo general de una obra que se representaba en un teatro del Boulevard. El autor era un idiota que sólo hubiera podido hacer algo muy soporífero.

Sentado en mi asiento y antes de que se levantara el telón,

comencé a disfrutar de un espectáculo muy interesante: el ingenio que desplegaban los críticos para no darle propina al acomodador.

A mi lado se había sentado un hombre tan molesto como un loro en su jaula. En cuanto empezó la función, se puso a hablar con su vecino. Era un crítico embebido en la importancia de su misión, un crítico influyente y autor, asimismo, de algunas obras. Me parecía que se restregaba en todas las estupideces que redactaba a diario, que seguiría redactando y que no se cansaba de repetir a su compañero. Hacía muchos años que se movía en el ambiente y sabía qué o quién mandaba. Hacía un tiempo, Sarcey le había dicho: «Querido, usted tiene el pulso del teatro».

Empezó a criticar a un actor que me parecía remarcable. Era evidente que lo que quería era llamar la atención de una mujer que estaba sentada delante de él, una joven dramaturga que escuchaba aterrorizada los sarcasmos de semejante idiota.

Habló de Marcel Levêque[200] y lo comparó con Bargy[201]. Naturalmente, menospreció al más talentoso de los dos. Exaltó la Comédie-Française, «esa gran familia de actores» (familia imbécil, grotesca, que aporta al teatro lo que una hoja de perejil a un lechón asado).

Pasó revista a las mujeres que estaban en el escenario. Las dividió en dos categorías: con las que se acostaría y con las que no. Yo tenía un nudo en la garganta y sentí deseos de matarlo después de arrancarle el bigote. Sentí que me invadía la misma exasperación que experimento siempre ante los agentes de la fuerza pública.

Al finalizar el primer acto, predijo el desenlace. Éste fue totalmente diferente a lo que había predicho.

En el entreacto me encontré con Rosine Hauteruche. Hacía varios días que no la veía. No me hizo ningún reproche, pero parecía nerviosa. Le dije que iría a visitarla al día siguiente. Quería hacerle un regalo por su cumpleaños.

Cuando me despedí de Rosine, me encontré con una cantante profesional que al llegar la noche actuaba en cafeterías. Me reconoció y me invitó a cenar esa misma noche en su casa. Para convencerme, me dijo que su apartamento estaba situado de tal forma que todas las noches, a las dos y veintitrés de la mañana, un tren pasaba por su cocina. Y que en su antecámara tenía un espejo en el que uno podía ver su espalda cuando se miraba de frente. No

pude resistir la curiosidad. Después de que dijeran en voz alta quién era el autor de la obra, me fui sin darle tiempo a que saliera al escenario. Me encontré con la cantante a la salida.

Nos pusimos a hablar en el taxi y me preguntó qué opinaba de Derain.

—Tiene una imaginación sentimental. Se expresa mejor con una corona de flores en la cabeza que cuando se empeña en ponerse la ropa de Renoir, de Matisse o de Cézanne.

—¿Y Gauguin?

—Gauguin me hace pensar en las falsas esculturas de los negros. Tiene la mente de un diputado socialista. Ya sabe: uno con lazo, pantalón de artista, amigo de Mirbeau, como Mirbeau era amigo de…

Mi interlocutora se echó a reír.

—Sí, ya sé que a usted no le gusta nada y sin embargo…

—Me gusta Odilon Redon. ¿Por qué un Cézanne cuesta doscientos mil francos y un Odilon Redon dos mil? Cézanne no firmaba sus cuadros. Jamás consideraba que los hubiera terminado. Lo que permitió a un galerista terminarlos y venderlos muy caros. ¡Los cuadros valen lo que cuestan! Redon era un hombre maravilloso que firmaba sus obras. Pero nadie le ha atribuido el mismo valor que a Cézanne. ¡Ay, el engaño, qué fácil resulta engañar a la gente! Fíjese, Jarry ponía tinta en su anís y versificaba todo el periódico del que era redactor jefe[202]. Y todo por necesidad de engañar, de epatar a los demás, de epatarse. Epataba inconsciente y profesionalmente. Lo que resulta más raro es extrañarse de epatar cuando uno intenta parecerse a la masa sin lograrlo.

—No sé qué quiere decir con lo de «parecerse a la masa». ¿Qué es para usted la masa?

—¿La masa? ¡Algo que no existe! ¡Por eso resulta tan difícil parecerse a ella!

—Yo hubiera pensado que Dios representaba a la masa. En ese caso, para parecerse a él, sólo sería necesario una barba y las vestimentas de un pobre. Un hombre rico jamás se parece a Jesucristo. Los jesucristos siempre tienen un aspecto miserable. Me pregunto por qué.

—Seguramente, Jesucristo perdió algo que le gustaba mucho y

eso lo entristeció.

—Usted es un idiota.

Habíamos llegado. Cuando bajábamos del taxi, vimos un coche lujoso aparcado delante del edificio. Un hombre hacía girar la manivela sin lograr nada. Me acerqué y, no sin sorpresa, vi que bajo el capó no había motor. Le manifesté mi extrañeza y le dije que parara de hacer un esfuerzo inútil. Él me contestó que era católico y que le había pedido a Dios que pusiera en marcha el coche. Yo le dije que no funcionaría y él me replicó que Dios lo podía todo.

Cuando entramos en casa de la cantante, lo primero que me llamó la atención fue una vitrina colgada a la pared. En ella había una goleta en miniatura con las velas desplegadas hacia América. Bajo la instalación había una inscripción: «Este cuadro pertenece a Jean Cocteau». Me dijo la mujer que en la casa de Cocteau había una goleta igual y que sólo diferían en que la inscripción rezaba: «Esta goleta pertenece a Yvonne George». Que lo había hecho para que, en el caso de muerte de uno de los poseedores, los notarios pudieran reunir las obras sin complicaciones. «He aquí una bella historia para los amantes del misterio, ¿no?»

Cuando reflexioné sobre ello comprendí que era una especie de matrimonio de ultratumba, el único que se les permite a algunos seres. La goleta me había hecho olvidar lo que me había llevado a aceptar la cena. No vería pasar el tren por la cocina o el espejo en el que uno no puede verse la cara…

Llegaron algunos amigos de mi anfitriona. Entre otros, estaba un joven ruso del *ballet* de Diáguilev, un general del antiguo ejército del zar, un cura vestido de civil, un sobrino de un hombre conocido y una estudiante de medicina que llevaba como broche un escalpelo en miniatura de platino cuajado de rubíes.

Me lo regaló después de manifestar mi admiración. Nos habló de hospitales, de su trabajo y de todos aquellos heridos de guerra que seguían en tratamiento: heridas que se abrían, esquirlas que provocaban infecciones… Cada día aparecía un nuevo contingente de antiguos enfermos.

—Si vieran qué hijos tienen esos desgraciados… ¡es un oprobio para la patria y para la maternidad!

El cura escuchaba atentamente, visiblemente emocionado. De pronto estalló y tuvimos que aguantar un verdadero sermón.

—La guerra es inmunda, creo. Y sus consecuencias sólo pueden ser inmundas. Yo, que me vi forzado a participar en ella, durante toda su duración sólo podía pensar en una cosa: el suicidio. Quería dejar de ser el espectador de ese drama voluntario. Me faltó valor. Por eso sigo vivo. ¿Cómo pude aceptar ser cómplice de aquellos que hacen creer que la guerra contiene una especie de misticismo, que la guerra tiene algún tipo de belleza? ¡La belleza de la locura!

Nos quedamos estupefactos ante su salida. Todo el mundo consideraba que ese cura era un buen tipo. Le gustaba ir al teatro porque las mujeres eran buenas con él. Lo consideraban como una especie de confidente cuando iba a visitarlas a sus camerinos… Jamás hubiéramos pensado que fuera capaz de mostrarse tan violento.

—Respecto al uniforme —continuó—, los uniformes cuajados de banderas y medallas son una invención peor que todas las drogas. El hombre más sencillo, el mejor, se convierte en alguien peligroso y absurdo el día que alguien le pone una banda roja o dos tiras doradas en la manga. Instantáneamente, se cree diferente a los demás. Puede ser injusto sin que nadie discuta su injusticia. De hecho, tiene compinches que lo protegen, superiores y galardonados, y, seguramente, más injustos que él. La invención de la «superioridad» que se manifiesta a través de una colección de baratijas de relumbrón denota en la raza humana la locura de la dominación. El fin es el de tiranizar a los demás. De dominar al vecino sin el menor derecho. Sin darle nada a cambio. Sin el menor esfuerzo personal. Siguen simplemente una carrera durante años hasta que uno se jubila o venga su memoria bebiendo vermuts o licores. Porque si lo que quieren es envilecer a los demás, lo que consiguen es envilecerse a sí mismos de bar en bar.

Me divertía mucho escuchar semejante tono en un sermón tan poco propio de un lugar como aquél. Quise llevar hasta el final a nuestro orador.

—¿Pero qué piensa del soldadito?

—¿El soldadito? El pobre desgraciado se encuentra atrapado y ridículo en un uniforme que no le cabe. Tiene que plegarse ante los dorados de un uniforme a medida. Si por casualidad su fisonomía deja entrever una inteligencia, una personalidad; si un superior se entera de que tiene ideas, le cortarán las orejas o le sacarán los ojos

hasta que estén seguros de que su superioridad no corre peligro. ¡Afortunadamente, el Estado vigila! No le preocupa tener que pagar daños e intereses. El Estado economiza para poder malgastar a voluntad. Durante la guerra se malgastan hombres. Mejor diez hombres muertos que un solo caballo. Únicamente hay que decidir qué hombres. En cambio, un caballo cuesta dinero[203]. Las pensiones a los huérfanos, viudas…, todo eso ya se verá más tarde. Ya no hay esclavos porque los estados se quedan con lo que quieren. El militarismo y la política están sostenidos por el imbécil sufragio universal. Huele mal. Pero nadie es responsable de este olor. Los canallas se van de rositas. Puedo entender que alguien muera por una idea, por amor, ¡pero hacerse matar por una República! ¡Qué absurdo! Si pudiéramos luchar, sería contra algunos de los representantes del país que nos roban, que nos dicen todos los días lo que tenemos que hacer. ¡Esos tipos esconden su botín bajo las estatuas dedicadas al soldado desconocido! ¡Viva el hombre responsable que se pone por encima de una nación! Digámosle que es un pequeño rey, que puede aspirar a todo. ¿Igualdad e inteligencia? La única inteligencia que no admitirá jamás es la que sienta superior a la suya. En el arte, todo el mundo quiere ser un genio. Los doctores tienen diplomas que prueban su capacidad. Ya no hay obreros: todos somos trabajadores. Y todo eso huele a repollo podrido. Se habla tanto como en Italia o en España, y bien es sabido que quien habla no hace nada útil. ¡Si al menos hablaran de tonterías, uno podría pensar en otra cosa al mismo tiempo!

Se produjo el silencio tras estas palabras. Miré al sacerdote. Estaba pálido y tenía sudor en la frente.

—Padre —le dije—, si yo fuera juez ordenaría que lo arrestasen. Como mi profesión se parece más a la de ujier, sólo puedo darle la razón.

Pareció que no me escuchara. Era presa de una exaltación que continuaba en su interior. El general que estaba sentado a mi lado parecía estupefacto. Me hizo la siguiente pregunta:

—Señor, se dice que Dios es caníbal, ¿es cierto?

—Sí, es cierto. Pero sólo come pájaros. ¿Cómo quiere que un habitante del espacio coma otra cosa que pájaros?

—¿Considera que los pájaros tienen carne humana?

—¡Más humana que la de mis semejantes!

El ruso pareció contentarse con mi afirmación sin haberla entendido del todo. Los rusos tienen todas las capacidades del mundo, pero no saben utilizarlas. Tienen una imaginación volcánica. Y sin embargo, poco han contribuido a la evolución. Lo que no impide que todo el mundo diga «¡qué pueblo más inteligente!». Es cierto que tienen frentes altas, los ojos negros y profundos y que como los alemanes, llevan gafas de oro.

Mientras tomábamos café, la joven doctora me preguntó mi opinión sobre el cura. Ella consideraba que estaba medio loco, psíquicamente hablando. No era la primera vez que lo veía haciendo manifestaciones violentas y fuera de lugar.

—Es una idea fija suya. La vista de un uniforme lo pone furioso y creo que la presencia del ruso en uniforme de gala ha contribuido al arrebato de hoy —me dijo.

En 1916 fue víctima de un ataque de nervios. Mientras llegaba a Constantinopla con su regimiento, supo por casualidad que su hermano estaba a dos kilómetros de allí. ¡Imagínese las ganas que tenía de verlo! Un compañero se encargó de decírselo al otro y no pudo contenerse. Esa misma noche se puso en marcha para abrazar a su hermano mayor, ya que su regimiento habría de marcharse al día siguiente a un destino desconocido. Pero como regresó media hora tarde, su ausencia no pasó desapercibida. Sin interrogatorio, sin explicaciones, el oficial encargado ordenó su fusilamiento…

—Ahora entiendo que odie la guerra. Y los galones. ¡Sin embargo lo que debería odiar es el amor fraternal!

Ya estaba harto del tema de la guerra, de los soldados y de la República. Cambié de grupo y cuál fue mi sorpresa al ver que acababa de llegar Lareincay. Su capacidad de colarse en todas partes era asombrosa.

Cosa más extraordinaria aún: no traía su manuscrito. Nos contó que acababa de salir de una conferencia sobre Einstein acompañada de proyecciones de cine. Era como si acabara de descubrir al personaje y quisiera que todos compartiéramos su entusiasmo. Mi sonrisa lo crispó, sin duda. Y me pidió que le dijera qué pensaba de este filósofo ya un poco pasado de moda.

—Einstein está convencido de que la hora que indica el reloj de la estación de Lyon no es igual para un ciclista, un automovilista o

un simple paseante que se toma su cerveza negra en una terraza. Su teoría podría ser exacta si esos tres individuos tuvieran exactamente la misma edad, pero como es cierto que todos han nacido con segundos de diferencia, es falso, y la hora es igual para todo el mundo. La única idea genial de Einstein es haber distinguido su sombra en el espacio donde intentaba encontrar el infinito.

Lareincay se encogió de hombros. Yo le aseguré que no tenía nada de lo que sorprenderse. Añadí:

—Si hubiera venido antes habría podido escuchar los improperios del cura sobre la guerra. Seguro que le hubiesen gustado y habría compensado su decepción sobre Einstein.

—Le confieso que me horroriza la guerra. Salvo la declaración del armisticio, el resto es demasiado violento para mí. ¡Soy tan sensible!

El general se preparaba para irse. Nuestra amiga la cantante lo invitó a comer al día siguiente con ella. Y le pidió que llevara a su hermano.

—Sí, ese chico tan agradable que conocí el otro día tomando té en el Ritz.

—Mi hermano seguro que agradece su ofrecimiento, pero jamás está libre a la hora de la comida. Y sólo toma té porque es friegaplatos en el Café de Paris.

Me pareció que nuestra sociedad estaba muy desorganizada y decidí que a partir de entonces tendría mucho cuidado con los camareros, los conductores y otros profesionales liberales, ya que uno nunca sabe si tiene que tratar de alteza a un repartidor de periódicos.

Me di cuenta de que la doctora me esperaba para que la acompañara a casa. Tras el regalo que me había hecho, no podía negarme a llevarla donde quisiese. Me despedí de todo el mundo y a Lareincay, creyendo que le gustaría, le pregunté por su novela. Me dijo que ese mismo día acababa de empezar una novela que me iba a gustar más que la anterior. Como temía que empezara a leérmela, me precipité hacia la salida mientras le pedía que le dijera a Rosine que iría a verla al día siguiente. Asintió, frío como el hielo.

11. Escondite

Cuando me preparaba para ir a ver a Rosine Hauteruche, me anunciaron la visita de uno de mis amigos que acababa de llegar a París. Era un redactor del *Times* de Nueva York. Lo había conocido allí en extrañas circunstancias. Había escrito un artículo sobre mí de verdadero escarnio. Había llegado incluso a falsificar reproducciones de mis cuadros y con ellos había hecho facsímiles de arte comanche. Declaró que todas mis investigaciones eran una broma. Unos días más tarde, vino a preguntarme de buena fe si me había gustado su artículo. En su pregunta no había la menor ironía. Estaba convencido de que aquella crónica me había gustado. Después de hablar una hora con él y de haberle servido varios cócteles, se sorprendió de que yo no fuera un payaso.

—¿De verdad que no lo ha hecho todo para reírse de alguien? —insistió.

—Ni para reírme de alguien ni para adquirir notoriedad. Esté seguro.

Se echó a reír como un loco y cogió su bebida. Después de ingerirla de un trago se despidió de mí y me invitó a comer con él un día una chuleta de cordero. Me advirtió que él era cocinero y que sólo las hacía por un lado porque al voltearlas se estropeaban.

El domingo siguiente sacó en la portada del *Times* un artículo tan importante como el anterior. En él decía que no existe arte más francés que el mío, más moderno y más sensible respecto de la vida contemporánea. Nos hicimos muy buenos amigos.

Ese día había venido a ofrecerme que hiciéramos un viaje juntos a Italia. Iba a una pequeña ciudad rodeada de naranjos. Yo ya conocía ese lugar maravilloso.

Había descubierto un albergue que le encantaba por su situación.

—Se encuentra detrás de la vía del tren. Y se puede ver pasar el tren. ¡Hay treinta y siete al día!

El resto no tenía ninguna importancia para él. Existen aquéllos a los que les gusta el sol y otros a los que les gustan las vías del tren. Le prometí que me uniría a él más adelante, pero le rogué que me pidiera una habitación en la otra fachada del hotel.

Llegué a casa de Rosine un poco tarde por culpa de la visita del periodista. Tuve que llamar a la puerta. No estaba abierta como siempre. Un chambelán con barba y bigote negros se presentó y me pidió que lo acompañara. Rosine me recibió de forma muy amable. En una mesita, cerca de la chimenea, había una pila de folios. En el encabezamiento descubrí el nombre de mi editor. Después de informarnos sobre nuestra respectiva salud, le pregunté si ese mismo día había visto a Lareincay.

—Me ha llamado y me ha dicho que vendrá a las cinco.

—Escuche. Tiene que casarse con él.

Pareció nerviosa.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? Ya veo que nunca me ha amado.

—No se trata de eso. Resulta curioso que, cuando uno se preocupa de la felicidad de los demás, éstos duden del sentimiento que uno tiene hacia ellos.

Permaneció en silencio. Cuando por fin habló, lo hizo muy bajo:

—Está bien, querido. Pero él se opondrá. Soy judía y él procede de una familia muy católica.

—Si sólo se le ocurre ese obstáculo, no se preocupe. Ya tengo la solución. Yo mismo hablaré con Lareincay.

—Pero —dijo ella— me asusta el matrimonio. Siempre he sido tan libre… ¿Cree usted que podré doblegarme?

—¡A su edad tiene que pensar en casarse! Toda mujer que ha vivido mucho, acaba por agotarse y empieza a pensar en el matrimonio. Tiene razón: es un final cómodo. Sepa que hay que hacerlo como usted: vivir y luego casarse [204]. Lo contrario es una monstruosidad, un contrasentido que han inventado los hombres para satisfacer sus deseos egoístas. Sé que es la amante de Claude. Se convirtió en su amante porque estaba solo en la vida y porque le dijo que era desconocido. ¡Y no hay nada más interesante que un escritor desconocido, incluso muerto! Cásese con él. Con la ayuda

de su belleza y de sus conocidos, lo ayudará en su carrera. Se convertirá en su víctima, y la felicidad durará un tiempo. Es una situación que los puede llevar a los dos a muchas cosas, sobre todo si Lareincay tiene a bien morirse dejando una novela inacabada que usted tenga que publicar. Estoy convencido de que lo ama. Además, ¿qué importa eso? Todo termina siempre del mismo modo. Alguien nos conduce al cementerio. Primero a uno y luego al otro. Los cementerios son el depósito de Dios. Y Él también nos ama, como Lareincay.

—¡Qué burlón es usted! ¡Qué lengua más mordaz!

—Ya sé que no se puede hablar de esas cosas. La verdadera inteligencia, la de aquel que lo comprende todo, es una auténtica enfermedad. La peor de todas. ¿Recuerda usted a Martin Eden, el personaje de Jack London? Mientras era feliz y sencillo, amaba la vida. Pero cuando comprendió de qué iba todo, se tiró por la borda para evitar el famoso depósito. Venga, decídase, cásese con el joven y elegante Lareincay. Es pobre. Podrá mantenerlo sin manchar su reputación. Y usted puede hacer que la gente lo conozca, que sea accesible para el gran público. A nosotros nos toca movernos entre bastidores, por donde están las maquinarias. Conocemos tan bien el maquillaje que ya nada nos hace ilusión. Pero el público es tonto y durante semanas creerá en Lareincay y esperará que se convierta en el nuevo símbolo de la celebridad. Si en ese momento él quiere recuperar la alegría, aconséjele que se ponga barba y se cambie de nombre.

Rosine estaba soñadora, impresionada y decidida a seguir mi consejo. Quizá echaba de menos la cólera que hubiera debido sentir o la pena que hubiera debido mostrar, pero como siempre tengo varias mujeres, igual que varios coches, consigo evitar los accidentes sentimentales que arruinan tan a menudo la existencia de los imprudentes [205].

Decidimos que al día siguiente yo vería a Lareincay. Le dije que dejara en mis manos sus escrúpulos religiosos. Rosine no quiso saber cómo lo haría. En ese momento llegó un pianista búlgaro. No me dio tiempo a huir de la casa y hube de soportar las tres últimas composiciones de aquel enano gigante. Después de escuchar su música tuve que aguantar su conversación. La atmósfera se hizo densa como el humo de una lámpara. No se podía tocar nada sin

tener la impresión de que se te manchaban las manos.

No aguanté más y me despedí de Rosine. Me prometí ir esa misma tarde a escuchar a Maurice Yvain para borrar todo ese horror que retumbaba en mi cabeza.

Pasé una tarde agradable que acabó en la casa de Berthe Bocage hacia la medianoche. Estaba sola y me recibió encantada.

—¿Qué es de usted? Apenas lo vemos ya. ¡Se dice que va a casarse!

—No, yo no soy quien se casa. Yo caso, eso es todo.

Le conté mis proyectos entre el novelista y mi amante. Se divirtió mucho, pero se empeñó en decir que yo incitaba ese matrimonio por amor a la psicología. Dudaba de que llegaran a ser muy felices.

—Qué encantadores eran los matrimonios entre jóvenes de antaño —dijo.

—Querida amiga, hace tiempo que ya no existen. ¡Eso si alguna vez existieron! Los únicos jóvenes auténticos fueron Adán y Eva.

—¿Cree que se quisieron de verdad?

—¿Cómo podría ser de otro modo? Fueron los creadores del amor. Y por culpa de eso, Dios, celoso, los largó del Paraíso.

—¡Qué bonito! Tiene respuestas para todo.

—Para todo lo que no me pregunto.

—¿No le da pena perder a Rosine?

—Nada. No le gustan los descapotables. Además, usted habla de pérdida cuando yo nunca tuve la sensación de haberla tenido.

12. Béndix

A las ocho de la mañana del día siguiente, Claude Lareincay me despertó. Tenía algo urgente que contarme. Sin levantarme, lo hice entrar en mi habitación. Me encontraba de muy mal humor por que me hubiera despertado tan pronto. Está muy bien procurar la felicidad a los demás, pero siempre tiene un precio: aunque sea una hora de sueño.

El «joven genio» estaba al mismo tiempo radiante y preocupado.

—Antes que nada, debo pedirle perdón. Mientras se preocupaba tanto por mí, yo pensaba que era mi enemigo y que hacía todo lo posible para destruirme. Cuando ayer me contó Rosine su visita, caí del guindo. ¡Qué contento estoy! ¡Me dolía tanto el secreto de nuestra relación!

Estoy seguro de que decía la verdad. Siempre es doloroso engañar a los amigos. Es algo terrible para algunos hombres. He visto amantes tan poco escrupulosos que le han llegado a decir a su víctima: «Tu mujer te engaña, amigo mío…, conmigo. Pero te quiero demasiado para continuar con esta tragicomedia. Has de estar tranquilo, en el fondo no te descubro nada. Ella te quiere mucho y a mí me ama. Simplemente». Y si uno se atrevía a hacer un gesto para abandonar a su mujer, el otro le decía: «Querido, no hagas tonterías. Una vez más: ella te adora. Todo se puede arreglar». Sí, todo se arregla, pero hay almas sensibles a quienes duelen estos arreglos.

Lareincay pertenecía a la raza de amantes que no obtienen ningún placer en la superioridad que otorga el conocimiento sobre el que no sabe nada. Fue sincero cuando me agradeció haberle liberado del secreto que lo oprimía. La alegría de convertirse en el poseedor único de Rosine y todo lo que ésta le pudiera aportar venía después.

Tal y como había presentido la joven, me habló de las

dificultades que su familia les pondría por culpa de la religión de ella. Rosine no podía abrazar la fe cristiana sin perder la herencia de un cierto Elie Stencach, su tío de Bretaña. Le propuse que se casaran con un pastor protestante. De ese modo, ninguno podría reprochar nada en el futuro.

La boda se celebró diez días más tarde en Vincennes, en la estricta intimidad de doscientas sesenta y seis personas. A los asistentes les daba todo igual. Se notaba que cada uno pensaba en sus asuntos. Hay personas que no despiertan la menor curiosidad, por ejemplo Rosine Hauteruche.

La novia iba con un vestido color marfil de crepe. Había cambiado la flor de azahar por una corona de pequeñas mandarinas sobre terciopelo blanco; una ironía que pasó totalmente desapercibida. Por una vez, Lareincay no llevaba su cartera negra. Pero su brazo mantenía la forma geométrica que adquiría cuando la cargaba. El único sentimiento que embargaba al novelista en ese momento era la diversión que le producía el llevar un pequeño anillo brillante en el dedo. Le resultaba imposible pensar en su vida pasada o futura. Todos los sucesos giraban en un torbellino de bienestar. Sabía que se iban a ir de viaje. El día anterior, en los Campos Elíseos, había visto una gran maleta que le había gustado mucho. Su mente se concentró en dicho objeto hasta tal punto que, a la salida del templo, tenía la sensación de tener la cabeza dentro de ella. Precisó de mucha luz y aire fresco para volver a la realidad de la ceremonia que se acababa.

Los recién casados tomaron un tren a la Costa Azul. Querían recorrer la zona donde se habían conocido íntimamente. Además, el editor que interesaba a Claude estaba en Antibes.

Rosine prometió escribirme. Al cabo de diez días recibí la primera carta.

Mi muy querido amigo:
Hemos tenido un buen viaje. Más tranquilo que el que viví con usted hace unos meses en su coche. Llegué a Marsella menos despeinada…

No hace buen tiempo. El restaurante donde comimos aquellos estupendos erizos está cerrado. Aprendo a ser madre de familia. Claude ya no sabe hacer nada sin mi opinión y me paso el día

copiando sus manuscritos. El libro que acaba de empezar está bien, pero me gustaría que incorporase algún elemento nuevo. Me cuesta hacerle entender que uno no puede fabricar una personalidad.

Ayer fuimos al zoológico. Tiene una colección de monos extraordinaria. Allí uno puede ver todas las categorías de la humanidad. Claude descubrió al senador con su barba blanca, a la señora anciana, al proletario, al gigoló, pero no encontramos al poeta… Tal vez porque ya no existe. ¿Qué opina?

Pensé que desde que se había casado Lareincay había perdido la inspiración. Si la primera carta lo dejaba presentir, la segunda lo confirmó:

Hemos llegado a nuestra segunda etapa. Cannes. Hay mucha gente. Juego todo el rato y pierdo, y eso aterroriza a mi marido. Su humor se resiente pero es un chico encantador. Su libro avanza lentamente. Ha encontrado un viejo conde rumano al que lee su manuscrito. Ese hombre me contó que el aire del mar le impedía pegar ojo, pero resulta un verdadero placer verlo dormir en la terraza cerca de Claude.

¿En qué está ahora? ¿Trabaja?

Me gustaría ver o leer alguna cosa suya. ¿Por qué no me escribe nunca?

Claude se acuerda de usted con cariño y sigue admirándolo. A menudo hablamos de los momentos que pasamos aquí los tres juntos…

Me horroriza escribir cartas. En ellas uno suele decir demasiado. Envié a Rosine el siguiente poema y jamás recibí respuesta.

El gato de cristal [206]

El gato de cristal con el collar rojova derechoy sueña con todas las que amó. Su cola está maquilladay sus ojos son bellos como estrellas. Su cuerpo es orondo como el cieloy sus orejas tienen la forma de los gatitos. Son sus hijos: uno tiene tres años, el otro cuatro. Tiene un silbato tallado en un dátilque le permite despertarse cuando sueña, pero si supiera, él no se despertaría. Su cerebro está en pie y sus patas en el fangocomo las raíces del loto,

que producen magníficas flores siempre invisiblespara quien las quiere ver.

Tiempo después, yo también me fui de viaje. Italia, Constantinopla, Japón, Sudamérica, China. Cualquier lugar me vale.

Me ausenté durante dos años. Y tengo que confesar que olvidé todos los sucesos que habían precedido a mi viaje. Cada cierto tiempo me preguntaba qué había sido de los Lareincay. Pero su silencio me parecía garante de su felicidad, o por lo menos de su tranquilidad.

Tres días después de mi regreso a París caminaba por la calle de la Paix feliz de ver las tiendas de joyas, tan hermosas como flores exóticas, cuando me di cuenta de que tres sujetos se dirigían hacia mí. Dos de ellos me resultaban muy conocidos. Los Lareincay andaban escoltados por un joven que llevaba bajo el brazo una cartera negra. Claude fue el primero en reconocerme y pareció encantado. Había engordado un poco y tenía un aspecto más simpático. Rosine apenas había cambiado, pero su sonrisa se había endurecido. Decidimos ir a tomar algo al Ritz para pasar un rato juntos. El joven nos siguió y Rosine se dio cuenta de que había olvidado presentármelo.

—Es el señor Jacques Hona, un joven escritor de gran talento. Su última novela es muy moderna. Lo admiro mucho.

Mientras nos preparaban el té que habíamos pedido, le pregunté a Lareincay por su trabajo.

—Escribo muy poco —me contestó—. Juego al golf y me divierto con un coche que me acabo de comprar. Me gustaría ir de viaje al sur dentro de poco. Hágame el favor y pruébelo mañana. Sé que conoce los automóviles.

Aprovechando una ausencia de Rosine le pregunté a mi amigo si tenía hijos. Su gesto se ensombreció.

—Sí, el año pasado tuvimos un hijo. Pero no sobrevivió. Es un alivio porque era una especie de monstruo. No tenía ni brazos ni piernas.

—Al menos ha creado una obra que no habrá de estudiarse en la escuela —le dije en tono de broma para esconder la impresión que me había causado su confidencia.

Cuando Rosine regresó, el joven autor nos pidió permiso para

leernos el manuscrito que llevaba. Vi cómo el cuerpo de Lareincay se contraía. Se bebió el té de un trago y adujo que tenía un compromiso ineludible. Dejó a su mujer con el literato y me llevó a ver su coche.

—No quiero ni pensar en las molestias que le he causado —me dijo cuando ya estábamos fuera—. Esas lecturas envenenan mi vida a pesar de que Jacques Hona sea un hombre encantador.

—En absoluto. Es algo natural. Uno siempre escribe para los demás. Ahora se dedica a conducir y quiere que vea su coche. ¿No es lo mismo? Ya me toca cobrar la deuda. He escrito un poema, ¿quiere oírlo? Le ruego que se lo lleve a Rosine dedicado. Es éste:

Caoba

La peor desdicha de la vida es la vida. Las lágrimas parecen estrellas fritas en una sartén. El cielo es una cámara de fotos, Dios, el hiposulfito del diablo. La naturaleza me nombró rey, los hombres, ¡deshollinador! Si pudiera leer en mi mente sólo hallaría una palabra: tómbola. Mis ojos se fijan en el vacío. Mi cabeza tiene forma de embudo. Entre el cortejo de las ilusiones, al son de los tambores y con un eco majestuoso, sonrío a los deseos. Soy el jefe de la banda. Los músicos son jovencitas.

Francis Picabia (París, 1879-1953) es uno de los creadores más representativos de las vanguardias que revolucionaron el universo artístico y la sociedad en su conjunto durante la primera mitad del siglo XX. Produjo una obra extraordinariamente variada jugando o coqueteando con diferentes estilos y tendencias (postimpresionismo, fovismo, cubismo…), pero destacó finalmente como un activo (y feroz) militante del movimiento dadá, cuyas turbulencias lo acompañarían toda su vida. Su relación con las rígidas ortodoxias y jerarquías del surrealismo fue siempre incómoda, cuando no abiertamente belicosa, conflicto que reflejan cabalmente estas páginas. Picabia era ingobernable.

Pandemonio es una obra fundamental para conocer un período (y unas maneras) cuyos ecos siguen resonando en nuestros días. Se escribió en 1924, pero permaneció inédita (y olvidada) hasta 1974, cuando un estudioso la rescató entre los muchos papeles que su autor había legado a la Universidad de Ottawa.

Notas

[1] Amante de Picabia entre 1916 y mediados de los años veinte. La pareja tuvo un hijo. *(N. de la T.)* <<

[2] El título original (*Caravansérail*, literalmente «caravasar, posada para caravanas») es un término que en francés designa figuradamente cualquier lugar donde hay gran barullo y mezcla de personas. *(N. de la T.)* < <

[3] *Ballet* creado por Erik Satie de cuyo vestuario se encargó Picasso. *(N. de la T.)* <<

[4] Revista literaria fundada, entre otros, por André Gide. Dio origen a la editorial Gallimard. *(N. de la T.)* <<

[5] Los títulos de este libro no guardan una relación clara con el contenido de los capítulos. En este caso, sin embargo, el epígrafe original (*Le galuchat*, literalmente «la piel de raya») alude a un sucedáneo del cuero empleado en marroquinería y describe a Lareincay como un sucedáneo de escritor. <<

[6] *La Pomme de Pins* [la piña] fue una revista que publicaron Christian y Francis Picabia en Saint-Raphaël durante el Congreso de París (25 de febrero de 1922). < <

[7] Ese «tono» lo conocía Picabia gracias a su mujer, Gabrielle Buffet, antigua alumna de Vincent d'Indy en la Schola Cantorum. <<

[8] Ese símbolo asociado a la respetabilidad burguesa estimula el verbo de Picabia. En el texto que nos ocupa, las frecuentes alusiones irónicas a la Legión de Honor hacen más jugosa la carta que Picabia envió a Germaine Everling (se encuentra en la Universidad de Otawa):

> La Coupole, nueve de la tarde.
>
> Como puedes ver, estoy en La Coupole tras una jornada ajetreada, te lo aseguro.
>
> 1) El Luxemburgo me ha comprado un cuadro y le he encargado a Rose Adler que me haga el marco. 2) De Monzie me ha concedido la Legión de Honor. Es increíble. Te pido que no lo comentes demasiado. 3) He cambiado mi Austin por un coche mejor. (…) 4) André Breton y Duchamp están enojados conmigo por lo de G. B. F. P., ¡qué buenos amigos! Aunque de Breton no me extraña, ya que le ha comprado doce cuadros a Gabrielle. Creo que en tres o cuatro días habré terminado con la policía judicial. El jueves como muy tarde, seguro. Tengo un cuadro que cuatro personas quieren comprar. La verdad es que no me he recuperado del día. Mervod está bien, ¡pero qué vida, la pobre! Guevara está borracho desde la mañana. Marthe Pignon organiza partidas de bacará en su casa. Me salen muy caras pero tengo que ir para ver al presidente. < <

[9] ¿Quién es ese Paul-Paul, héroe de la obra de Lareincay? La expresión «ése era su nombre» que lo acompaña parece indicar que una persona real pudo haber servido de modelo. Entre los cuatro Paul de la poesía francesa, seguramente debemos apuntar a Paul Éluard, con quien Picabia se llevaba muy mal por entonces. Éluard había colaborado en *391*, pero las relaciones entre los dos se habían enfriado desde marzo de 1920 con la cuestión de la «lámpara de aceite». Al año siguiente, en abril de 1921, la historia del maletín olvidado por el camarero del Certà y devuelto a Éluard no le gustó demasiado a Picabia. Recordemos que éste había terminado *Pandemonio* en el momento de la fuga de Éluard, el 15 de marzo de 1924. Como es natural, Picabia no comparte el entusiasmo de los surrealistas por el «sueltalotodo» Éluard. Sobre su comunicado de prensa, encontramos esta nota manuscrita: «Estafa, Jacques Vaché era un imbécil. ¿Y Paul Éluard?». El verdadero problema está en el fondo: una concepción radicalmente distinta del arte creador. Éluard era un poeta lírico muy unido a la literatura. Era además un poeta que publicaba en la *Nouvelle Revue Française*; en resumen: lo opuesto a los dadaístas. Sin embargo, y a pesar del lirismo de Lareincay, el vínculo entre Paul-Paul y Éluard es problemático. <<

[10] Esta afirmación no se le puede aplicar a Picabia, ya que éste había llevado a Germaine Everling al mismo hotel donde se había alojado con Gabrielle Buffet durante su luna de miel. < <

[11] En 1924, el onanismo seguía conduciendo a la impotencia como en el siglo XIX. < <

[12] Novela de Jean de la Brette. < <

[13] Esta declaración, falsamente general, difícilmente puede entenderse como un alegato en defensa propia ya que, en la revista *391*, Picabia se había convertido en el campeón incontestable de la «grosería». Como le escribió Reverdy: «Me cuesta conciliar su encantadora actitud personal con su comportamiento público». <<

[14] Alusión a los jóvenes compañeros que en 1924 tenían entre diecisiete y treinta años. Picabia tenía cuarenta y cinco. < <

[15] La «delicadeza» de Picabia consiste en escribir «bicicleta» cuando piensa en *pédale* [«pedal», pero también «marica»]. < <

[16] Época de Joséphine Baker y del célebre baile negro de Montparnasse. < <

[17] Nueva carga contra la Legión de Honor. Picabia escribió esto en su *Jesucristo Rastacuero*: «Respecto a los hombres, todos quieren llegar a ser ministros. Y muchos de ellos llevan sobre la pechera medallas de sus conquistas amorosas». Germaine Everling reproduce en su *Anillo de Saturno* estas palabras del maestro: «Todos los artistas tienen cabezas de crucificados, y los que no la tienen parecen carniceros. Los crucificados hacen arte para vender y los carniceros reciben la Legión de Honor». < <

[18] Napoleón y la Legión de Honor se unen a la imagen de Narciso.
< <

[19] El retrato evoca un dibujo de Picabia que figuraba en el número 17 de *391*. El personaje calvo que llevaba gafas y hacía pompas de jabón con una pipa Gambier como la que utilizaba Rimbaud era Erik Satie. En sus correcciones al texto Picabia añadió: «Saca pecho de su torso». Si regresamos a ese número de *391* (página 118), encontraremos la misma frase que Picabia había añadido en su novela, salvo que en este caso sí figuraba un nombre: «André Breton saca pecho de su torso». Así que la alusión en la novela se refiere más bien a Breton, con quien por entonces se llevaba muy bien, ya que los dos trabajaban en el *ballet Relâche*. Es el aspecto soñador de Breton, fabricante de pompas de jabón como Rimbaud, lo que denuncia Picabia. < <

[20] Juego con el jabón de Marsella y las «pompas de jabón» que protagonizan el siguiente capítulo. < <

[21] En el dibujo de *391*, Satie, como una sirena, lleva una musa a la espalda, pero la cabellera añadida convierte a Satie en Breton, lo que induce a pensar en la herencia «surrealista» de Lautréamont y Rimbaud. < <

[22] «Certificado de calidad» expedido por André Breton. < <

[23] Alusión a la *Nouvelle Revue Française*. < <

[24] Confesión acorde con la filosofía «instantánea» de Picabia. < <

[25] La alusión a los botines es menos anodina de lo que parece a primera vista. En el *post* scríptum de su poema *Nuestra señora de la pintura* figura esta declaración en grandes letras: «Todas las mañanas me pongo mis botines». Dos años más tarde, en 1922, tras el fracaso del Congreso de París, en un artículo publicado por *Comoedia* el 2 de marzo, Breton critica a Tristan Tzara con un artículo titulado «Después del dadaísmo». Tzara le contestó el 7 de marzo con esta frase: «Un amigo me escribe que Breton es un actor acabado y que cambia de amistades como uno cambia de botines». El amigo en cuestión no era otro que Picabia, cuya carta a Tzara del 3 de julio de 1920 fue publicada por Michel Sanouillet: «Breton es un actor acabado y sus dos amiguitos también piensan que es tan fácil cambiar de amigos como de botines, pero yo no pienso caer en su juego y pienso alejarme cada vez más de esos jóvenes escritores». Breton, en sus *Pasos perdidos*, volverá a este asunto: «Se dice que cambio de amigos como de botines. Ya me gustaría poder permitirme ese lujo. No me gustaría tener que llevar eternamente el mismo par. Cuando uno ya no me queda bien, se los doy al servicio». Luego intenta suavizar el dardo con la frase «amo y admiro profundamente a Picabia», pero sigue pareciendo claro el vínculo entre Breton y la figura de Lareincay. < <

[26] El título alude a una frase del capítulo 1. Esta sección recrea la historia de Francis Picabia como mujeriego y seductor. Es bien conocida esta faceta de su persona: sus dos esposas y sus múltiples amantes… A pesar de haberlas engañado a todas en múltiples ocasiones, de Picabia se podría decir que jamás se enfadó de verdad con ninguna. Las mujeres apreciaban su vitalidad, su buen humor y su conversación. En su charla se mezclaban los lugares comunes, las paradojas, lo pertinente y muchas impertinencias. Quienes lo conocieron guardan de él la imagen de un seductor que inquietaba. Un cautivador cínico y desconcertante. En este capítulo se narra algo habitual en su vida: una charla con una de sus examantes. <<

[27] ¿Hay detrás de ese nombre una mujer real o es un personaje ficticio inventado para darle la réplica al narrador? < <

[28] Este comentario alude a Gabrielle Buffet. < <

[29] Picabia conoció a Gabrielle Buffet en 1908 y se casaron en 1909. < <

[30] Podemos considerar que Gabrielle Buffet es uno de los posibles modelos en los que Picabia se inspiró para crear a Berthe Bocage.

Estamos en 1924 y Picabia se ha encontrado con la señora Corlin, cuyo nombre de soltera era Germaine Everling. En 1920 se instaló en su casa, en la calle Émile-Augier. Pero seguirá con su mujer legítima. Ambas se quedarán embarazadas en la misma época. El 15 de septiembre de 1919 nació Vicente, segundo hijo de Gabrielle. El 5 de enero de 1920 lo hizo Lorenzo, el hijo de Germaine. < <

[31] Todo parece indicar que Gabrielle se dedicaba a la música, de modo que no «competían» (Picabia era pintor). La otra razón por la cual se sentían libres juntos se indica más adelante: juntos lo habían «agotado todo, disputas y placeres». Sin embargo, la mujer elegante y mundana a quien le gustaba cenar en pareja parece evocar a Germaine Everling. Pero conviene señalar que, a pesar de esta composición, el personaje de Berthe Bocage sirve en cierto modo como portavoz del propio Picabia. La estoica indiferencia de Berthe ante las críticas o las alabanzas y su meditación sobre la infancia podrían aplicársele a Picabia. Cuando habla sobre un tema importante, éste prefiere que lo aborden otros. De ese modo consigue multiplicar las confidencias personales. Pero esta coartada literaria no es óbice para la pertinencia de sus observaciones: es bien conocida la curiosidad de los niños y la indiferencia de los adultos. Éstos son tan desdeñosos con la castaña tallada como el público con las obras de arte. < <

[32] No se han encontrado las páginas 13 y 14 del manuscrito. < <

[33] Si la conversación hubiera seguido por los derroteros previos, el narrador habría terminado por tomarse en serio a sí mismo, algo que Picabia rehúye. Prefiere el empleo del retruécano, lo grotesco, el exabrupto, y así evita la pedantería. Como sucede en Stendhal, Mérimée o Laforgue, en Picabia hay un contralirismo que desvía el discurso del camino trillado. < <

[34] Picabia admiraba a Nietzsche a pesar de haber leído sólo unas pocas páginas suyas. Apreciaba su hedonismo, la búsqueda de la felicidad instantánea. En el año 1924, reírse de la tumba al soldado desconocido era más peligroso que blasfemar. < <

[35] La idea es muy sencilla: el genio quiere un medio, pero no lo logra en esta sociedad enferma. < <

[36] En el capítulo siguiente, Henriette Violet se transformará en Henriette Pipi. En la obra de Tzara *La primera aventura celeste del señor Antipirina*, una serie de letreros indicaba el nombre de los personajes. < <

[37] Padre cubano procedente de una gran familia española. Debe subrayarse el papel de los colores asociados a la alegría y la felicidad. Así en esta hermosa frase de *391*: «Hay que atravesar la vida, el rojo, el azul, con una música de pescador sutil dispuesto a todo». < <

[38] «No soy pintor, no soy literato, no soy músico, no soy ni profesional ni aficionado» (*Jesucristo Rastacuero*). < <

[39] Se trata de Germain Nouveau, hermano espiritual de Rimbaud redescubierto por Breton. Lo que éste admiraba en él era el desapego, la vida del poeta errante. Picabia se burla aquí del santo surrealista que comparte altares con Lautréamont y Nouveau. No es de extrañar que esta novela disgustara a Breton. < <

[40] Cézanne. < <

[41] Crítica muy original en 1924. < <

[42] Nueva carga. La evocación al complejo de Edipo supone una parodia del psicoanálisis, sistema que fascinaba a los surrealistas. Picabia no desconocía que Breton había visitado a Freud en 1921. En un solo pasaje se satiriza la biografía (Nouveau), la anécdota (Cézanne) y la teoría del subconsciente. < <

[43] Aunque él mismo encarna la inconsciencia, el movimiento y el cambio permanente, a Picabia le encanta denunciar la inconstancia del público, sus gustos pasajeros, su actitud voluble. Las modas de los bares cambian tan rápido como los gustos en arte. Picabia halla la paja en el ojo ajeno cuando él exhibe una viga. < <

[44] Picabia desprecia a los «personajillos» que pueblan los cabarés que él mismo frecuenta, pero le gusta que «murmuren» su nombre. No tiene nada de extraño: es uno de los personajes de la vida parisina no sólo como pintor o escritor, sino también como noctámbulo y hombre mundano. < <

[45] Un *blues*. < <

[46] Se trata seguramente del muy corpulento Serguéi Diáguilev. <<

[47] Jaques Baron: «A Aragon le gustaba leer a los amigos lo que acababa de escribir (…); Breton nos leyó *Nadja* en su casa con notable solemnidad; Éluard nos sacaba un poema de vez en cuando, pero no creo que ninguno de ellos se atreviera a leerle a Picabia. Todo el mundo sabía que a éste le traía al fresco todo lo que no fuera él mismo. Fabricaba pensamientos o lanzaba manifiestos, y a otra cosa. Cuando le preguntaba a alguien por una idea era para rebatirla. A uno no lo quedaba más remedio que desconfiar de él». <<

[48] Alusión al título de este capítulo. < <

[49] Parodia de prácticas surrealistas como los sueños hipnóticos. Picabia se reía justamente de aquello que obsesionaba a Breton. Sobre la primera exposición de Dalí, éste escribirá: «A fin de cuentas, todo depende de nuestra capacidad para la alucinación voluntaria». < <

[50] En el casino. < <

[51] El nombre del literato va cambiando a lo largo del texto original, pero aquí hemos optado por unificarlo. < <

[52] Los blancos intentaban tocar «música negra», entre ellos diletantes como Jean Cocteau, a quien Picabia apodaría «el parmentier de la *jazz-band*». < <

[53] *Carmen*, de Bizet, y *El trovador*, de Verdi. < <

[54] Picabia visitó Estados Unidos en 1913, 1915 y 1917. < <

[55] Se trata de Jean Cocteau, *enfant terrible* a quien el público consideraba gurú del dadaísmo. Era tan célebre como Picabia y fueron grandes amigos. También acudía a muchos bares. Era la estrella del Gaya, en la calle Duohot, rival del Certà, bar dadaísta cercano a la ópera. Cocteau tenía un talento teatral extraordinario. Así describe Pierre Massot su llegada la casa de Picabia: «Entra por fin, delicado, frágil, con una corbata de seda alrededor del cuello, y enseguida seduce a los presentes. Siempre está de pie. Se diría que baila. Tiene un verbo sin igual y gesticula frente a Marinetti, Breton, Tzara, Gomelynck, Picabia o la señora Rachilde. Consigue que todo el mundo sonría». < <

[56] Seguramente se refiere a la señora de La Hire, amiga y biógrafa de Picabia. < <

[57] Recreación más bien exagerada de las noches neoyorquinas. «En cuanto llegamos nos incorporamos a una cuadrilla heterogénea y cosmopolita que transformaba la noche en día… una espiral de sexo, *jazz* y alcohol» (Gabrielle Buffet). < <

[58] El inventor del retruécano «ovario toda la noche» es Marcel Duchamp. Pierre Moribond es seguramente Paul Morand. La identidad es sencilla: Morand se transforma en «moribundo». Las iniciales nos dan la clave. < <

[59] Las páginas 26 y 27 del manuscrito original no han aparecido. <<

[60] En el capítulo precedente, Pierre Moribond entraba en escena flanqueado por un joven. Su identificación es fácil gracias a «los platos». Picabia no se rompe la cabeza para crear personajes porque su entorno cuenta con gran abundancia de seres originales. En su novela traviste, sintetiza, trastoca, manipula o disfraza, pero inventa muy poco. Sí hace, en cambio, varios *collages*. El mismo Lareincay no representa a nadie en particular: es una abigarrada mezcla de varias personas. Pierre Massot tampoco es ajeno a esta clase de «composición» (o apaño). Como nació en 1900, era «un joven» hacia 1924. En la primera carta que envió a Picabia (febrero de 1920) se presentaba como «un joven literato de provincias». Al igual que Lareincay, jamás se cansó de perseguir a su maestro. Cuando llegó a París en 1921, Pierre Massot se instaló en la casa de Picabia, que pertenecía a Germaine Everling. Autor del primer ensayo crítico sobre el dadaísmo, preceptor de los hijos de Gabrielle Buffet y factótum de la familia, gerente de *391*, Massot fue un incondicional de Picabia. En el plano literario jamás consiguió eludir la sombra de su maestro. En 1924 está cocinando varios libros: un estudio sobre el ejército, otro sobre la ropa interior femenina, un texto titulado *Le retour au port*… Es, pues, muy probable que le leyera o intentara leerle sus escritos a Picabia. En *Pandemonio*, Picabia conoce a Rosine Hauteruche por mediación de Massot, quien (encarnado en Lareincay) acaba conquistando a la dama: una versión más o menos edulcorada del (¿asiduo?) cortejo realizado por Massot con Germaine Everling. < <

[61] Esa aleación representa lo artificial, el simulacro, la copia. La vida auténtica circula para Picabia en un Rolls o un Delage descapotable. < <

[62] La distracción por excelencia. El viaje en coche para sacudir el tedio, para evitar el prosaísmo de la vida cotidiana. Las escapadas de Picabia con Apollinaire u otros eran justamente célebres. Sus ciento veintisiete automóviles, sus yates, son testimonio de esa inestabilidad. < <

[63] Ésa no es la opinión de todos. Durante la guerra, Picabia había servido como chofer de un general que estaba horrorizado por la velocidad a la que conducía aquel «soldado raso». «Con él —diría Massot— le tomé gusto a la velocidad y el peligro.» < <

[64] A pesar de todo lo que tienen en común, resulta imposible identificar a Gabrielle Buffet con el personaje de Berthe Bocage o a Germaine Everling con el de Rosine Hauteruche. En el caso de Rosine, hay otros modelos que pudieron inspirarla; por ejemplo, la cantante rusa Hania Routchine, una habitual del salón de la calle Émile-Augier junto con Marthe Chenal. < <

[65] A pesar de su comicidad, las páginas que siguen ofrecen un buen ejemplo de los complejos juegos de Picabia. Un poema suyo es al mismo tiempo de Lareincay. Así, Picabia puede escucharlo complacido y luego cambiar bruscamente de opinión. < <

[66] ¿Del gato dadá? **[a]** < <

[67] El poema se construye mediante imágenes estrafalarias y repeticiones. La última palabra de cada verso reaparece convertida en sujeto de la oración siguiente, un tejido anafórico tan simple como eficaz. < <

[68] No es una exageración: Picabia solía olvidar el contenido de *391* una semana después de que apareciese cada número. <<

[69] Picabia escucha a Lareincay (algo poco habitual en él) y luego toma la palabra para impresionar a la audiencia. Era, como dijo Massot, «un virtuoso de la conversación». El interés de este pasaje reside en esa voluntad de epatar que hizo de Picabia un atleta de la verbena (o la batalla) intelectual. < <

[70] Por aquella época había un puesto de control entre París y Neuilly. En principio había que declarar la gasolina, pero ese trámite estaba cayendo en desuso (nota de Jacques Baron). < <

[71] Humor más bien negro en el contexto de la época pues el bacará es, como bien se sabe, un juego de casino. < <

[72] Fernand-Anne Cormon, medalla de honor en el Salón de 1887, reemplazó a Gustave Moreau como profesor en la Escuela de Bellas Artes. Entre sus alumnos destacan Van Gogh, Toulouse-Lautrec, Matisse, Rouault, y Marquet. En 1894, Picabia siguió los cursos particulares que Cormon impartía en su estudio de Montparnasse. Allí contrajo una «cezanofobia» virulenta y, por contraste, se aproximó a Ingres. El alumno evolucionó después sin su maestro, quien se mantuvo fiel al estilo *pompier* tan apreciado por Salvador Dalí. La invitación que Tzara preparó en abril de 1920 para una exposición de Picabia rezaba así: «Francis Picabia envía escafandristas hinchados en el vientre del señor Cormon». < <

[73] La amante de Apollinaire era una amiga de Picabia a quien el pintor hizo varios retratos. Refugiada durante la guerra en Barcelona, Marie compuso varios poemas para *391* y pintó un retrato al pastel de los hijos de Picabia. < <

[74] Es decir, se ganaba la vida haciendo un arte comercial (observación nada piadosa). Tal vez Picabia no había perdonado las ocho páginas que el autor de las *Meditaciones estéticas* le adjudicó a Marie Laurencin cuando él mismo sólo había obtenido tres (bastante frías) en un volumen que, además, ¿había financiado? Pero no debemos olvidar que Picabia había expuesto con Marie y había promocionado su pintura. Así le escribía a Marius de Zayas: «Tengo unas veinte obras de Marie Laurencin y pienso llevarlas [a Nueva York] para que usted organice una exposición». < <

[75] Ribby era una sastrería barata famosa por el eslogan «Ribby viste mejor». < <

[76] Podemos preguntarnos por la sinceridad de esta respuesta. Lo que fastidia a Picabia es la gloria imparable de Picasso y la admiración sin fisuras que le profesaban Breton y su grupo. Picabia había sido el único pintor oficial del dadaísmo parisino durante mucho tiempo y la entusiasta acogida de los dadaístas a la exposición de Max Ernst en mayo de 1921 no le hizo ninguna gracia. El día de la inauguración brilló por su ausencia. El 3 de octubre Breton le escribía a Derain: «Max Ernst (…) saca de quicio a Picabia». En 1924 tenía buenos motivos para «aburrirse» con la obra de quienes le hacían sombra. < <

[77] Muy exacto: a finales de 1924 se instaló en Cannes. < <

[78] Marthe Chenal, actriz y cantante de ópera, la Callas de los años 20, fue íntima amiga de Picabia. < <

[79] G. Goursat, dibujante y diseñador a quien llamaban Sem-le-tendre [Sem-el-tierno]. < <

[80] ¿Alusión a los hábitos del compositor amigo de Marcel Proust? El globo que se desinfla remite al «sexo dadá», atracción principal del festival dadaísta celebrado en mayo de 1920. < <

[81] La moda «retro» y una exposición reciente llamaron la atención sobre la obra del modisto Poiret, gran rival de Jacques Doucet. Éste actuaba como árbitro de la elegancia dentro de la tradición y Poiret era radicalmente excéntrico en sus diseños. < <

[82] Henri de Rothschild vivía durante el verano en un yate atracado en Honfleur, no lejos de la casa donde residía su amante, Marthe Chenel. Allí la visitaron Picabia y Germaine Everling en 1921. Considerando las costumbres de la cantante, el barón tenía buenos motivos para ser miope y «un poco sordo». < <

[83] El hijo de Edmond Rostand era un poeta, narrador y polemista descrito en algún lugar como «escritor fértil movido por ideas generosas». < <

[84] El antiguo pintor *fauve* se había convertido en un retratista mundano. < <

[85] Jean Gabriel Domergue, antítesis de la pintura verdadera y típico retratista de la alta sociedad, era muy inferior a Van Dongen. < <

[86] Bailarina de la época. Debe entenderse que la apenaba no estar desnuda con un velo en la mano como las evas de Cranach. < <

[87] Baronesa Jeanne Double, hermana de la cantante Jacqueline Batell y madre de Lecomte de Noüy. < <

[88] Sin duda, la princesa Murat, baronesa Lydie Haingerlot, casada en segundas nupcias con el príncipe Joseph-Joachim-Napoléon Murat. Según Jacques Baron era «muy excéntrica y un poco lesbiana». < <

[89] Tomado de *Pilhaou-Thibaou*, «suplemento ilustrado de *391*»: «Todos los judíos se han vuelto católicos [se alude a la conversión de Max Jacob] y todos los católicos, judíos». < <

[90] Presentar las supersticiones absurdas de los jugadores (dadaístas en la ignorancia) es una forma elíptica de atacar el fetichismo de los objetos (emisores de signos) que tanto fascinaba a Breton y sus amigos. < <

[91] Claude Farrère, discípulo de Loti, novelista y oficial de marina que ocupó el asiento de Claudel en la Academia Francesa. La fauna de las salas de juego representa todo lo que el dadaísmo aborrece. <<

[92] Autor con Henri Duvernois de vodeviles muy exitosos. < <

[93] Recordemos que Marcel Duchamp, buen amigo de Picabia, provocó un enorme escándalo durante el Armory *Show* neoyorquino de 1913 con el cuadro *Desnudo bajando una escalera*. <<

[94] Según Duchamp, el parasitismo es una de las bellas artes. < <

[95] *Après-dîner*, un guion inacabado de Cendrars, fue el punto de partida para *Relâche*. < <

[96] Alusión al olfato y a las hábiles especulaciones de Ambroise Vollard, marchante de Chagall, Cézanne, Picasso y otros artistas. <<

[97] La conversación con los marinos sobre el cubismo y el dadaísmo prueba tanto la celebridad de estos movimientos como la confusión reinante en lo relativo a su auténtica naturaleza. < <

[98] Heredero de Cézanne, severo instaurador de normas y (frente a la perspectiva ilusionista del Renacimiento) creador de una perspectiva táctil, el cubismo es una llamada al orden, un nuevo clasicismo inventado por Picasso. Algo intolerable. Picabia le declarará la guerra a esa bestia negra: «El cubismo seca las ideas». < <

[99] Albert Gleizes y Jean Metzinger, cubistas ortodoxos, publicaron *Du cubisme* en 1912. El número 14 de *391* contenía una entrevista de Tzara a Metzinger. El arranque delata su tono: «Tristan Tzara y Jean Metzinger se vieron en la casa de una pelandusca que quería vender sus cuadros cubistas para comprar condones». < <

[100] Hay que subrayar la ausencia de Braque entre los «inventores» del cubismo. Apollinaire aparece por ser el autor de *Las pinturas cubistas* y Max Jacob como autor de *El cubilete de dados*. < <

[101] Con el deseo de crear una pintura más científica que intuitiva, los cubistas se volvieron hacia las matemáticas. Algunos piensan que Maurice Princet, matemático aficionado y estadístico para una compañía de seguros, ejerció una apreciable influencia en el cubismo y, especialmente, en Picasso. < <

[102] La definición del dadaísmo se hará en dos fases de acuerdo con un recurso típico de Picabia, que siempre razona esgrimiendo dislates y paradojas. De ese modo sigue al pie de la letra el programa fijado por Tristan Tzara en su manifiesto: «Que cada hombre aúlle. Hay pendiente una gran tarea de negación destructiva: barrer y limpiar». < <

[103] Los dadaístas, y particularmente Tzara, habían asumido la importancia de la publicidad, pero está claro que «el público» utilizó el dadaísmo para sus propios fines publicitarios, si entendemos por *público* a ciertos personajes ajenos al movimiento (René Hilsum, Léo Poldès, Cocteau, etc.). < <

[104] Esta manera de definirse mediante negaciones sucesivas es muy dadaísta, como lo es el método inverso. Picabia dijo al respecto: «Dadá es americano, español, ruso, suizo, alemán, francés, belga, noruego, sueco, monegasco… Quienes viven sin fórmulas, quienes detestan los museos, son dadaísta». < <

[105] Recordemos las palabras de Georges Ribermont-Dessaignes: «Estábamos llenos de vida en un tiempo heroico. Nos guiaba un instinto maravilloso. Vivir tenía un sentido que la metafísica alemana ha cambiado y el existencialismo ha rematado con los colores tenebrosos del absurdo. Incluso en nombre de la libertad. Francis Picabia siempre buscaba el reverso del arte, de todas las maneras de hacer, de decir, de explicar, cuando éstas se presentaban. Dudaba de la repetición porque la repetición es el aburrimiento, la imagen de la nada, el vacío. De algún modo era un obseso y un angustiado. Se dedicó a poblar su vida con plenitudes, con novedades que golpeaban el rostro de los conformistas. “Estoy vivo” era la consigna de su vida y su arte. Picabia no propone una doctrina como Breton, propone un arte de vivir». Tampoco olvidemos el primer manifiesto de Tzara: «Dadá es la vida sin pantuflas ni paralelas». < <

[106] Tras las paradojas, agudezas y digresiones llega por fin la definición: «La gasolina es el dadaísmo, el motor es el público». Pero cuando el combustible comenzó a repetirse, el público abandonó a los dadaístas. La reiteración acabó con el movimiento. <<

[107] Aunque sea la de un simple marino, este malicioso retrato de un heroico inventor del impresionismo, el cubismo y el dadaísmo refleja cabalmente la reputación pública de Cocteau, ser proteico de la vanguardia y objeto de burlas inmisericordes por parte de sus colegas. < <

[108] Cuando en sus correcciones sustituye «arte tabaco» por «arte tabú», Germaine Everling mata el retruécano, pero nos da la clave de la broma. El marido de Suzanne Duchamp, el pintor Jean Crotti, había publicado un «manifiesto tabú» que se distribuyó en el Salón de Otoño de 1921: «Tabú es el gran misterio (…). Queremos expresar lo que no se ve, lo que no se puede tocar». En la *Cesta de piñas* de 1922 se anuncia el «arte tabú» como una nueva religión. La secta sólo tendrá dos adeptos: Jean Crotti y Suzanne Duchamp. <<

[109] Alusión a la pantomima de Cocteau *Los novios de la Torre Eiffel*. <<

[110] Librero y traductor de Ezra Pound. < <

[111] Georgette Leblanc, célebre actriz que iba a actuar en una película con guion de Picabia. El proyecto fue abandonado. < <

[112] Picabia se mofa en este capítulo de los artistas que practican el conformismo de lo «pintoresco», término que califica el horror de los lugares comunes, las normas y las convenciones. El adjetivo, en cualquier caso, parece algo arbitrario aplicado a Jarry, un individuo no exactamente «pintoresco». Según Germaine Everling, Picabia jamás leyó una sola línea de Jarry. Que escribiera «Urbu» en lugar de «Ubu» parece confirmarlo. < <

[113] Esto es lo habitual. A Picabia le gustan las novedades, pero las abandona cuando se convierten en moda (a no ser que se trate de una moda en extinción que él decide relanzar; por ejemplo, el retrato académico). Es una forma particular de dandismo… y de colocarse «siempre delante». < <

[114] Su pensamiento procede de la antítesis y la asociación. La imagen del buen alumno suscita la del malo, que, a su vez, da lugar a una reflexión sobre la enseñanza. < <

[115] Las ideas de Picabia tardarán medio siglo en imponerse. La educación sexual no se introdujo en las escuelas francesas hasta 1973. < <

[116] El rechazo de Picabia al parloteo y los discursos tal vez sea muy distinto del que exhibían Breton y sus compinches. Odiaba el cubismo picassiano y aborrecía la destreza retórica de Breton. < <

[117] Parodia de los esmerados discursos que profería Maurice Barrès (1862-1923), inolvidable prosista y orador excelso del nacionalismo francés. < <

[118] Paul Éluard publicó sus *Poemas por la paz* en 1918. < <

[119] ¿Nos creemos la confidencia o estamos ante un alarde provocador? La homosexualidad seguía siendo un asunto muy escabroso en 1924. Pierre Massot cuenta lo siguiente: «Cada noche íbamos a la calle Sainte-Anne para aplaudir a nuestra amiga Suzy Solidor. Luego acabábamos en un local de la calle Victor Hugo. Allí las chicas abrazaban a otras chicas y los chicos bailaban con otros chicos. Picabia adoraba aquella atmósfera». < <

[120] Probablemente quiere decir «isócrona». < <

[121] El pasaje evoca la bombilla titulada «Americana» que aparece en la portada del número 6 de *391*. Se trata de una fotografía retocada en tinta china en la que aparecían las palabras *flirteo* y *divorcio*. <<

[122] Laforgue ya pensaba que hay tres sexos: el hombre, la mujer y el inglés. < <

[123] Caballos sabios que sabían contar hasta cinco con sus patas. <<

[124] Picabia era ateo, reaccionario e iconoclasta. Los surrealistas eran ateos, marxistas disidentes y defensores de un arte degenerado. Tzara escribió esto en 1957: «Dadá no intentó destruir la literatura y el arte, sino las ideas que los sustentaban». < <

[125] Bautizado así por Picabia en recuerdo de «la Gran Berta», enorme cañón de asedio empleado por los alemanes durante la Primera Guerra Mundial. < <

[126] No es una invención de Picabia, que se limitó a adornar el texto original. En una de las pensiones donde vivió con Germaine Everling había un letrero que decía: «Champán: 20 francos; copa: 2,50 francos». < <

[127] Célebre bailarina pintada por Toulouse-Lautrec. < <

[128] El libro de Éluard, *Capital del dolor*, aparecerá en 1926, dos años más tarde. < <

[129] Cada capítulo es una oportunidad para tratar a gente nueva y reencontrarse con Lareincay. En la casa de Rosine encuentra a un boxeador y a un literato que sirven a su amiga como morillos de chimenea. < <

[130] La presencia de Georges Carpentier, excampeón mundial de boxeo, puede parecer sorprendente, pero Picabia se relacionaba con los personajes más variopintos. < <

[131] Hemos barajado varias conjeturas, pero no conseguimos identificar a ese individuo. < <

[132] Jack Dempsey le dio una monumental paliza en julio de 1921. < <

[133] El señor Manteaubleu será agraciado con una cascada de elogios que Picabia no suele prodigar. Bajo ese nombre se esconde Jacques Doucet, célebre modisto y gran coleccionista de aquella época. Sus manuscritos se conservan en la biblioteca Sainte-Geneviève. < <

[134] Es muy posible que algunos autores creasen manuscritos «a medida» para vendérselos al coleccionista. < <

[135] Su olfato es de tal calibre que Doucet compra incluso las obras de Picabia. < <

[136] Es el capítulo de los halagos, pero es posible que Picabia dedique esos elogios a Man Ray porque éste iba a ceder una foto para la cubierta de *Pandemonio*. < <

[137] Picabia condena los aspectos más blandos o sentimentales de Seurat asociándolo a los Fratellini, una familia de artistas circenses. Doucet, en cualquier caso, comprará el boceto de un cuadro de Seurat que lleva por título *El circo*. < <

[138] Picabia destaca la contradicción entre el arte inmortal de Seurat y el gusto de Duchamp por lo efímero. < <

[139] El retrato de Rrose Sélavy, alias Duchamp, decoraba la portada del último número de *391*, donde Picabia contraponía el «instantanismo» al surrealismo de Breton. < <

[140] ¿Maniobra para suplantar a Breton como consejero de Doucet? <<

[141] Joseph Delteil, hoy olvidado, vivió un momento de gloria en 1923 con su primera novela, *Sobre el río Amor*. En 1924 publicó una antología de poemas. A partir de ese año nadó en aguas surrealistas. < <

[142] Pierre Drieu La Rochelle, dadaísta, intelectual vehemente y traidor a la patria durante la ocupación nazi, se suicidó en marzo del 45. La animadversión de Picabia hacia él parece inexplicable. <<

[143] Picabia pensaba que Gide prefería el boxeo a la literatura. <<

[144] Alusión al poema de Rimbaud *Les chercheuses de poux* [«Las espulgadoras»]. Rimbaud era un objeto de culto para los surrealistas y de chanza para Picabia. < <

[145] En efecto, ¡el poema es de Picabia! < <

[146] Este capítulo comienza y termina en un restaurante. Entre medias, Picabia va a una sesión espiritista como quien va al circo. Frente a los sublimes esoterismos de Breton y sus acólitos, siempre blandió un alegre escepticismo que, a veces, se convertía en cinismo inmisericorde. < <

[147] Picabia no es muy riguroso. Crevel, olvidado aquí, tomará la palabra más tarde. < <

[148] A pesar (o a causa) de su lirismo malicioso, el texto que sigue es «muy Picabia». Los artificios poéticos quedan justificados gracias a la deliberada máscara de la hipnosis. < <

[149] Este creador ascético pintó cuadros que a duras penas casaban con el ideal masculino de la belleza femenina. < <

[150] Alusión a Salomé, que hizo decapitar a san Juan Bautista. < <

[151] Aragon diría: «El gran impacto de tales espectáculos llamaba a explicaciones delirantes. Más allá de la metempsicosis, la maravilla. El precio de semejantes interpretaciones era la incredulidad y la burla».

No hay duda alguna de que Picabia perteneció al grupo de los burlones descreídos. < <

[152] Robert Desnos. < <

[153] Durante la sesión del 27 de septiembre de 1922 (transcrita en *Littérature*) se le hace la pregunta a Desnos (con respecto a Max Ernst): «¿Vivirá mucho tiempo?». < <

[154] La imagen de una Torre Eiffel móvil usada para jugar a las anillas apela a lo insólito y lo caprichoso. < <

[155] Einstein fascinaba a los pintores y poetas. Un panfleto dadaísta consagraba a Max Ernst como «Einstein de la pintura». < <

[156] Hecho protagonizado por Crevel, presenciado por Picabia y confirmado por Aragon y Breton. < <

[157] Así bautizado por Tristan Tzara y Benjamin Péret. < <

[158] Durante la sesión del 2 de octubre de 1922, Péret dijo que veía plantas. Era conocido por sus banalidades tanto dormido como despierto. < <

[159] El número diecisiete no está escogido al azar. Breton creía que esa cifra formaba con el trece las iniciales de su nombre: 17 13. <<

[160] *Freund* significa «amigo» en alemán. < <

[161] Punto culminante de la farsa. < <

[162] Hechos seguramente reales. < <

[163] Breton cuenta una experiencia similar ocurrida el 27 de septiembre de 1922. < <

[164] Posible alusión a Apollinaire (por el chocolate) y a Roussel (por la estrella). < <

[165] La sátira ligera surrealista se opone a la gravedad surrealista. <<

[166] René Crevel. < <

[167] Este pasaje de *Pandemonio* inspiraría una de las escenas más conocidas de *Entr'acte*. <<

[168] Picabia está entre quienes claman contra las supercherías. Testigo incrédulo de esos sueños, no puede evitar la sensación de haber vivido ya situaciones semejantes. ¿Por qué volver a un resultado que ya habían obtenido los dadaístas? < <

[169] Alusión a la mujer que inició a Crevel en los sueños hipnóticos.
< <

[170] Admirado por los surrealistas, estudiado por Breton e ignorado por Picabia. < <

[171] Frase clave para entender el carácter y la conducta de Picabia. < <

[172] De acuerdo con la «metafísica» de Picabia, el pasado es nulo, el futuro es pura hipótesis y sólo queda un inmenso presente done el *carpe diem* horaciano se convierte en espasmo «instantaneísta». <<

[173] Dueños de un célebre colmado parisino de los años veinte. <<

[174] Título del capítulo. < <

[175] Tzara llevaba monóculo y Breton gafas falsas por pura coquetería. < <

[176] Picabia iba con frecuencia a la Costa Azul y allí se instaló a finales de 1924. < <

[177] Error de Picabia (Génesis XIX): «La mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en una estatua de sal». < <

[178] Homenaje a Duchamp, que había dejado de producir «arte» y se dedicaba al ajedrez. < <

[179] Picabia prefiere lo imprevisto, lo accidental. Es un precursor del *happening*. < <

[180] El escultor Philippe Lemaire. < <

[181] Puede ser Vlaminck por la alusión a las estatuas negras y al ciclismo. < <

[182] Esto nos aleja de Vlaminck. < <

[183] El poema de Breton *Pièce fausse* había aparecido el año anterior. < <

[184] Hablan sobre el hijo de Léon Daudet, joven anarquista que murió en circunstancias poco claras. Su padre, miembro de la organización derechista Action Française, afirmaba que el crimen era una maquinación de la policía. < <

[185] Picabia juega con las acepciones del verbo *licenciar. (N. de la T.)* <<

[186] Picabia proyectaba un *Adán y Eva* para Ciné *Sketch* donde actuarían Marcel Duchamp y la futura esposa de René Clair. < <

[187] Picabia se encamina con optimismo hacia la crisis de 1929. <<

[188] Grandes globos aerostáticos anclados al suelo que se empleaban como barreras defensivas contra ataques aéreos. *(N. de la T.)* <<

[189] En ese monólogo interior, Picabia recupera el tono de Julien Sorel. < <

[190] Juego de palabras intraducible; *ficelle* significa «cordón» o «cuerda» y, en sentido figurado, «artificio» o «triquiñuela». *(N. de la T.)* <<

[191] Libretista y compositor de música ligera. < <

[192] Alusión a Germaine Everling. < <

[193] Guía turística alemana. < <

[194] El nombre de este remedio oftalmológico es el origen de la composición *El ojo cacodílico*. < <

[195] Según Man Ray, los recaudadores de impuestos perseguían a Picabia sin descanso. < <

[196] El antisemitismo de Picabia, más teatral que sincero, explica este exabrupto contra las teorías de Einstein. < <

[197] Alusión al Aduanero Rousseau, que, según Vlaminck, llevaba sus cuadros a Vollard como el panadero reparte sus panes. < <

[198] Escritor francés a quien Picabia conoció en Suiza. < <

[199] En el *ballet Relâche* hay un muro cubierto con cuatrocientos focos para cegar al público. < <

[200] Actor y amigo de Cendrars. < <

[201] Actor de la Comédie-Française. < <

[202] *L'Ymagier.* < <

[203] Ferdinand Céline trata este asunto. < <

[204] Esta idea tardará cincuenta años en practicarse. < <

[205] La sinceridad de Picabia es incuestionable. < <

[206] Picabia sólo reconoce la paternidad de los dos poemas que dan término a *Pandemonio*. < <

[a] En francés *Le rondibé du radada. (N. de la T.)* <<